

Miguel Sanches Neto



UN AMOR ANARQUISTA

Una mujer y tres hombres

Un amor para siempre

Con el subtítulo de «Una mujer y tres hombres. Un amor para siempre», Sanches Neto nos propone una reflexión en torno al amor libre.

Esta novela, ambientada en la colonia anarquista «La Cecilia» del Brasil de finales del XIX no es, ni mucho menos, la novelización de un «ménage à quatre», sino como bien expresa su subtítulo, una historia de amor, pero una historia que nos hace reflexionar sobre el sentido de propiedad más último, el de la propiedad del otro... los afectos, el amor, los celos, el concepto de familia, los hijos... y su posible incarnación en una sociedad futura libre de prejuicios y ataduras.

Miguel Sanches Neto

UN AMOR ANARQUISTA

Título original: Um amor anarquista

Versión de Diana Klinger

Biblioteca: Ficciones

Edición digital: Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

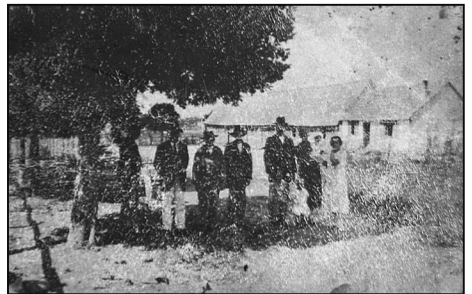
La edición de este libro forma parte del Programa de apoyo a la traducción de obras de la literatura brasileña contemporánea, patrocinado por la Embajada del Brasil en Buenos Aires.



Giovanni Rossi



Italianos de La Cecilia
A la derecha Rossi



Localización de la comuna
y algunas de las escasas fotos originales
de la colonia

Siempre nos modifica lo que amamos.

Joseph Brodsky. *Menos que uno*

Sobre un banco de madera, dejado al lado de mi cama, estrecha, igual a la de los otros solteros, coloqué una lata con flores silvestres, para que Jean Geleac encontrara un ambiente agradable. Está con el grupo desde mediados de 1891 y nunca tuvo mujeres, se negó al amor fácil de Narcisa, que al final propagó la discordia entre casados y solteros más de lo que amenizó su falta de mujer. Tímido y joven, un tanto romántico como siempre somos a los veinte años, Geleac se ha dedicado al vicio de la virtud, arreglándoselas solo. Su rostro está cubierto de granitos y, al contrario de los hombres casados, o de los más maduros, acostumbrados a la soledad de estas tierras, tiene la piel color papel y sus ojos profundos revelan su ansia de amor.

Hablé seriamente con él, le dije que necesitaba una mujer, y él me dijo que no, que aguantaba bien la vida en la Colonia, pero bastaba ver aquel rostro para percibir cuánto sufría. Las mujeres casadas, aunque quisieran -y desgraciadamente no

quieren- no podrían darle el cariño que merece. Decidí, entonces, compartir mi cama con él.

Cambié las sábanas -era la primera vez con una mujer de verdad y él merecía lo mejor por lo que había hecho por la Colonia, por su coraje y abnegación. Yo estaba excitado por poder proporcionarle aquel momento de amor.

Adele llegó cuando la cama estaba hecha. Venía con uno de sus vestidos viejos, remendado a la altura de la barriga y al lado de la cintura, fino de tanto haber sido lavado, que revelaba el cuerpo delgado, aunque bien formado, de mujer madura y saludable -y esta salud sería el remedio de Geleac-. No estaba ni expansiva ni retraída, se aproximó y me besó en la boca, en una entrega pacífica y silenciosa -sentí su piel fresca y los cabellos todavía húmedos del baño vespertino. Por un momento tuve ganas de quedarme con ella en el cuarto, de cerrar la puerta de nuestra casita e invitarla a acostarse; yo también estaba huérfano de amor. Podría quedarme con ella hasta el amanecer, y no dejar que nadie tocara aquel cuerpo, pero este pensamiento se desvaneció enseguida. Fui a la ventana y la cerré para que no entraran mosquitos. Ella encendió la lamparita colgada de la pared. Para no pensar como un burgués tenía que continuar con la preparación del cuarto. Barrí el piso de madera, haciendo un ruido áspero, mientras Adele se acomodaba en la cama,

mirando la llama de la lamparita, que reflejaba luces extrañas en sus ojos.

- ¿Crees que Geleac va a venir? -quiso saber.
- Me aseguró que sí. ¿Y Aníbal? ¿Hablaste con él?
- Le dije que venía a tu casa. Estaba un poco borracho y me dijo que te besara mucho, que te lo merecías.
- ¿Le hablaste de Geleac?
- Todavía no. Tal vez ni aparezca, ¿para qué hacer sufrir a Aníbal antes de tiempo?
- Lo va a aceptar cuando otras mujeres sigan el ejemplo.
- Aceptar ya acepta, pero no puede dejar de sufrir.
- Es un buen socialista, finalmente encontrará fuerzas. Adele no prestaba atención a mis movimientos; inmóvil, esperaba la hora en la que le tocaría actuar en el teatro. Era así como yo percibía aquel encuentro, una pieza de teatro en la que yo era el autor del texto, quien definía lo que cada uno de los personajes debía hacer o decir, y esta autoría me libraría de la tristeza que los ojos de Adele destilaban en contacto con la claridad de la lamparita.

La luz la hacía más linda. No identifiqué esa belleza cuando, en mi regreso a Italia, nos encontramos. Aquí, en la Colonia, tal vez por la luminosidad tropical o por el verde de la mata

o incluso por el silencio, se puso más linda, y su belleza aumenta día a día. Solo ella no lo percibe, pues no tiene ni espejo. Y eso es bueno, su hermosura pertenece a todos los hombres libres que la desean no como Adele, compañera de Aníbal, sino como mujer.

Percibí que había alguien más en la casa, pero no escuché ningún ruido. Fui a la cocina y encontré a Geleac apoyado en la pared. Le pedí que me acompañara y él, tímido, las manos en los bolsillos -cerca del sexo, lugar que sus dedos conocían tan bien, me siguió, y le dije que se acomodara en la cama, cerca de Adele. Vaciló un poco, pero ella, con cuidado, tomó sus manos y fue acercándolo. Y aquel cuerpo fuerte se dejó llevar por los brazos finos de la mujer, arqueándose hasta el punto en que o se sentaba en la cama o se arrodillaba. Se sentó y recibió un beso, yo sabía que de ahí en más no necesitaban más de mí, me agaché, le besé la frente a los dos y -cerré la puerta al salir de la casita- el corazón acelerado, como si fuera mi primera vez con una mujer.

Caminé por el campo, evité el comedor, Aníbal podría verme y preguntaría por su compañera. No era momento para decirle que nuestro casamiento anarquista tenía un socio más, un muchacho lleno de vida y de ideas, uno de los nuestros, defensor de la vida comunitaria, que merecía a Adele tal vez más que nosotros dos, pues era joven y había cambiado su juventud por esta vida.

Una parte de mí, sin embargo, sentía la falta de esa mujer, era mi raíz egoísta, contra la cual luchaba todos los días, recordando que los intereses de la Colonia tenían más importancia y mis dolores no pasaban de sentimientos individuales y soportables. Caminaba por la calle, veía la luna levantarse en el horizonte, una luna llena, luminosa, palpitaba de forma tan intensa que llegué a sentir ganas de volver a mi casa, a mi cama, a mi mujer. Y de repente quería que las cosas fueran mías. Y eso era triste, más triste que la soledad.

Había conocido a Adele en noviembre de 1891, en Italia, cuando hablaba del amor libre, de la necesidad de un cambio en las relaciones: solamente cuando la mujer no perteneciera a nadie y los hijos no fuesen de un padre, sino de la comunidad, la noción de familia quedaría abolida. Hablaba entusiasmada, idealizaba mucho y, al final, cuando yo conversaba con algunas personas, contándoles las novedades de la Colonia -iba muy bien pero todavía faltaban mujeres, que se aventuran menos que los hombres- se aproximó y, llevándome a un rincón de la sala, dijo que concordaba conmigo, la mujer no podía atarse a ningún hombre, debía querer bien a todos; al querer bien a una persona, el sexo con ella es más legítimo que con el cónyuge; en el casamiento, el sentido de obligación anula el deseo. Hablaba mirándome, y enseguida quise saber más sobre ella. Entonces me contó que era viuda de uno de los compañeros,

estaba pensando en partir a Brasil, por eso había venido a mi conferencia.

Como es mi costumbre le pregunté directamente, sin ninguna lascivia en el tono de voz, si el compañero había sido el único hombre de su vida.

- Tuve otros -y después de un breve silencio-. Amé al marido de mi hermana.

- ¿Y ella sabía de ustedes? -No era un hombre el que hacía esas preguntas, sino un profesional. Ella lo entendió así y respondió como un paciente a su médico.

- No sabía -nuevo silencio-. O por lo menos no sabía oficialmente. Tal vez sospechase, principalmente después de que se enfermó y ya no podía recibir al marido, que pasaba las noches con ella y el resto del tiempo conmigo.

- ¿Sientes remordimiento?

- ¿Por haber amado a mi cuñado?

- Por no haberle contado.

- No sé si remordimiento, creo que habría sido más fácil para todos, pero con ella enferma no tuve coraje de decirle nada. Se moriría pronto.

- ¿Y murió?

- Dándome la mano. Me dolió, pero sentí alivio.
- ¿Te quedaste con su marido?
- Apenas unos meses, después se enfermó, tuberculosis como mi hermana, y todo fue aun más rápido.
- ¿Para ti el amor fue también alegría?
- Hasta ahora fue dedicación.
- ¿Amaste a alguien más?
- A un anarquista que me mostró lo que es la solidaridad, fuimos perseguidos, pasamos hambre, pero con él el amor era algo más fuerte.
- ¿Y él te abandonó?
- De la manera más dolorosa, la única que no hiere el orgullo de una mujer, aunque la deje todavía más desprotegida. Murió.
- ¿De qué?
- Creo que fue la vida difícil que llevábamos, casi sin comida, durmiendo mal, cambiando de ciudad todo el tiempo, siempre expulsados por los patrones.
- ¿Y ahora estás con alguien?

- Vivo hace poco tiempo con un anarquista. Me gusta tanto como los otros. Como dije, el amor para mí ha sido más bien compañerismo.
- El amor justo es compañerismo siempre.

Nos despedimos y no pensé más en Adele, en sus ojitos pequeños, pero siempre brillantes, a pesar de la fisonomía de mujer sufrida.

Cuando, en noviembre de 1892, llegó con su marido, fui frío. Ellos habían parado varios días en Curitiba, sin decidir si venían o no a la Colonia, a causa de la propaganda negativa que hacían los disidentes. Para ellos no somos una colonia anarquista, sino una banda de perezosos e idealistas. En compañía de unos profesionales, la pareja llegó desanimada, temiendo lo que iría a encontrar aquí, y lo que encontró fue nuestra pobreza, unas cuantas casas de madera y poca comida. A las mujeres casadas no les gusta cuando aparece más gente, piensan que quienes trabajaron fueron ellas y sus maridos. Adele y Aníbal no traían mucho dinero, apenas setecientos réis, que colocaron en la caja colectiva, pero tampoco eso mejoró el ánimo de los demás. Yo me había quedado resentido por aquella vacilación inicial, ellos no deberían haber creído en las mentiras de los antiguos habitantes de la Colonia, que pasaron por aquí más para molestar que para ayudar a construir nuestra familia

anarquista y ahora querían disuadir a los nuevos compañeros.

Solo después de algunos días, cuando ya estaban trabajando -Aníbal en las rutas, Adele en el comedor comunitario y en la huerta-, pude conocer mejor a aquella mujer. Un día, hacia el final de la tarde, después de una sopa sustanciosa, me mostró la carta que Gianotta, amiga en común, le había escrito. Era más bien una nota en la que le recomendaba que me buscara y se hiciera mi amiga. Al final le pedía que Adele me diera un beso y un abrazo.

- Todavía no lo hiciste -le dije, con un tono levemente malicioso.

- Quién sabe, algún día... -me dijo, y me dejó solo en la mesa para acercarse a Aníbal, que conversaba con un grupo de colonos.

Pasaron muchos días antes de que Adele cumpliera su promesa. Siempre conversábamos y yo le preguntaba si todavía admitía el amor libre, pues alguien debía dar el ejemplo y yo estaba tan desgraciadamente solo que para mí sería más que un experimento socialista, sería la propia alegría en aquel estado de privación. Había cambiado la seguridad de una familia por la amistad de los compañeros, pero me faltaba afecto erótico.

-Podríamos probar el amor libre, esta es una Colonia experimental, volcada hacia la libertad femenina.

Adele estaba de acuerdo con todo, sin decidirse.

- ¿Tienes miedo de lo que puedan decir de ti? -le pregunté.

- Ya me conoces lo suficiente como para saber que no me importa la opinión de los demás.

- ¿Temes que le duela a Aníbal?

- Es lo mínimo que se puede esperar de una mujer honesta, ¿no?

- Entonces vamos a contarle todo.

Mi determinación movió a Adele, que habló con él el mismo día. Aníbal ya sospechaba de nuestros encuentros, todavía inocentes. Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero no lloró ni protestó. Adele le preguntó si la consideraba mujer libre o sierva de su marido. Libre, dijo él. Ella continuó: una mujer libre no solo podía, sino que debía ser dueña de su cuerpo y de sus cariños. Él tuvo que asentir, y le tomó la mano en una tentativa de retenerla. Seremos ejemplo para esas campesinas que hoy no tienen patrón pero todavía obedecen a los maridos, dijo ella. Aníbal no decía nada; miraba a la mujer reclamar su derecho a conocer otros cuerpos.

- ¿Ya hubo algo entre ustedes?
- No haríamos nada sin tu aprobación. No eres un burgués odioso.
- Tampoco soy tu dueño; si crees que es así que las cosas deben ser, estoy de acuerdo.
- Pero, ¿acuerdas con rabia?
- Acuerdo sufriendo.
- ¿A qué le temes?
- A que te quedes solo con él.
- Siempre me voy a quedar con los dos.

Aquella misma noche, después de esa conversación y después de haberse amado, un amor dolido, Adele dejó su casa con el consentimiento de Aníbal, y vino a mi cama. Entró triste, pero la tristeza no le impediría hacer lo que ambos deseábamos. Su actitud era la de una monja atenta al llamado de un moribundo en medio de la noche, pura resignación; nuestro encuentro llevaba a que otra persona sufriera y, por eso, también nos hacía sufrir.

- Vine a cumplir aquello que me encargó Gianotta -dijo, sería.

Entonces me entregó sus labios sin ningún gesto caluroso. Abracé su cuerpo menudo, era una mujercita que tal vez en otras circunstancias no me gustaría, y sentí un estremecimiento. A pesar de su cuerpo frágil, ¡había tanta fuerza en su decisión! Dejaba de lado el deseo de ser respetada por su conducta, abandonaba, más allá de nuestra triste patria, el pasado entero de aquella Italia católica, todo para experimentar conmigo una nueva forma de amor. Adele crecía en mis brazos y enseguida nos besábamos con desesperación juvenil. Cuando nos vimos desnudos, fue como si nuestros cuerpos se conocieran desde hacía siglos.

Palmeira, 20 de abril de 1890

Preciadísimo Leonida Bissolati

Como fue por medio de *L'Eco Del Popolo* que conseguimos apoyo para esta desesperada empresa que es la creación de una colonia socialista en América del Sur, me gustaría que nuestra primera carta estuviera dirigida a los lectores de ese heroico periódico.

Enfrentamos todos los problemas de los inmigrantes en esta cansadora travesía marítima que hicimos a bordo del Citta di Roma; comimos pan mal cocido, bebimos vino ácido y agua caliente, y probamos, así, el sufrimiento de los italianos expulsados de sus tierras por la miseria. En días sin ninguna actividad, nos atormentaba el mareo, que solo nos daba sosiego cuando nos acostábamos en las sillas de la cubierta y nos quedábamos mirando las nubes. Y mirar las nubes nos hacía soñar más todavía con el futuro. Fuimos imaginando como sería el Brasil -aunque inicialmente tuviéramos ganas de ir a Uruguay, encontramos más facilidades de inmigración

para Brasil, cuyo gobierno nos dio transporte gratuito y nos prometió tierras que podíamos pagar en cuotas.

Salimos de Génova el 20 de febrero y llegamos al puerto de Río de Janeiro el 8 de marzo, fuimos directo a un hospedaje cómodo en la Isla de las Flores, de donde partimos, el día 26, acomodados en el navío Desterro, con destino a Puerto Alegre. Todo este viaje no nos costó nada, pues Brasil da gran ayuda a extranjeros que quieran establecerse aquí, principalmente a los italianos, porque les gustan nuestros colonos, que mejoran la agricultura y las actividades industriales. Nos instalamos en la Isla de las Flores y nos alimentaron muy bien. Y el viaje en el Desterro terminó siendo mucho mejor que el de Citta di Roma, lo que prueba la hospitalidad de este pueblo.

Aunque bueno, el viaje nos cansó mucho, y como Giacomo Zanetti y Lorenzo Arrighini se sintieron mal el 28 de marzo, nos vimos obligados a bajar en el puerto de Paranaguá, Provincia de Paraná, en la mitad de nuestra ruta original. La idea era seguir viaje en cuanto nuestros compañeros se restablecieran, pero nos hicieron tanta propaganda de las tierras de Paraná, que decidimos intentar crear la colonia aquí mismo. Y por ahí se puede ver cómo es este país.

La pequeña, antigua y ya medio decadente Paranaguá no nos agradó por el calor litoraleño que nos persigue desde Río de Janeiro. Resolvimos, entonces, subir la meseta y fuimos

en tren hacia Curitiba el día 30, disfrutando el paisaje de una de las regiones más bellas que vi en mi vida. Quien viene de un país apagado se intimida con los colores de las plantas, que aquí son más oscuras, más sanas y más vigorosas.

El primero de abril, después de dormir en el Hospedaje de los Inmigrantes, más desorganizado que los otros, buscamos la Inspectoría de Tierras y Colonización de Curitiba, con el objetivo de elegir un lugar para nuestro grupo de pioneros y, como deseábamos una región cercana a un río navegable, nos ofrecieron tierras en San Mateo, ciudad cortada por el majestuoso río Iguazú. Escogidos para el reconocimiento del área, Benedetti y yo seguimos en una diligencia arcaica a Palmeira, y tuvimos que sufrir las rutas en pésimo estado de conservación, porque todo aún está en construcción.

Las rutas son tan malas que, llegando a los alrededores de Palmeira, al anochecer, la diligencia no pudo continuar por causa de una fuerte lluvia. Con una vela en la mano, cubierta por una hoja de papel, tuvimos que caminar los cuatro kilómetros restantes, con los pies hundidos en un barro profundo. Pero no piensen que eso nos irritó. Una súbita alegría hizo que nos olvidáramos del cansancio y venciéramos la ruta con disposición, riéndonos cuando alguno se resbalaba. Esta alegría aumentó en la casa del Dr. Franco Grillo, médico italiano y ciudadano respetado en la ciudad, persona que nos recibió, y nos presentó la principal

bebida de este país, la pinga. Después de un baño y de una buena comida, dormimos con la misma despreocupación que un niño, pues aquel contacto con la tierra nos había devuelto a la infancia.

Y fueron dos niños los que se levantaron al otro día, acogidos por el Dr. Grillo: "Ustedes son como hermanos, porque son hijos de la misma tierra y de la misma idea. Aunque en política yo sea republicano, en economía soy socialista". Fue este hombre excepcional, que vive hace dieciocho años en Brasil, el que nos ayudó a encontrar, en la Colonia de Santa Bárbara, las tierras que precisábamos.

Definido el lugar, una propiedad abandonada por los rusos, que prefieren el transporte en carros de bueyes a la agricultura, Benedetti y yo fuimos a tomar posesión de las tierras el 8 de abril. Era un campo circundado de matas, donde había una única y solitaria casita de madera, abandonada al lado de unos naranjos y de cuatro palmeras altas. La casa, casi de juguete, fortaleció el sentimiento de que estábamos en nuestro sueño de juventud. Es desde ella, núcleo de nuestra colonia social, que escribo esta carta, para decir que aquí el socialismo anarquista es una realidad.

La primera noche, sin tener dónde dormir, hicimos una cama con pasto verde. Adormecidos con el olor fuerte de la mata, pasamos la noche en este territorio libre en el que hoy, nuevamente reunido el grupo de los pioneros, cinco

hombres y una mujer viven libremente, algunas décadas más avanzados que el resto de la humanidad.

Colonia Socialista Cecilia

Giovanni Rossi

La luna llena me dio nostalgia del futuro, de un tiempo en el que la Colonia estaría poblada por una generación nacida de encuentros pasajeros. Y todo se iniciaba esta noche, en luna propicia para plantar la nueva semilla. Lo nuestro era mucho más que una historia de amor, la colonia social recomenzaba, con un hombre que dejaba de lado, no sin sufrimiento, su derecho de exclusividad sobre la mujer.

Caminé hasta tarde para, al volver, no interrumpir nada y también para que no pareciera que alimentaba algún sentimiento de posesión, cual animal rondando a su hembra. Por su propia convicción, Adele se había levantado contra todo el prejuicio con el que había sido educada. Estaba orgulloso; ella era una persona valiente, viviendo una experiencia que sería aún más difícil en Europa.

Al llegar golpeé las botas en los escalones de la entrada, destrabé la puerta y encendí la lamparita de la cocina; hacía ruido para darles tiempo para que se vistieran, en caso de que todavía estuvieran desnudos. Enseguida escuché la voz de Adele, una voz que no venía del sueño recién

interrumpido, sino de la vigilia. Me llamaba. Fui al cuarto, separado de la cocina por un marco sin puerta, del que colgaba una cortina. Empujé la tela y vi mi sombra en la pared. Adele estaba cubierta y su vestido yacía olvidado en el suelo, como la piel de una cobra. Si aquél era un momento tan importante en la colonia, ¿por qué me sentía triste?

¿Por qué Adele me escrutaba con sus ojitos húmedos? Tal vez Geleac le había hecho algo.

- ¿Te faltó el respeto?
- ¿Cómo se le puede faltar el respeto a una mujer libre?
-noté el tono irónico.
- ¿Dijo algo desagradable o fue bruto?
- ¿Un animalito perseguido puede ser bruto? Me amó como un niño goloso, devorando todo, sin siquiera fijarse en mí.
- ¿Te desencantaste?
- Me parece que no te das cuenta de nada. Deberías mirar más a los demás y menos tus propios sueños. Geleac precisaba una mujer, tú precisabas ampliar tu historia de amor libre, yo, bien, yo...
- Habla, no dejes de expresar tus sentimientos.

- ¿Eso es lo que recomienda tu método de investigación?
- No, quien recomienda eso es un hombre que pone en práctica las tesis del anarquismo.
- Ven aquí -ordenó.

Me acosté vestido, me saqué solo las botas y cuando estaba por librarme de los pantalones me dijo no, solo abrázame. La abracé y dormimos así hasta que amaneció y escuchamos el movimiento de la Villa Anarquía.

Después ele tomar café y comer pan hecho con el centeno de nuestro campo, me uní a los que talaban araucarias y preparaban la madera para la construcción de barriles. Cuando llegué al monte, donde la actividad era más ardua, encontré a un numeroso grupo trabajando, entusiasmado por la disposición de Geleac, que con el machete abría en el tronco la hendidura que haría, después de un leve corte del lado opuesto, que el árbol cayera sobre el monte, arrancando ramas y cipos, con gran susto para los pajaritos, que dibujarían trazos desesperados en el cielo límpido de esa mañana. Geleac silbaba y noté que su rostro estaba liso, aunque un poco enrojecido, señal de que la hoja de la navaja había corrido por su piel, cortando espinillas y unos pocos pelos de barba, pero dándole una masculinidad que le quitaba el aire adolescente.

Alrededor de un pino caído algunos trabajadores limpiaban las pocas ramas, mientras otros dos sacaban tablas cortas con el serrucho. Con esas tablas haríamos después los listones para los barriles. Había demasiada gente para esa tarea. Volví a la villa, pero antes pasé por los campos, donde grupos de hombres cultivaban la tierra. El trabajo estaba en marcha, pero el resultado no sería suficiente para alimentarnos bien.

El trabajo en las rutas ocupaba a varias compañeros, lo que era para mí un motivo de frustración, pues continuaban siendo empleados, aunque el patrón fuese la figura simpática del Dr. Grillo, representante del gobierno. Esos hombres habían venido a la Colonia en busca de libertad y todavía trabajaban con horario fijo y recibían órdenes. Al menos una cosa había mejorado, el dinero no se destinaba solo a la familia, sino a la caja colectiva. Pero el descontento aumentaba.

Sin saber qué hacer, resolví ayudar a recoger las verduras en la huerta, donde encontré a algunas mujeres que plantaban hortalizas y sacaban la maleza del cantero. Me les uní y nos quedamos trabajando aquella mañana en la que yo solo pensaba en Adele.

Una campesina robusta llamada Teresa, con un cuerpo que ya había enfrentado muchas fatigas y casi ningún placer, se

me aproximó y comenzó a hacer lo que las mujeres más hacían desde su llegada.

- ¿Sabes que Rosa Mainardi convenció al marido de irse?

Ítalo no fue a trabajar hoy en las rutas y dice que con el sueldo de este mes va a dejar la Colonia.

- Espero que tengan suerte -dije- en la Colonia se queda el que quiere y tiene los mismos ideales.

- Ella se queja de los que no cooperan, mientras el marido se mata abriendo rutas.

- El trabajo tampoco es tan difícil.

- Y después hay que compartir el sueldo con todos.

- El socialismo anarquista es así.

- Ella piensa en los hijos. En un futuro para ellos.

Quería dejar limpia la huerta y comencé a arrancar la maleza con rabia. Cuando llegó, el sol de las diez y expulsó a las mujeres, que fueron a la cocina colectiva con el delantal lleno de verduras para la sopa, decidí quedarme. Había que arrancar la maleza, que cada vez crecía más fuerte, la tierra era fértil, había una cantidad de semillas que no se terminaba nunca, bastaba mover un poco el suelo y salían nuevos brotes, que les robaban la fuerza a las legumbres y

las verduras. Tenía que limpiar todos los canteros y no fui al comedor a la hora del almuerzo, aunque veía a muchos volver de sus tareas y a algunos salir de su casa con cara de sueño. Yo también debía comer, pero la maleza crecía. Me quedé largo rato mirando una planta y era como si su tallo estuviera aumentando, creciendo monstruosamente. Era necesario arrancar toda esa maleza, entonces volví a trabajar enfurecido, cosa que les debe haber llamado la atención a algunos compañeros. Zanetti pasó al lado mío, con la camisa sudada de quien había trabajado mucho cortando árboles y bromeó:

-Deja un poco para mañana.

Pero yo no podía, la maleza no paraba para comer, dormir, hacer el amor, ver la luna. La maleza crecía y sofocaba las hortalizas. y solo las hortalizas tenían que prosperar, las hierbas dañinas tenían que ser erradicadas, para eso el hombre había inventado las técnicas agrícolas, para eso servía la civilización, para eso estaba yo ahí. Sentía hambre, y cuanto más hambre sentía más me venía el deseo de destruir a las invasoras, de limpiar aquel terreno. Debía crecer solamente lo que habíamos sembrado y no esa otra semilla que nadie había plantado, pero que sobrevivía en la tierra en gran cantidad, esa semilla eterna. Era necesario arrancar esas plantas, incluso sabiendo que otras nacerían,

invadirían el huerto, robarían los nutrientes y llevarían a los hombres a abandonar aquel suelo, al creerlas invencibles.

Pasé la tarde entera cuidando los canteros y, cuando no había más trabajo allí, fui adonde estaban los rosales y me agaché para sacar la maleza; también era nuestra obligación cuidar las flores, tenían que tener una tierra libre de plagas; trabajaba como loco y si no fuera por la llegada de Adele con un vaso de agua, que me ofreció sin ninguna palabra, no habría interrumpido aquella fiebre y, atacando los campos de maíz o mandioca, hubiese pasado la noche afuera en esa tarea febril pero tan urgente.

- Es mejor que descanses un poco -me dijo Adele.
- Las plantas.
- Estarán todavía mañana a la mañana y pasado mañana y dentro de cien años.
- Pero entonces, ¿para qué limpiamos los terrenos?
¿Por qué solo podemos vivir con los terrenos limpios?
- Tal vez solo para creer.
- No hice otra cosa en toda mi vida. Escribí manifiestos, novelas de tesis, ahora quiero vivir dentro de una novela.
- Vamos a casa.

Mis manos estaban doloridas, los dedos se me habían despellejado por esa actividad continua, las articulaciones se me hincharon, eran manos enfermas. Fuimos juntos a mi casa, iluminados por el crepúsculo, que dibujaba garabatos coloridos en el cielo. Allá, a la distancia, no había maleza, todo era abstracción, espacio ilusorio, campos pacíficos de idealismo cromático. Dentro de casa, Adele llenó una tinaja de agua, tomó jabón y me lavó delicadamente las manos.

- No te enojas con ellas. No pueden limpiar el mundo. Después me enjuagó con mucho cuidado los dedos, humedeció una toalla blanca y me la pasó por la cara; sentí un bienestar. La felicidad era eso, la limpieza de las manos y la cara después de un día de grandes esfuerzos, aunque fuesen vanos. No se lo dije. Adele se fue a su casa y, después de algunos minutos, cuando ya había oscurecido completamente, volvió con una taza de té.

- Bebe, te vas a sentir mejor.

Té de cedrón, dulce, muy dulce, pero me cayó muy bien. En pocos minutos tuve ánimo para levantarme e ir al comedor, donde ya estaban sirviendo la cena, compartida entre los que habían trabajado y los que no habían trabajado, como creo que debe ser una mesa de compañeros, aunque algunos todavía vean a sus vecinos como sus enemigos.

En el comedor, las voces femeninas se sobreponían a las de los hombres, había alegría entre ellos, algunos contaban cómo había sido el día de trabajo, otros hacían planes para el día siguiente, otros comían tranquilos, pensando tal vez en alguna persona querida. Yo me senté al lado de los zapateros, que me avisaron que faltaba cuero para las botas de los trabajadores -tendríamos que comprar algunas piezas más en la ciudad. Adele quedó al lado de Aníbal, que no había trabajado durante el día y estaba con los ojos rojos, no solo por el vino. Rosa y su marido, Ítalo Mainardi, comían aislados, sin mirar a nadie, fijando la vista en los platos, donde nadaban unos pedazos de carne de cerdo entre las verduras. El ruido de las cucharas era reconfortante. Geleac ya jugaba a las cartas en una mesa pequeña, entre los solteros; tenía la misma energía matinal: era su juventud la que aún mantenía la Colonia; la gente de esa edad vive intensamente y no se la pasa quejándose, como los que sienten la proximidad de la vejez. Venir al Brasil fue mi último arrojo de juventud; si hubiera esperado más tiempo, no habría tenido coraje, y ahora me quedo pensando cuánto tiempo soportaré esta vida. Miro a Geleac y me da entusiasmo. Fue para las nuevas generaciones que creamos la Colonia. De repente siento hambre, mucho hambre, y tomo cucharadas de sopa que salpican la mesa y mi camisa. No podemos parar. Entregarse al cansancio sería aceptar la vejez anticipada, y lo que nos mueve es este tenue

sentimiento de juventud. Mírate en Geleac, me decía a mí mismo, él amó a una mujer por primera vez, siempre habrá gente amando por primera vez, trabajó alegremente todo el día y la sopa que tomó no era proporcional a su esfuerzo, merecía más, mucho más, pero ni pensó en eso y ahora juega a las cartas con los amigos y dormirá alegre sin pensar en el futuro. Esta planta, en menor cantidad, siempre nacerá, siempre dará frutos.

Terminé mi sopa y esperé que la cena concluyera. Mientras tanto, ayudé a sacar los platos de la mesa, para llevarlos a la tinaja inmensa en la puerta del comedor. Éramos, en este trabajo, dos hombres y algunas mujeres, entre ellas Adele. Rápidamente lavábamos cucharas y platos; los que terminaban de comer traían la vajilla sucia. Con el agua, se me salían las máculas de la piel, dejando mis manos blancas y arrugadas. Me di cuenta de eso cuando aplaudí, dentro del comedor, pidiendo atención para lo que iba a contar.

- A finales del año pasado -comencé- nuestro compañero Aníbal, en un acto de gran desprendimiento, les comunicó a todos, en este mismo lugar, que estábamos viviendo un casamiento socialista. Él era, por entonces, una persona que vencía los celos y la exclusividad del amor de una mujer, que lo amaba y que no dejó de amarlo, para que pudiéramos iniciar otro tipo de casamiento. En una Colonia en la que siempre hubo pocas mujeres solteras, el amor libre es

necesario para que la comunidad crezca dentro de su espíritu libertario y pueda superar la organización familiar, en la cual el hombre hace las veces de la figura odiosa del patrón. Pues, mi querido Aníbal -dije eso girando hacia él- ahora llegó mi turno de ceder un poco del cariño que he recibido, sin que te haya faltado a ti, a otra persona -Geleac se puso todavía más colorado- una persona que es tan respetuosa con Adele como nosotros -ella estaba quieta, apoyada en la pared- porque tener más de un hombre no es depravación, es simplemente ejercitar la libertad sin ningún remordimiento. Adele ahora también se encuentra con Geleac -percibí los celos en los ojos de Aníbal-. Y en ningún momento me sentí traicionado, como jamás se debe haber sentido Aníbal, pues conocemos a Adele y sabemos que solo hay traición cuando el hombre es fantoche en manos de una mujer. Comunico esto no para despertar la lascivia en ustedes, sino como ejemplo, invitándolos a la libertad sexual, única forma de llevar adelante esta Colonia.

Geleac seguía encogido. Lo llamé y se aproximó, avergonzado, pero cuando le pregunté si estaba feliz con los cariños de Adele, sonrió, sin decir nada, mirando hacia el rincón donde estaba ella, una sonrisa infantil de satisfacción que despertó risas. Adele salió enseguida del comedor, incentivando la dispersión del grupo. Me quedé con unos pocos compañeros, que retomaron la conversación que yo

había interrumpido. Aníbal se acercó y me dijo que esto era más sufrimiento para él.

- Ahora a ella le va a gustar un cuerpo joven que ni tú ni yo podemos darle -dijo.
- Siempre le estaremos debiendo algo a la persona que amamos, algo que solo va a encontrar en otros hombres.
- En ti encuentra la inteligencia, en Geleac el fuego de la juventud. Y yo, ¿qué le daré?
- Tu desesperación, por lo que veo.
- Conmigo será la enfermera, ¿es eso lo que estás diciendo?
- Los enfermos también pueden consolar.
- ¿Qué consuelo le puedo dar?
- El de la comprensión.

Con un gesto de desprecio, Aníbal salió a la noche oscura y se fue solo a su casa, donde no encontraría a Adele. Ella se había encontrado con Geleac, y lo había invitado, medio ríspidamente, a caminar por los campos. Estaba decidida, me contó después, a probar a todos que no había miedo ni vergüenza en esta nueva entrega. Le tenía afecto al joven, le gustaba su cuerpo, le gustaba que la apretara contra los músculos de su pecho blanco y sin pelos, bien diferente del

mío, que se confunde con mí barba negra y espesa. Geleac, dijo, me recordaba a mi cuñado, y tal vez por eso me ponga triste después de encontrarme con él, pues me vuelven los recuerdos de la enfermedad de mi hermana.

Los días que siguieron, Aníbal pasó todo el tiempo dentro de su casa, bebiendo vino y aguardiente, sin hacer ningún trabajo, mientras Adele no se alejaba de Geleac, y eso despertaba la ira de las mujeres ("Esto ya es demasiado, se está comportando como Narcisa") y hacía suspirar a los hombres casados y solteros ("Quién sabe un día también se interese por nosotros..."). Yo no le daba importancia a ninguno de los dos grupos, Adele tenía coraje, destruía las ruinas de este edificio sórdido que es el casamiento, y yo la admiraba por sobre las otras personas de la Colonia. Desde su juventud, cuando mantuvo relaciones con el cuñado, ella destruía la familia.

Tal alegría, sin embargo, no era suficiente para dejarme dormir en paz y pasé varias noches dando vueltas en la cama, solo y medio febril, una fiebre que no pasaba incluso después de, inhibido, usar las manos agrietadas y ásperas para aliviarme.

Palmeira, 21 de julio de 1890

Querido Leónida Bissolati

Desde que los pioneros se establecieron, nuestros días han sido de trabajo bíblico, estarnos creando un mundo de la nada. Yo conocía la agricultura como veterinario y agrónomo, pero aquí nuestro proyecto es dejar la teoría en nombre de la práctica, entonces me he entregado a todas las tareas, desde la limpieza de la casa hasta la construcción de la cerca, del cultivo del suelo a la extracción de la maleza. Ninguno de nosotros está habituado a las actividades agrícolas, y aun así nos hemos dedicado solamente a ellas. Confiamos en el futuro de la comunidad, que ya comenzó socialista, no por medio de nuestras actividades, sino por la acogida que recibimos del pueblo paranaense. No había mejor lugar para nuestra colonia.

Vinimos como inmigrantes comunes, favorecidos por el gobierno y, en cuanto llegamos a Palmeira, recibimos la distinción de la amistad de este gran médico que es el compatriota Dr. Grillo. La ayuda no vino solamente del queridísimo Grillo, las personas del lugar son hospitalarias y

reciben a todos con mucha amistad, pues no tienen la fiebre del dinero y ven al extranjero como salvador.

- Tenemos pocas necesidades -me dijo uno de ellos, con voz mansa-. Por eso reposamos en la hamaca, tomamos mate, tocamos la guitarra y paseamos a caballo.

- ¿No le temen a la llegada de tantos extranjeros? -pregunté.

-Precisamos de los extranjeros, que nunca están satisfechos, que siempre quieren más, haciendo que el país progrese.

Esta situación hace nuestra vida más amena. No tenemos que enfrentar el rencor de la población local, personas afables que pasan mucho tiempo conversando, enseñan lo que saben y siempre nos invitan a un café en su casa. Tal delicadeza, tan común en estas tierras llamadas salvajes, contagia al inmigrante, que llega aquí rudo y amargado por los sufrimientos en su patria. Así, nuestros toscos agricultores mejoran sus hábitos con el contacto con los paranaenses.

El socialismo comenzó, para nosotros, ya con la fundación de la Colonia. Pues nuestros vecinos, que habíamos acabado de conocer, nos dieron la primer yegua, las primeras vacas y los primeros cerdos, además de colaborar en las tareas más urgentes. Todos se ayudan aquí, en un socialismo rudimentario de fraternidad agraria.

Otro ejemplo de este socialismo espontáneo está en la manera de criar el ganado. Prácticamente no existen cercas; las reses, marcadas con las iniciales del dueño, tienen todo el derecho de pastar en las propiedades públicas y privadas, a la orilla del monte, en los campos e incluso en los jardines. Al no haber divisiones se entiende que el pasto es de todos. Con eso, la cruce, el parto y el amamantamiento ocurren en plena libertad. ¡Qué gran ejemplo para nosotros, socialistas!

La Colonia tiene todas las condiciones para desarrollarse, pero todavía faltan nuevas familias, especialmente de agricultores. Es necesario difundir el éxito de este inicio, las condiciones extremadamente favorables de establecimiento, para que más gente venga a fortalecer una comunidad que será no solo un poderoso instrumento de propaganda del socialismo, sino también nuevo modelo social, favorecido por la naturaleza fraterna del hombre paranaense. Que vengan los agricultores deseosos de participar de esta nueva tierra de abundancia, pero que traigan, si es posible, un poco de dinero, pues la situación todavía es precaria y nuestra caja colectiva mal alcanza para los que aquí se encuentran.

Colonia Socialista Cecilia

Giovanni Rossi

Lorenzo Arrighini no había ido a trabajar; estaba muy cansado, le había dicho a los compañeros, pero ya todos sabían de su ineptitud para cualquier tipo de trabajo y como debían sacar la maleza y abrir tierra para la plantación, tarea más bruta que el cultivo de la huerta o la construcción de cercas y cuartos, Lorenzo había usado uno de sus pretextos para quedarse en casa, irritando principalmente a Achille Dondelli, que lideraba la facción compuesta por su mujer, Catharina Benedetti, apodada Cattina, y su cuñado Evangelista.

-El vago no vino hoy -dijo Achille.

Iban hacia el monte, una mañana fría, el césped cubierto por una capa fina de hielo, que se quebraba con las pisadas de los zapatos viejos, con ruido de loza rota. Los pies de los cuatro hombres estaban congelados, las medias eran insuficientes para vencer el frío. Pronto se calentarían usando hoces y machetes. Después, cuando el sol, con la poderosa ayuda de la helada, secase las hojas de los árboles, los pastos y la maleza, ellos prenderían fuego fácilmente en aquellas ramas, abriendo un pedazo más de tierra para la plantación de verano.

- No debemos obligar a nadie a trabajar -recordó Rossi-, no somos capataces.

- Pero Lorenzo se abusa.

- Es su derecho no querer trabajar, aunque yo no esté de acuerdo.

Calmo, mientras arrancaba briznas de pasto a lo largo del camino para escarbarse los dientes, Giacomo Zanetti solo pensaba en cuándo llegarían las mujeres solteras a la Colonia, no soportaba más aquella vida, que lo dejaba sin entusiasmo para el trabajo e incluso para la conversación.

- Necesitamos más gente -dijo Giacomo, sin sacarse el tallito de pasto del hueco de los dientes cariados.

- Tal vez alguno de nosotros tenga que ir a Italia a traer voluntarios, la propaganda de las cartas en los diarios no está funcionando -lamentó Rossi.

- Tendrás que ser tú -concluyó Evangelista- para que Lorenzo no se sienta con derecho a hacer el viaje solo para no trabajar.

- Benedetti tiene razón -dijo el cuñado.

- Y no podemos esperar mucho. Precisamos de mano de obra y de movimiento social -agregó Giacomo.

Cuando llegaron al monte, cada uno tomó una hilera y comenzó a luchar contra los árboles más finos y los arbustos, una lucha lenta, con pequeños avances. Cuando caía un árbol un poco mayor, con un ruido de ramas rotas, sentían el placer de quien ve la naturaleza rendirse a la fuerza humana y entonces no pensaban en la poca comida, ni en la ausencia de confort, ni en la pereza del compañero, ni en la falta de mujeres; todo tenía sentido y ellos se sentían primitivos.

En uno de los golpes del machete, movido de forma débil, nadie tenía experiencia en esas actividades, Achille rompió la hoja, recibiendo una mala vibración que debilitó sus brazos.

- Qué porquería -gritó. Tiró la herramienta al piso y se sentó en un tronco.

Se levantó, fue hasta la parva de pasto en la que se ocultaba la bota, que encontró mojada, y bebió un largo trago, sin tocar el pico; la levantaba y la vertía sobre la boca, sin derramar nada en la ropa. En pocos meses habían adquirido varios hábitos de la región y eso los enorgullecía.

Con el paso decidido de quien está en su propio territorio, Achille subió hasta la pequeña villa donde ya había dos casas, la de ellos y la de los solteros, para buscar el machete que Lorenzo no se disponía a usar; pensaba en el hijo que estaba por nacer. Había salido de Italia durante las nupcias; había enfrentado el viaje junto a su esposa que nunca se

quejaba, entusiasmada con el nuevo país. Cattina había quedado embarazada antes del viaje, en enero. Por suerte, y también por ser sana, no había sentido náuseas en el navío y ahora, en su octavo mes, era la misma mujer, siempre dispuesta, que muchas veces protegía al marido y al hermano guardándoles algún alimento escaso, un trozo de carne de cerdo, muslos de pollo, polenta. Achille no tomaba esos pequeños cuidados como traición al grupo, sino como manifestaciones de amor.

Al entrar en su cabaña con la conmoción en los ojos, producida por esos pensamientos, encontró a Lorenzo sentado en un banco, mirando a Cattina en la operación de reavivar el fuego. La mujer estaba de espaldas, el cuerpo apretado en el vestido viejo, y él percibió en Lorenzo la llama del deseo. Al ver al marido, el intruso explicó que esperaba la comida para bajar a la mata y ayudar a los compañeros. Estaba muy débil, pero enseguida...

Antes de que terminara de hablar, Achille lo empujó y cayó al piso de tierra.

- ¡Canalla!

- Basta, Achille -ordenó Cattina, asustada por la violencia del marido.

- Hay que pegarle a este cerdo -y le dio una patada en la barriga a Lorenzo, que se levantó y agarró una madera de la chimenea.
- Ven, cobarde.
- No hizo nada. Achille, conversaba, nada más.
- Ese es el problema, siempre se queda conversando mientras nosotros trabajamos.
- Vete. Lorenzo, pidió Cattina.
- Se siente superior solo porque tiene mujer, pero la familia es la gran enemiga del anarquismo, nosotros vamos a destruir todas las familias, eres un atraso. Tú, tu mujercita, tu hijito.

Achille corrió al cuarto, para buscar el cuchillo que guardaba bajo la cama, y Lorenzo aprovechó para irse, mirando siempre para atrás, con miedo de un ataque, pero el otro se quedó en la puerta con el cuchillo empuñado, que relucía al sol matinal. La mujer sujetaba el brazo del marido y lo calmaba con palabras que solo ellos dos podían escuchar.

Cuando el grupo llegó para el almuerzo, extrañado porque Achille no había vuelto, no encontró la comida lista. La historia enseguida fue de dominio público, y Evangelista, también indignado, prometía una paliza al desvergonzado, pero Rossi pidió sentido común. Aquel era un mundo libre, y

siempre que el seductor no haya usado la violencia contra Cattina... -y por lo que ella decía eso no había ocurrido, apenas había elogiado sus brazos robustos, que le hacían recordar a una novia-, no había nada de malo, cada uno podía expresar sus deseos.

- ¡Pero con una mujer embarazada! -Evangelista cortaba un palito con una navaja.

- Que cada uno hurgue en su memoria e intente recordar si, en determinado momento, no tuvo sentimientos por mujeres casadas, e incluso por una embarazada. Yo puedo decir que una vez me interesé por una.

- Espero que no haya sido por la mía -dijo Achille.

- ¿Qué importa si fue o no la tuya? Durante el embarazo, la mujer sigue siendo tan femenina como antes. Y no amamos el cuerpo, más o menos dotado, sino el carácter, la voz, las opiniones, todo eso materializado en un cuerpo, que es donde podemos tocar el amor.

- Cattina ahora va a evitar las reuniones -dijo Evangelista.

- ¿Eso es decisión de ella u orden del capataz? -Rossi mantenía el tono sereno de voz.

- Es solamente precaución.

- ¡Triste Colonia! Tiene una sola mujer que, aunque embarazada, despierta disputas entre los compañeros.
- Hablas así porque no es tu mujer -se indignó Achille.
- Pobre marido, todavía reacciona como propietario.

Al venir desde el cuarto, con la panza meciéndose en el vestido estrecho, que dejaba ver el ombligo saltado, Cattina tenía un gesto tranquilo. Sabía defenderse, jamás se dejaría seducir por la conversación mansa de un hombre, probablemente no se opusiera a los elogios del seductor, tal vez incluso dejara brechas en la conversación para que él se declarase. Sus senos estaban inmensos, también saltaban del vestido, eran senos sexuados, toda ella tenía un aura erótica, cualquier hombre percibía eso, era un embarazo exuberante, labios hinchados, mejillas coloradas, todo en ella había ganado volumen, color y forma, y se insinuaba pidiendo miradas, exigiendo atención.

- Vamos a terminar con esta conversación. No pasó nada, no me ofendieron, no estoy disgustada, solo tengo lástima de ustedes, perdidos en estas selvas sin el menor cariño. Todos son unos pobrecitos, incluso tú, Achille, eres un pobrecito, al repartir la poca comida, el trabajo que no termina nunca y pelear por una embarazada.

- Cattina tiene razón -intervino Giacomo, que se había quedado en silencio- todos estamos demasiado solos.

- Soy una mujer imposibilitada, pero hay mujeres libres en la ciudad.

- Si Lorenzo no ofendió a Cattina, mi propuesta es que el grupo le pida disculpas y que continúe recibiendo tratamiento amigable y respetuoso.

- Voto en contra -dijo Evangelista.

- Achille y yo votamos a favor -afirmó Cattina; sin darle la menor chance al marido para que se pronunciase, se oponía al hermano que, al recibir su mirada, bajó la cabeza.

- Favorable -dijo Giacomo, y se ofreció para ser el portavoz. En el momento que antecedió a la llegada del seductor, nadie dijo nada en la cocina minúscula de los Dondelli. Al entrar, Lorenzo dijo que no se arrepentía de haber mirado a Cattina, no le debía explicaciones a nadie.

- Nosotros te pedimos disculpas por el modo como nos comportamos -dijo Rossi, abrazando al amigo.

- Vamos a comer algo, todavía hay un poco de polenta del desayuno. -Cattina ya estaba revolviendo la cacerola olvidada sobre la chapa de la cocina ahora apagada.

A la tarde, todos fueron a trabajar en el monte; pasaron el resto del día en silencio, pero sin discordias, entregados a las tareas pesadas. Lorenzo, dedicado al trabajo de cortar los arbustos, golpeaba la hoz con fuerza exagerada y

rítmicamente; revelaba su furia silenciosa, no contra el marido, sino contra la soledad.

El resto del mes fue de trabajos urgentes y desgastantes, que consumían la poca energía de los hombres. Los solteros adelgazaban rápidamente, la comida se había hecho más aguada, el café venía más diluido y negro, porque la única vaca lechera no se dejaba más ordeñar. A pesar de la comida escasa, los Dondelli y Evangelista no habían adelgazado, y el retiro de dinero para los gastos de alimentación era mayor que otros meses, como percibió Rossi al conferir el saldo, una mañana en la que Cattina, a quien le había sido confiada desde el principio la caja social, había salido para comprar víveres.

Él siguió a pie hasta Palmeira y venció los dieciocho kilómetros de ruta en poco menos de cuatro horas; prueba de que los trabajos en la Colonia habían mejorado su resistencia. Rossi estaba contento con su desempeño en la caminata, pensaba en la felicidad: solo podía ser conquistada con el cuerpo y se encontraba, para él, en el trabajo rural. La caja social se terminaba, pero se iba a sembrar trigo, las gallinas engordaban, y pronto harían la primera cosecha. Y todo eso lo había hecho un grupo de ciudadanos, sin ninguna experiencia con los trabajos agrícolas. Se acordó con cariño de Achille Dondelli. Había sido vendedor de vino, pero había cambiado el comercio, en el

que no precisaba hacer grandes esfuerzos, por semanas de siete días en el campo -una de las ventajas de ser ateo es no tener que respetar el feriado semanal del Señor-. Achille y su familia comían más que los solteros, eso no estaba bien, pero no iba a acusar a nadie, ni siquiera lo comentaría, pues un día habría tanta abundancia que no habría razón para engañar a los demás.

En Palmeira buscó, como siempre, al Dr. Grillo, que lo recibió con un abrazo y un vasito de aguardiente. Rossi tomó con mucho gusto y enseguida explicó que necesitaban un adelanto; los trabajos en el campo y los animales iban bien, pero solo tendrían dinero dentro de unos meses. Quería viajar a Italia como propagandista; hablar personalmente convencía más que las cartas enviadas a periódicos y amigos.

Después de remover su cajón, Grillo sacó una cantidad de dinero y se lo entregó a Rossi, diciendo que para el viaje le daría más. Y enseguida quiso saber cómo estaba el ánimo de los pioneros.

- Todavía discuten por pequeñeces, pero no podemos pretender que se transformen instantáneamente en hombres nuevos. Eso lleva tiempo.

- La falta de mujeres debe ser el principal motivo de esos roces -afirmó Grillo.

- Seguro. Los hombres pasan la semana entera trabajando sin ocuparse nada más que de las tareas. pero en el fondo sienten tanta carencia afectiva que, al menor problema, como el hecho de que alguien se olvide de alimentar a las gallinas, surge una discusión en la que se es acusado de negligencia, y el otro reacciona y recuerda alguna falla de quien lo acusa. Todo por no haber estado con ninguna mujer en estos últimos meses.

- ¿Y la solución?

- En Italia intentaré atraer mujeres libres.

- Sabes que puedes encontrarlas aquí.

- No me refiero a esas.

- Ellas resolverían el problema provisoriamente.

- Luchamos contra la prostitución en la política, en la economía, en la familia, no podríamos servirnos de esas mujeres sin renunciar a ciertos principios.

- Pero hay algunas que no son propiamente meretrices, solamente llevan una vida más libertina.

- Si cobran, son meretrices.

- Tal vez puedas contratar a una de ellas para trabajar en la casa de los solteros.

Rossi guardó el dinero, después de aflojarse el cinto y abrir el bolsillo cosido en la parte interna del pantalón. Hasta ese momento, se había quedado con los billetes en la mano, como si no fueran de él y estuvieran ahí solo para que el certificara el total. Se detuvo, después de esta operación, para contemplar la sala del Dr. Grillo. El escritorio de canela tenía un lindo aroma, había una biblioteca de la misma madera. Sus botas de agricultor pobre contrastaban con la alfombra de buena calidad. El médico tenía una vida decente, conquistada con su trabajo. Sabía que los hombres de la Colonia podían soportar privaciones, falta de alimento, pero no soportarían la abstinencia sexual.

- ¿Conoces a alguna? -preguntó Rossi mientras sacaba el reloj de su bolsillo y se fijaba en las agujas.
- Ninguna que podamos visitar a esta hora del día.
- ¿Cuándo entonces?
- Cuando caiga la noche. Hay una casa cerca del río. La criada vino a avisar que el almuerzo estaba listo, ellos se levantaron y fueron a la parte del fondo. Hacía tiempo que Rossi no usaba platos de porcelana, cubiertos de plata y copas de cristal. El confort de aquella casa lo devolvía, por contraste, a su cabaña. Si tuvieran abundancia, todo sería más fácil; no precisarían pasar por pruebas que no se referían directamente a la ideología, sino a la pobreza.

Comieron en silencio, Rossi aún meditando si valía la pena o no contratar a una mujer para la Colonia. ¿No se tornarían meros patrones pagando por un servicio? Pero tal vez fuera la oportunidad de llevar un elemento social nuevo a la comunidad, tratándola como deben ser tratadas las mujeres, sin acusarla por su opción de trabajo, pues la prostitución, cup.ndo se sacaba de ella lo que tenía de sórdido, era una ocupación digna por permitir la libertad femenina. Lo que realmente le incomodaba de la prostitución era que sirviera de instrumento para perpetuar la estabilidad familiar. Los hombres se aventuraban en esos cuerpos libertinos y podían así mantener una falsa relación monogámica con la esposa.

La criada que servía el almuerzo era una chica delgada y bonita, de una belleza común, sin atractivos. Rossi la estudió cuidadosamente, despertando la atención del Dr. Grillo.

-Por lo que veo, precisamos ir a ese compromiso cuanto antes.

El anarquista bebió de una vez la taza de café que acababa de recibir de la muchacha; se quemó la lengua, para diversión del anfitrión, que pensaba cómo un hombre con experiencia en la política, con formación en la Universidad de Pisa, hijo de un abogado y de una profesora, podía ser tan ingenuo en las cosas del amor.

- Descansa en mi gabinete mientras resuelvo unos problemas. A la noche vamos juntos a la salida de la ciudad.
- Voy a aprovechar para escribir algunas cartas.
- Sobre el escritorio hay papel y sobres.

En cuanto Grillo salió, Rossi no quiso escribir nada, se recostó en el sillón de lectura y durmió un sueño largo; pensaba que tal vez él también mereciera la comodidad de un hogar, muebles de calidad y tiempo para libros y hábitos de higiene, prácticamente anulados en su rutina de agricultor.

Hacia la mitad de la tarde, decidió dar una vuelta por la ciudad. Desde el día que había llegado, se había encantado con el orden de todo -los caserones alrededor de la plaza, la iglesia, las palmeras altas y soberanas, como banderas de la paz doméstica.

Fue hasta los comercios en busca de los víveres necesarios, quería abundancia para que no hubiera mezquindad en las comidas, ese había sido el objetivo de su visita a la ciudad. Compró sal, pedazos de charque, azúcar y café, todo en gran cantidad. No iba a reprender a Cattina por la distribución adicional de alimentos a la familia, era una mujer asustada por la maternidad, en aquella tierra extraña y por las condiciones precarias. Acababa de salir de un sistema corrupto, tomaría tiempo hasta que se acostumbrara a

repartir todo y relacionarse con los demás de acuerdo con los principios de la hermandad, dejando de considerarlos enemigos.

Al ganar la calle, después de arreglar la entrega de las compras en la casa del Dr. Grillo, Rossi pensó que sería útil la convivencia con una meretriz; ahora estaba decidido a llevarla. Ella llegaría como una simpatizante atraída por la Colonia. Ayudaría en la huerta, en las comidas y dormiría en la cama de quien quisiera.

Al anochecer, fue servida la cena. Comieron abundantemente, Rossi siempre que podía almacenaba proteínas para los días difíciles. Las compras estaban en la cocina, en bolsas atadas en la punta. No habían bebido el café, cuando llegó un ruso que vivía en Santa Bárbara, llamado antes por el anfitrión. Los tres subieron al carro con toldo, Grillo avisó en casa que acompañaría al amigo hasta la salida, y fueron al río.

El caserón tenía varias ventanas que daban a la calle y una puerta de doble hoja alta, con vidrio en la parte superior. El carro paró, los dos italianos bajaron, un toque leve en la puerta hizo que se escucharan los ruidos de las pantuflas en el piso, que parecía cubierto de arena. La mujer que atendió era flaca y tenía la cara arrugada.

- Entre, doctor.

- Este es un amigo mío.
- Bienvenido.

Se sentaron en sillas de mimbre, las manos sobre la mesa. Desde donde estaba, Rossi veía, en el pasillo oscuro, siluetas pasando de un cuarto al otro. Grillo le explicaba todo a la mujer, tenía que ser una muchacha sin vicios, discreta, que estuviera interesada en pasar un tiempo fuera de la ciudad y en convivir con gente de bien. Recibiría comida y salario.

- Creo que tengo una persona a la que le puede interesar. Se levantó y volvió con una muchacha blanca, de aspecto enfermizo, tal vez por vivir siempre encerrada en el caserón. No debía tener más de veinte años, aunque su cuerpo menudo parecía de quince. Era tímida, y eso le agradó a Rossi.

- Ella necesita dejar la gran ciudad. Se embarazó de un muchacho, y el bebé murió a la semana. Sería bueno que abandone el trabajo hasta recuperarse y que el muchacho se olvide de ella.

- ¿Cómo se llama? -era la primera vez que Rossi hablaba, desde que entraron en la casa.

- María.

- María ¿qué?

- Aquí todos me llaman Malacarne.
- Eso se verá. -Rossi se rió, encantado con la muchacha.

Arreglaron lo combinado, el primer sueldo se lo pagaría el Dr. Grillo a la madama. María fue al cuarto y volvió con un paquete. Las ropas atadas en ese bulto tosco y flojo que ella sostenía contra el viento, le devolvían el aspecto de embarazada.

Se subieron al carro. A la salida de la ciudad, el doctor bajó, se despidió del amigo y volvió a pie a su casa, con las manos en los bolsillos del saco para protegerse del frío de aquella noche de agosto. Miró el cielo y dijo:

- Mañana va a helar de nuevo.

Rossi siguió en silencio. Cuando llegó, todos dormían. Ayudó al ruso a descargar las compras, atento a los ruidos de los compañeros en el cuarto, pagó el transporte y cerró la casa.

En la oscuridad, no había encendido ninguna vela para no despertar a los amigos, oyó una voz infantil:

- ¿Dónde voy a dormir?
- En mi cama -le dijo.

Palmeira, 15 de septiembre de 1890

Querido Leónida Bissolati

En estos últimos seis meses, vivimos aquí en la más completa soledad, y es muy difícil explicar qué es la soledad en estas colinas americanas, donde un crepúsculo triste nos recuerda, todas las tardes, a personas y lugares queridos. Miramos el cielo del atardecer, con sus luces agonizantes, y después vemos nuestra casita y no encontramos a nadie que nos pueda dar afecto. Sin otra cosa que hacer, tomamos un libro socialista y leemos hasta que la vista se cansa, soñando con la gran patria anarquista.

Mientras eso no ocurre, aunque cada día estemos más cerca de ese momento, trabajamos la tierra con el deseo de que dé frutos para que nuestra colonia pueda acoger a mucha gente. Prevalece la monotonía, pues somos pocos; eso tiene un lado positivo, nos dedicamos con mayor ahínco al trabajo, aunque todos anden medio tristes, no de una

tristeza que viene del arrepentimiento de estar aquí, sino de otra, producida solo por esa falta de calor humano, de largas charlas con personas nuevas y de obras de teatro que queremos producir en cuanto tengamos más compañeros, pues la Colonia será atractiva solamente si crea entretenimiento, y no puede funcionar si persiste este régimen de trabajo. Cuando crezca nuestra población, habrá ocio para las artes, para la lectura, para las relaciones o nada más para contemplar atardeceres, que no nos dolerán tanto, pues la soledad estará alejada y la puesta del sol podrá ser solo poesía.

Los solteros sienten como nunca la falta de mujeres. Hay solo una, que en breve dará a luz el primer hijo de la Cecilia, y hemos tratado a esa mujer con todo respeto. Si eso muestra nuestra civilidad, también revela el viejo modelo familiar, pues la mujer aquí es la figura de la madre, ligada al marido y al hijo venidero.

[...]

Esperamos que lleguen pronto las nuevas levas de inmigrantes, que serán muy bien recibidas. Aguardamos todo tipo de gente, pero nos pondría extremadamente felices si vinieran también las compañías amables. Como nuestra población es predominantemente masculina, sin ellas la Colonia corre el riesgo de continuar reproduciendo

todos los vicios de esta vieja sociedad que queremos reformar.

Colonia Socialista Cecilia

Giovanni Rossi

En la oscuridad de aquel cuarto sin revestimiento, Rossi vio a María. Se quedó de pie, al lado de su cama, su cuerpo brillaba en la noche, que no conseguía apagar el fulgor de la piel color leche. Rossi entonces recordó la vaca que no podía ya ser ordeñada. y el café amargo de las últimas semanas, ahora habría alimento para un mes más. Pensó también en Cattina, pronto llegaría el niño, el primero en nacer en la Cecilia, tenían que ponerle un nombre adecuado, el nombre de las cosas era importante, una elección equivocada y todo podría estar perdido; él tenía esa creencia en el poder de la palabra, y se quedó pensando qué nombre le daría a un hijo suyo, pero no estaba enamorado, y no tendría hijos tan joven, si fuera a tenerlos algún día. ¡También, con esta vida! Sentado en la cama, divagaba mientras las manos se deslizaban por el cuerpo de María. El nombre, el nombre es algo importante, y se fue excitando, siempre con esta idea.

Cuando sus dedos se enroscaron en el cabello crespo de María, susurró:

- El nombre.

- Todo el mundo lo sabe, tonto -dijo ella, sentándose en sus rodillas, pequeña como una niña.

Él se llevó a la boca uno de sus senos, que estaban firmes e hinchados, pero ella se echó hacia atrás.

- Todavía está saliendo leche -dijo, un poco avergonzada.

- Yo nunca supe qué gusto tiene -y absorbió lentamente, primero de uno, después del otro.

Cuando finalmente se acostaron, apretando los cuerpos en un largo beso, él sintió gotas de leche correr entre los pelos de su pecho y pronto había encontrado el camino tan largamente deseado. Entonces dijo: Buenacarne. Ella rió, corrigiéndolo, provocativa:

- Malacarne. Todo el mundo me llama María Malacarne.

Por ser también gabinete de estudio, el cuarto de Rossi estaba separado de la residencia de los solteros. Él se levantó más tarde y fue a la casa de los Dondelli para desayunar. Encontró a los amigos sentados en los bancos de madera, hechos por los propios anarquistas, y presentó a María, diciendo que había venido con él, estaba interesada en llevar una vida socialista, pero no sabía nada todavía de

sus ideales, y todos tenían que ayudar, enseñándole los principios del anarquismo. Las primeras lecciones las aprenderás pronto, se trata simplemente de observar cómo vivimos, dijo Rossi, sentándose en la mesa y diciéndole a Cattina que en la despensa había café, azúcar y otros alimentos. Evangelista dijo que iría a buscar alguna cosa para comer y salió con paso rápido, mientras Lorenzo se aproximaba a María, y le preguntaba de dónde era. De Palmeira, dijo ella, colocando las dos manos sobre una tabla mal aplanada de la mesa. Todos vieron sus manos finas y pequeñas; Cattina percibió que no estaba acostumbrada al trabajo pesado, y le dio rabia, más aún cuando observó sus propias manos, inmensas y ásperas como las manos de todas las agricultoras, y sus brazos oscuros de tomar sol en la huerta y de recibir el calor del fuego. Eran manos y brazos de una mujer de trabajo, no tenían ni la blancura ni la suavidad que encontraba en los de María, y entonces le preguntó a Rossi si ella -había desprecio en el tono escogido para usar esta palabra- sería su mujer. El anarquista dijo que no tenía documento de posesión de nadie, María iba a integrar el grupo de los solteros y era dueña exclusiva de sus afectos. Giacomo, siempre callado, le pidió a Cattina que fuera más educada, la Colonia precisaba gente, todos eran bienvenidos, nadie tenía que probar nada.

- Precisamos de gente que trabaje -dijo Cattina, removiendo la leña del fuego donde hervía un caldero de agua para la polenta del almuerzo.
- Si quiere, puede vivir en nuestra casa. -Dijo Achille mirando la pared, con miedo de encontrar los ojos de su mujer.
- Eso también es elección de María -concluyó Rossi.
- A mi me da lo mismo, me puedo quedar en la otra casa.
- En el campo hay suficiente pasto para que te hagas un colchón, después lo pones donde quieras, mientras que no sea en mi cuarto.

La discusión entre las mujeres terminó con la entrada de Evangelista; traía, en una de las bolsas varios productos que colocó sobre la mesa, donde todavía estaban las tazas con la borra de un café con aspecto de agua sucia en el fondo.

María comió un pedazo de polenta fría, y salió al campo. Quería conocer la propiedad y enseguida encontró, pocos metros abajo, una cascada de agua muy fría. Se sentó en una piedra y dejó sus pies dentro de la corriente, pensando que, cuando hiciera más calor, ese sería un lugar perfecto para el baño. Miró largamente la vegetación alrededor, que protegía la cascada, y se acordó del tiempo en que era niña y

se bañaba a la luz del día. Su vida estaba sufriendo otro cambio, después de meses durmiendo de día y pasando la noche en la cama con los más diferentes clientes, ahora descubría la mañana, y era bueno quedarse así al sol. Se levantó el vestido y dejó que sus piernas blancas recibieran aquella luz.

No tuvo que prepararse el colchón. Después del almuerzo, Lorenzo llegó con gran cantidad de pasto y llenó una inmensa bolsa con un corte en uno de los lados. Él mismo había cosido unos restos de telas de colores y estampas diferentes, se notaba que era un trabajo masculino por los puntos largos y sueltos. Cuando el colchón estuvo lleno de pasto, María vio que era mayor que el de una plaza en el que había dormido con Rossi, y eso le pareció una buena señal. Pasaría más tiempo en aquel colchón que en cualquier otro lugar de la Colonia. Percibió desde el primer momento que aquellos hombres tenían mucha sed, incluso aquel casado con la colona de nalgas inmensas y labios hinchados por el embarazo; todos querían a alguien con manos de mujer, labios de mujer, piernas de mujer y sexo de mujer. Ella poseía todo eso, y sabría exactamente qué hacer.

Muy temprano en la vida, había descubierto que cada persona se relacionaba con el mundo de manera diferente. Había tenido esa revelación al observar a su hermano, que solo pensaba en ir a los ríos con un deseo nunca saciado de

pescar. Volvía a la casa con el morral lleno de peces, que la madre distribuía entre los vecinos, y al día siguiente ya estaba preparado para pasar horas en las barrancas de los ríos, a pesar de los mosquitos y otros insectos, y a riesgo de ser picado por una cascabel, de las muchas que había en los alrededores de Palmeira. El padre tenía una forma más tranquila de participar de la vida social. Cuidaba gatos y perros que encontraba en la calle. De vuelta del almacén donde trabajaba, venía siempre con sobras de carne para prepararles la comida a los animales y después se quedaba un largo rato conversando con aquellos bichos lastimados. Algunos se recuperaban después de meses de tratamientos de don Francisco y enseguida estaban de nuevo en la calle, en busca de las aventuras que no encontraban en la casa. Más práctica, la madre cosía para afuera y siempre había gente en la sala, pero no era por medio de la costura que ella participaba de la vida de la ciudad, sino por la conversación. Le gustaba saber todo lo que pasaba, pero no era chismosa; tenía un placer solitario de conocer las cosas buenas y malas, no comentaba ni siquiera con los hijos y, antes de dormir, rezaba por todos, por aquellos que habían alcanzado cierta distinción, para que no sufrieran, y por los desgraciados, que habían perdido un hijo, habían sido baleados o pasado por alguna tragedia. La madre, en el fondo, era como un ángel. María pensó mucho en eso después de su muerte, un ángel convencido de que la

felicidad de las personas dependía de ella, solamente de ella. Cuando murió de una enfermedad que nadie supo diagnosticar, María pudo seguir su camino. No había tenido ningún novio hasta ese momento, y ya estaba por cumplir dieciocho años, pero sabía que el mundo pasaría siempre por entre sus piernas, era allí que estaba su punto fuerte. El mundo funcionaba como un carro, cuyos bueyes se ataban a ella. Sabía cómo atar la yunta, conocía un nudo que nadie podía deshacer, para eso había nacido, no quedaba duda, todo lo que hiciera para contrariar tal vocación sería un crimen, y ella se sentía tranquila, era una mujer que apreciaba el misterio de existir, la muerte de la madre le había mostrado la urgencia de vivirlo todo rápidamente, de la mejor manera. Resolvió abandonar al padre e ir a vivir a la casa de Doña Odete, donde fue recibida como un ángel, blanca y virgen, regalo para los hombres bien puestos de la ciudad, que pronto se acercaron a ella, algunos jóvenes, otros ya viejos, todos encantados con su cuerpo, que brillaba en la noche, y ella conoció en estos varios hombres lo que había de igual y diferente en la naturaleza masculina, vio que la novedad era infinitamente menor que la repetición, y supo todo lo que deseaban de ella. Para relacionarse con el mundo, era preciso apenas dejar que las cosas pasaran por su cuerpo, que lo atravesaran como si fuese tierra virgen, que plantaran una semilla podrida, o vertieran lágrimas de alegría y de dolor en sus cabellos, que eran largos no para

esconder el rostro infantil, sino para secar los ojos masculinos que solo se atrevían a llorar en la intimidad de una cama. María sabía que la suya era una buena carne, lista para ser amada, y mientras restara alguna señal de esa carne sobre sus huesos, no habría otra forma de percibir el mundo.

No sería diferente en la Cecilia. Aquellos hombres barbudos y de ropas remendadas no formaban parte de la ciudad, eran otra realidad, ella no la entendía bien, pero ellos tenían las mismas urgencias.

Mientras ella estaba sentada bajo una de las palmeras, en lo alto de la pequeña colina, Lorenzo, que no había ido a quemar el matorral, cargó el colchón tan cariñosamente preparado. Ella quebraba coquitos secos con dos piedras y comía la pequeña almendra que había adentro cuando oyó un ruido en la puerta de la casa. Miró a Lorenzo con ojos soñadores, como un pájaro enjaulado mira las frutas maduras de los árboles. Eran ojos dulces y al mismo tiempo violentos, ella conocía exactamente las imágenes que pasaban en aquellos ojos. Terminó de comer el último coquito y fue a la casa, el colchón estaba en el medio del cuarto de los solteros, sobre las tablas sucias del piso. No sé si está bien aquí, dijo él. María no dijo nada, levantó el vestido hasta el cuello, revelando el cuerpo blanco, se acostó en el colchón, se sacó la ropa interior y la tiró en una de las camas. Lorenzo estaba con su ropa de trabajo -botitas

estropeadas y sombrero comido por la lluvia y por el sol-, parece un espantapájaros -pensó ella, y recordó los espantapájaros de la huerta de su casa, y ni se dio cuenta de que él, también desnudo, bajó al colchón y le tomó el rostro. No era un hombre el que estaba allí, era el pasante del carro donde se ataban los bueyes, una operación simple y bella.

-¿Te gustó? -quiso saber Lorenzo.

Ella solo sonrió con su cara de niña y los dientes que comenzaban a cariarse. Sonrió con sinceridad. Le había gustado. Siempre le gustaba. Era así que ella se sentía parte de la realidad, esta realidad que podía ser tantas cosas, pero que para ella era siempre aquel estremecimiento de cuerpos, aquel sudor sin fin, los gemidos, el desfallecimiento. Estaba satisfecha. Había sufrido con la muerte de la madre pero, si estuviera viva, María no tendría coraje de ser quien era, tendría que fingirse otra persona, y eso no sería bueno para ella. En algunos momentos pensaba que la madre había muerto de aquella enfermedad misteriosa solamente para que la hija se encontrase, había leído su predestinación en sus ojos profundos, circundados por ojeras, y había descubierto que nunca brillarían en su luz obscena mientras ella estuviera viva; entonces se retiró. El padre y el hermano no sentían su falta, tenían perros, gatos y peces, y la hija podía entregarse a todos y experimentar el gozo, no el de la carne, tan efímero, sino otro que venía de

alguna región de sí misma, de la memoria de su madre, pensaba ella, sin saber muy bien cómo explicarse eso.

- No me dijiste si te gustó.
- A mí siempre me gusta -dijo ella, besándolo en la boca y dejando en su lengua un gusto ácido, mezcla de fermentación de las caries y de los restos de almendra del coquito, imaginó Lorenzo, pero era simplemente el gusto de la satisfacción.

Sucios de ceniza, las ropas ennegrecidas en varios puntos, la piel llena de hollín, los hombres de la Colonia volvieron un poco antes del anochecer, buscando a María. Lorenzo no decía nada, remendaba una camisa; ahora sentía la necesidad de estar bien vestido.

- La doncella fue a bañarse a la cascada -informó Cattina.
- El agua todavía debe estar muy fría -dijo Achille.
- Aquel caldero -dijo ella señalando el fuego- está lleno de agua tibia.
- Pero no alcanza para todos -concluyó Giacomo, que fue a su casa y buscó un pedazo de jabón y una toalla y pasó por delante de la casa de los Dondelli, camino a la cascada, inocente como un niño.

- Cuidado de no ahogarte -dijo, en tono de broma, Evangelista.
- En esas aguas sé nadar -respondió el otro, sin siquiera mirar a los amigos.

Cuando volvió, al principio de la noche, abrazado con María, tenía los cabellos escurridos en la frente, la barba mustia y los pelos pegados al brazo. María no se había mojado el cabello. -Miedo de una gripe, explicó. Pero su vestido, seco, tenía manchas de humedad alrededor de los senos, señal de que Giacomo había continuado sus cariños en el camino de vuelta a la casa.

Entraron a la cocina, en el momento en que estaban sirviendo la cena, una sopa de gallina. Lorenzo había matado a la tarde una de las gallinas, diciendo que sería bueno para reponer la energía de los que habían, trabajado en la quema, para prevenir un resfrío y Cattina, contra su voluntad, había hecho el caldo; había economizado sal pero incluso así la sopa estaba buena y los anarquistas comieron y mojaron el pan negro en el plato.

María repitió la sopa diciendo que, a ella que había perdido el bebé -siempre hablaba de él como el bebé, y nadie sabía si era varón o mujer- a ella aquel caldo le haría bien y que también prepararía sopas para Cattina cuando ella tuviera a su hijo.

Mirando las manchas de leche a la altura de los senos de María, Cattina refunfuñó que no precisaba que le hicieran la comida y que no le gustaba mucho la gallina, plato para personas mimadas, y que si María quería hacer algo bueno para todos, era mejor mantener el respeto.

- No es por nosotros, que somos gente libre, sino por la memoria de tu hijo muerto.
- La memoria solo nos entristece.
- María tiene razón -dijo Rossi-. Nuestra libertad tiene que ser conquistada incluso contra la memoria, contra la gratitud y contra el amor.

María tomó su sopa, sin hacer ningún comentario, así como más tarde, cuando los solteros empezaron a decidir dónde iba el colchón de la muchacha, ella no opinó.

- Creo que debemos construir una casita para ella, algo pequeño y cómodo, aprovechando las maderas que estamos sacando del monte -Giacomo era el más entusiasmado.
- La podríamos revestir, incluso -la adhesión de Evangelista dejó a Cattina todavía más irritada.
- El hombre es un animal, no puede ver una falda. Precisamos semillas, vacas lecheras, bueyes, caballos, muebles. Y ustedes están pensando en una casa para esta muchacha.

Sin levantar los platos de la mesa, Cattina fue al cuarto, encendió una vela y comenzó a ordenar unas ropitas de bebé, ajuar pobre, de pocas piezas, todas de mala calidad. Los que se quedaron en la cocina se rieron bajito, y hasta Achille participó de la discusión sobre el mejor lugar para María.

Por el momento, debería dormir en el cuarto de Rossi, que pasaría el colchón para el de los solteros, pues la libertad no quiere decir promiscuidad, así como la anarquía no es desorden.

De los solteros, solo Evangelista no había estado con María todavía, pero en aquella noche, después de poner el colchón de dos plazas en el cuarto de Rossi, Evangelista fue directo al otro cuarto y pasó la noche con ella, deslumbrado con la blancura fosforescente de su cuerpo.

Hubo poco trabajo esa semana, todos se quedaron más tiempo cerca de las casas, con el pretexto de trabajos que no tenían urgencia, Lorenzo recordó que faltaba un cantero de flores y fue a recolectar brotes por las colonias vecinas y por el monte, ablandó la tierra, la abonó con estiércol, y regó las plantas todas las tardes. Rossi escribía sus cartas, leía los libros y se quedaba mirando el cielo, oyendo el canto de los pájaros, iba hasta la cascada y limpiaba con mucha más

frecuencia que antes las lentes de sus anteojos. María Malacarne había alterado la rutina de la Colonia, que casi no era más agrícola. Solo hacían los trabajos urgentes, para no tener pérdidas. La comida comprada por Rossi disminuía, ellos cosechaban algunas cosas, comían una que otra gallina que era para vender y hasta mataron un cerdo inmenso, alegando que estaba con una pierna quebrada. Giacomo había golpeado con el mango del machete la pierna trasera del animal por la noche, cuando todos dormían, y al día siguiente se les ocurrió sangrar al animal; Rossi aprobó, necesitaban diversión, y encargó en la colonia francesa tres botellas de vino, el mejor producido en la región, aunque, por falta de dinero y miedo de peleas, evitaban la bebida en la Colonia. El vino y la carne roja en abundancia, todo preparado sin la ayuda de Cattina, que dijo que estaba cansada por el embarazo, le dieron otro aliento a los hombres. Comieron y bebieron el sábado entero, y siguieron a la noche, cantando canciones seguidas de la repetición del himno de la Colonia, y de vivas a la revolución que se transformaron en largas vivas a la mujer libre y por último en vivas a María Malacarne.

Aquella noche todos durmieron en el alojamiento de los solteros, y María pasó la noche con Achille, que se había aproximado a ella durante la fiesta, diciendo que el único sin amor era él.

- Solo porque quieres -dijo María.
- Pero Cattina ahora me evita.
- ¿Y quién está hablando de Cattina?

Achille se rió, tomó una copa más de vino y no se separó de la muchacha, hasta irse con ella al cuarto mientras los otros se quedaban bromeando, alegres como nunca antes habían estado. Rossi había notado que María había aumentado la hermandad entre los hombres, ahora no solo hermanos en las ideas, sino también en el cuerpo de una mujer. Pensó que pronto nacería de aquel cuerpo el primer hijo de la comunidad, sin paternidad definida, un hijo legítimo del amor libre, y durmió en paz, soñando con el destino de su Colonia.

Al día siguiente, cuando pasó el efecto de la bebida, Achille Dondelli no sabía qué hacía al lado de María. La miró, sintió dolor de cabeza, quería salir a tomar agua, pero aquel cuerpo se lo impedía. Cattina debía estar muy enojada. Inventaría que, por causa de la borrachera, no había dormido en su casa, y había pasado la noche con los solteros, alguien lo testimoniaría. Después de hacer estos planes, se quedó más tranquilo y se recostó de nuevo junto a María, pero ella dormía olvidada de todo, del lugar donde estaba, de la persona con la que había pasado la noche, apenas soñaba, y soñaba con la madre que cosía un vestido

de flores en el cuarto de costura; María se probaba la ropa, alegre, mientras escuchaba los consejos de la madre: debía siempre tener un hombre a su lado, y la niña preguntaba:

- ¿Y si quisiera tener más de uno? La madre la miraba con cariño, la elección sería de ella.

El sueño fue interrumpido por la entrada de Cattina, que pasó de la cocina al cuarto, abrió la cortina y sacó la sábana que cubría al marido y a la muchacha.

- ¿Te falta algo en casa?

- Fue la bebida, Cattina, te juro -dijo él, al despertarse asustado.

María se levantó, agarró su ropa colgada en un clavo, se vistió y dijo que iba a caminar un poco, que había soñado con la madre.

- Antes fuera con el diablo -dijo la mujer.

Sin darle importancia a la ira de Cattina, la muchacha salió descalza, bajando hacia la cascada.

- Ni se puso la ropa interior, la desvergonzada.

Vistiéndose, Achille se quedó solo con la mujer, mientras los otros desayunaban. La mujer quiso saber de nuevo qué le faltaba, él dijo tú sabes muy bien, no preciso decírtelo,

¿crees que la vida de un hombre es solo trabajo, comer y dormir?

- ¿No podías esperar unas semanas?
- ¿Cuántas llevo esperando?
- Estás enamorado, eso se ve en tus ojos.
- No, solo me permití lo que un hombre merece. Un hombre que trabaja.
- El cuerpo de una perdida.
- De una mujer libre.
- ¿Entonces fue para eso que vinimos, para cambiarle el nombre a las cosas? ¿Esto es la libertad, tiene el mismo valor, ahora es una palabra noble?

Vestido apenas con el pantalón, pero sin ajustar el cinturón, Achille escuchaba parado, la boca seca por causa de la bebida, un leve mareo, la mujer había crecido delante de él, era la madre que discutía con el hijo, lista para el perdón. Esperaba las palabras ciertas, que ella juzgaba merecer, no las que había usado con María ("tu cuerpo parece desaparecer entre mis brazos, de tan fino, tus senos de niña caben en mi boca", y otros elogios que le había dicho en el momento de la fiebre). Cattina quería las palabras que solo podrían ser usadas para ella.

- Sabes que te amo, Cattina, te amo mucho.

Había reconquistado a la mujer, bastaba ver su irritación falsa.

- Vístete de una vez, don impresentable.

Y salió, dejando al marido con el dolor de cabeza, la ropa arrugada, el remordimiento y también la memoria de aquel cuerpo que nunca se borraba. Puedo vivir cien años que no olvidaré tu cuerpo, María -murmuró mientras se ponía las botas.

En la mesa del café, se encontró con la sonrisa de Lorenzo, pero no dijo nada, tomó dos rodajas de pan y colocó entre ellas dos pedazos de carne de cerdo, sobras de la fiesta. El café estaba diluido de nuevo, pero no iba a comentar eso, cualquier cosa podía ser motivo para que Cattina lo ofendiera delante de los otros. Achille no supo si el café estaba diluido por provocación de su mujer o si los víveres estaban escaseando nuevamente.

- Tenemos que hacer el cerco de la huerta nueva.

Para no parecer receloso, empezó a hablar por el tema menos espinoso, una obligación colectiva, el cerco para proteger la plantación del ganado que pastaba suelto por toda la región y arruinaba las huertas.

- Antes tenemos que resolver un problema -dijo Rossi, que también sentía dolor de cabeza, pero le venía como puntadas en la frente.

- Si se trata de mi problema, ya arreglé todo con Cattina.

Lorenzo se movió en el banco y comenzó a provocar al marido pródigo.

- ¿Quiere decir que tú puedes dormir con la mujer de los otros, pero nos prohíbes que nos acerquemos a la tuya?

- No empieces de nuevo -pidió Giacomo, con voz conciliadora.

- María no es mujer de nadie, es de todo el mundo.
-Achille no quería parecer un perdedor.

- Pero ¿si tú reconoces en ella el derecho de dormir con todos los hombres, hasta con los casados, por qué no le das el mismo derecho a tu mujer?

- No quiero seguir escuchando esto -interrumpió Cattina- díganme solamente si aceptan mi propuesta.

Como nadie le había dicho a Achille qué propuesta era, tuvo que preguntar.

- Si María no se va hoy, Cattina, Evangelista y tú se van de la Colonia -explicó Giacomo.

Él ni miró a su mujer, dijo que tenía razón, que tenía que pensar en el bebé.

Rossi se levantó.

- Familia, siempre la familia.
- Hablas así porque no es la tuya -retrucó Achille, pero Rossi ya salía a comunicar la decisión a la muchacha.

No tuvo que hacerlo. En cuanto María volvió del paseo, preparó su paquete con alguna ropa más que al día siguiente de su llegada, y algunos pocos billetes, regalo de los anarquistas, y ya estaba saliendo. Rossi entonces le dijo, con los dientes cerrados.

- María.
- María Malacarne -rió ella.
- ¿Tienes a dónde ir?
- Todo el mundo siempre tiene adónde ir, ¿no? Tengo la suerte de tener adónde volver.
- No hubo tiempo para que te enseñara nada sobre anarquía. Nuestras clases no llegaron a comenzar.
- Ustedes tenían tareas más urgentes.

Salió distraída, sin mirar hacia la puerta donde estaba el grupo reunido. Por un instante, al mirar su andar suave,

Rossi la vio como una muchacha caminando una tarde de domingo.

Puerto de Paranaguá, 23 de octubre de 1890

Queridísimo Dr. José Franco Grillo

Antes de mi partida, mientras aguardo la embarcación Porto Alegre, que me llevará a Río de Janeiro, escribo esta carta para hacer un pequeño relato de los últimos acontecimientos que ocurrieron en este breve lapso de tiempo.

Camino a Curitiba, paramos en San Luiz de Puruná, en este hospedaje con el bello nombre de Casa de la Estrella, donde, como la primera vez, nos sirvieron muy bien, con una cena abundante y a buen precio. Mejor que reencontrar la comodidad de este albergue, que tal vez sea tan acogedor por el desgaste sufrido en este camino en el que nos sacudimos al compás de los baches y, encima, en esas diligencias duras; pues, mejor que esta comodidad fue, esta vez, el encuentro que el destino nos proporcionó. El coronel Serzedelo Correa, el senador Ubaldino do Amara! y el Dr. Vicente Machado, ese admirable director del diario *A República*, pasaban la noche allá, debilitados por los

sufrimientos de esas rutas y propensos a entender mejor el esfuerzo de los inmigrantes, el señor gobernador de Paraná. Sufriendo, como los demás, el dolor en el pecho común en estas soledades, charlamos animadamente buena parte de la noche, y ellos me preguntaron todos los detalles sobre nuestra Colonia. Son hombres instruidos, con gran libertad de pensamiento, y estaban informados no solo de nuestra experiencia, sino también de las ideas socialistas que florecen en toda Europa. Después de darles más noticias sobre los planes de aumentar el número de anarquistas en la Colonia, y de mi viaje al viejo mundo con el objetivo de promover el arribo de más gente, el gobernador dijo que los colonos socialistas, desde el punto de vista de la economía, son tan necesarios como los demás, pero que superan a los otros porque introducen técnicas e ideas civilizadas, indispensables para el crecimiento de la joven provincia. Inclusive me dijo que en Paraná no faltan terrenos que podrían ser ocupados por cualquier tipo de trabajador. "Hay muchas tierras, Dr. Rossi, para que sus amigos anarquistas pongan a prueba sus principios"... Yo, aprovechando el compañerismo del gobernador, le recordé que había tierras en abundancia, y no pocos eran los incentivos, pero que aun así era difícil mantener una Colonia que no tenía como objetivo principal el lucro, lo que traía complicaciones de supervivencia en este primer momento en el que no había

aún un número suficiente de trabajadores para sacar de aquella tierra fértil todo lo que podía dar.

Al gobernador le gustaron mis palabras, elogió mucho a los anarquistas; dijo que éramos una fuerza social sin culto religioso y podríamos ayudar en la mejora de la instrucción de la provincia. Para mostrar con un gesto cuánto apreciaba a los anarquistas, iba a autorizar a la Inspectoría de Tierras y Colonización a darnos un subsidio complementario, "para ayudarlo a traer a sus compañeros a nuestra tierra"... dijo. Después de una cortés despedida, a la mañana siguiente, él salió en dirección opuesta; llegué a Curitiba, busqué al inspector, a quien le llevé la autorización del coronel Serzedelo. Pude retirar cinco mil réis. Por medio de este portador envió dos mil seiscientos para que el amigo los entregue a los compañeros que se quedaron en la Colonia.

Es una prueba material más de la hospitalidad de este estado, en el que el gobierno no teme a aquellos que son considerados en su país natal como criminales peligrosísimos. Aquí no se tiene miedo de perder la propiedad, pues son vastos los campos sin dueño, y se necesita justamente revolucionarios que los ocupen y los vuelvan productivos.

¡Qué espléndido es este país!

Voy, por mi parte, a difundir en los periódicos de Italia, donde la colonización brasilera sufre de todo tipo de difamación, estas pruebas de generosidad del gobierno de Paraná. Tengo la certeza de que van a causar excelente impresión, y a estimular el arribo de italianos, y no solo de anarquistas, sino de todo tipo de trabajadores, porque aquí, incluso antes de la victoria del socialismo, es posible vivir lejos de la opresión de los patrones.

Con este estado de ánimo exaltado embarco hacia Italia, ya no como un italiano que regresa a la patria, sino como un propagandista de esta nueva y maravillosa tierra. El navío saldrá mañana, pero ya sueño con el día en que esté de vuelta en este puerto, para retomar, en mejores condiciones, la vida de nuestra Colonia.

Reciba el abrazo fraterno de

Dr. Giovanni Rossi

Si una pieza se sale de lugar, todo el mecanismo tiene que trabajar forzado, hasta que se deteriora. Rossi pensaba en eso cuando, en aquellos días después de la partida de María, observaba a Lorenzo, cada vez más inactivo, pasar tardes enteras con la espingarda por el monte, en compañía de Russo, el viejo perro de caza, con el pretexto de conseguir comida, pero sin traer nada, ni un pajarito muerto; ni siquiera se oían disparos a la redonda. Otras veces, se alejaba con una caña de pescar y volvía recién por la noche, sin ningún pescado en el morral. Russo descansado, señal de que los dos habían estado durmiendo bajo algún árbol. Tal vez como protesta, o incluso para crear una distancia en relación a su enemigo, Achille trabajaba más que todos, y eso también era malo, las relaciones estaban perdiendo el precario equilibrio.

Giacomo comenzó a ir a la ciudad todas las semanas, pasaba dos días y una noche fuera, siempre volvía con una mirada perdida, cada vez más estancado con sus actividades, comía poco, hablaba sobre las parras, sobre cuándo darían la primera cosecha. No aguantaba vivir sin vino, todo tan

monótono en esta tierra. El ideal que unía a los pioneros se estaba desmoronando y necesitaban encontrar alguna cosa que los uniera de nuevo. Rossi sabía que no podía ser otra meretriz, sino una mujer, una mujer anarquista, una mujer cuya entrega no fuera solo por sensualidad, sino principalmente por principios, una lucha por los derechos femeninos, un acto políticamente consciente; de lo contrario terminaría en mera confusión de sentidos, en perturbación de los instintos masculinos, cuando el amor debería ser el arma usada contra el poder, y no un disturbio de glándulas que los llevaría de vuelta a la promiscuidad primitiva.

Fue Evangelista Benedetti, puente entre los dos grupos que se formaron en la Colonia, el de las parejas y el de los solteros, divididos en dos casas, frecuentadas con el mismo derecho solo por Evangelista, quien recordó el viejo proyecto de construir la cocina, un espacio comunitario amplio para abrigar nuevos inmigrantes.

- Que, por la demora, no vendrán nunca -dijo Lorenzo.
- Vendrán, sí. Iré a buscarlos.

Rossi ya tenía el viaje programado, tenía que dejar la comunidad unida, y la construcción de la cocina era la oportunidad.

- ¿De dónde sacaremos el dinero? No hay ni 200 réis en la caja social.

- Le pediremos un nuevo préstamo al Dr. Grillo -dijo Rossi-. Mañana iré a Palmeira.

Lo que no dijo, aunque lo hubiera pensado en aquel momento, es que ir a la ciudad era una excusa ideal para volver a ver a María. Al día siguiente, después del almuerzo, golpeó la puerta del caserón de varias ventanas, entró como un viejo conocido, "¿usted, por aquí, doctor?", esperó unos minutos para encontrarse con María que, con cara de sueño, estaba saliendo de su cuarto, el rostro arrugado, los cabellos despeinados, pero la misma expresión infantil, que no se deshacía ni en aquel lugar oscuro.

- ¿Usted también?

Rossi confirmó la sospecha sobre las fugas de Giacomo.

Rió y se aproximó a María.

- Quiero dormir un poco más, venga -dijo ella. Como se quedó parado y quieto, ella insistió:

- Acuéstese solo un poquito conmigo, después puede irse, siempre que no me despierte.

Cuando salió del caserón, sin preocuparse por los comentarios de los vecinos, fue rumbo a la casa de Dr. Grillo, pero tuvo que esperar hasta el anochecer, cuando el médico llegó, y lo invitó a cenar. Después, mientras tomaban un vino aromático, conversaban sobre los amores en la Cecilia.

- Ustedes están predestinados a la soledad -dijo el Dr. Grillo.

- Nuestro deseo es atraer mujeres.

- Tarea larga y difícil, querido.

- Pero posible, si hay sacrificio personal.

Rossi narró entonces los planes de construir una cocina colectiva; dijo que la falta de dinero era temporaria, pues planeaba obtener fondos en su peregrinación por la vieja patria. Grillo encendió un cigarro, mientras el visitante guardaba en el bolsillo del saco el que el médico le había dado, era demasiado para una noche: cena abundante y variada, licor, sofá acolchonado y cama blanda en un cuarto revestido. El cigarro lo guardaría para una de sus noches en la Colonia, cuando quisiera leer sus libros y tuviera que espantar mosquitos. Sería entonces un placer y algo útil.

El Dr. Grillo soltó la primera bocanada, que casi hizo que Rossi encendiese el suyo, y se quedó mirando la pared.

- Todo lo que hagas para mantener al grupo unido será bueno -dijo.

- Una cocina amplia.

- Háganla con piso de madera, para no espantar a los nuevos colonos.

- Es lo que estaba pensando.

A la mañana siguiente, Rossi partió con el préstamo hacia la maderera que pagarían con la extracción de los árboles de la Colonia, y una autorización de gastos en el almacén, para los pormenores necesarios.

Trabajaron unidos en esta nueva empresa, con ayuda de los vecinos, principalmente de esa gente solicita, los Schühli, que pasaban las horas libres en la obra. Así como en las otras dos construcciones, el revestimiento sería de tablillas y la preparación de ese material le cabía a Lorenzo, por decisión propia. Cortaba troncos de pinto en pedazos de treinta centímetros de largo y los abría con una cuña de hierro bien afilada, sacando astillas del mismo tamaño. Mientras preparaba las tablillas apilándolas al lado de la construcción, cada día traía una gran cantidad, los otros iban poniendo los cimientos, colocando las vigas para el tejado, y después rellenaban los espacios con tablas que llegaban de la ciudad en los carros de los rusos. Cuando precisaban algún material, como clavos, era Giacomo quien lo iba a buscar, y pasaba la noche en Palmeira. Rossi notaba la desaparición de algunos billetes chicos de la caja social, nada, sin embargo, que pudiera comprometer más de lo que ya estaba comprometido el futuro de la Colonia.

Clavar las tablillas y las mata-juntas era la última tarea y todos se dedicaban a ella con el placer de quien ve surgir

algo de sus manos. Fue el momento en que Cattina, ya de ocho meses, pudo ayudar un poco; se sentaba en un banquito, martillo en mano, y clavaba la parte de abajo de las mata-juntas, mientras el marido fijaba las de arriba. En esta etapa, Evangelista dejó los últimos detalles para los otros y comenzó a hacer, solo, una mesa y dos bancos inmensos. La cocina con chapa de varias bocas ya había sido construida, obra de los Schühli, y se había convertido desde el comienzo en el orgullo de Cattina.

Al final de la obra, satisfechos con la nueva cocina que tenía la forma de un vagón de tren, larga y estrecha, con varias ventanitas y con la puerta de entrada en una de las extremidades, se reunieron alrededor de la mesa. El peso de Cattina hizo que la tabla del banco cediera un poco e hiciera un ruido a madera doblada, motivo para que todos se rieran largamente, mucho más allá de la gracia del pequeño episodio. Achille propuso matar un cerdo para festejar el fin de la construcción; la cocina debía ser inaugurada con abundancia.

- Nada de cerdo -dijo Cattina.

Todos se quedaron en silencio, temerosos de que la sombra de María Malacarne entrara a la cocina de nuevo y sembrara discordia. Giacomo había llegado de Palmeira con su olor y, casi con un mes de abstinencia, Evangelista y Lorenzo podían

hacer que la muchacha surgiera allí a partir de esa vaga fragancia a sexo. Cattina remató el asunto.

- Vamos a hacer polenta con gallina.

Y todos estuvieron de acuerdo, pero pensaban en la carne de cerdo, la más sabrosa de todas, tan sabrosa que había sido prohibida en los textos bíblicos. La conversación volvió a la normalidad, y se quedaron planeando los preparativos.

- Vamos a invitar a los vecinos.

- -No -respondió Cattina recelosa de que viniera alguna muchacha.

- ¿Por qué no? -quiso saber Rossi.

- Esta fiesta será solo nuestra. Y hubo, nuevamente, silencio.

Al día siguiente, pasó por la Colonia un vendedor ambulante con varias baratijas en un baúl, atado a su mula de tal manera que se podía abrir para exhibir los productos, sin que el vendedor tuviera que bajar del caballo. Todos se aproximaron, pero más por curiosidad o simple deseo de conversar, pues no tenían posibilidad de comprar ni siquiera un peine para Cattina, o algo para el bebé que iba a nacer. Del otro lado del animal, en un cesto de bambú, también atado en la montura, había varios perritos que comenzaron a emitir ladridos agudos en cuanto los anarquistas se

aproximaron. Y todos estaban alrededor del cesto mirando los cachorritos.

- Estos también están en venta -dijo el vendedor, aprovechando el entusiasmo de los italianos.

- Ya tenemos a Russo -dijo Cattina.

Al oír su nombre, el viejo perro, que estaba cerca, movió la cola y soltó dos ladridos roncós y graves.

Sin escuchar ni a Cattina ni la alerta de Russo, el vendedor bajó los cachorritos, y uno de ellos salió gruñendo y se abalanzó sobre el ruedo del pantalón de Rossi. Por más que el italiano agitara el pie, no conseguía sacarse de encima al animal.

-Le gustan los anarquistas -dijo el vendedor, al que seguramente habían informado los vecinos.

- Animal inteligente -bromeó Rossi.

- Debemos dejar que el animal elija al dueño -el vendedor estaba decidido a vender el cachorro, y a Rossi le dio miedo preguntar el precio. Pero el hombre, frente a la mirada desconfiada del italiano, anunció.

- Puede quedarse con él por tres reis.

La caja social estaba casi vacía, pero Rossi, incluso a pesar de la reprobación de Cattina, le pidió que buscara el dinero

adentro, y cuando ella volvió y le entregó los billetes sin mirar al vendedor, pensando que alcanzaría para comprar algo para su hijo, vio que el cachorro todavía gruñía. El vendedor se quedó al lado del baúl abierto, pero ahora la atención estaba toda dirigida al animalito ruidoso; él ya había hecho su negocio, un negocio pequeño, pensó, pero se había librado de uno de los animales. Recogió a los demás, subió a la mula y se despidió.

- Ahora nadie robará a los anarquistas -y soltó una carcajada.

El perro era tan chiquito que incluso aunque creciera mucho quedaría minúsculo. El vendedor se alejó en su mula de trote duro, lo que hacía que los badulaques dentro del baúl produjeran un sonido de pequeñas campanas. Cattina pensaba en qué le gustaría comprar para su bebé, pero al marido también le había encantado el perro.

- ¿Cómo se va a llamar?

- Chignento -dijo Rossi, agachándose para levantar al anarquista más joven.

- Viva la anarquía -gritó Evangelista.

Por el grito y no por reconocer el derecho de aquella mano que intentaba retenerlo, Chignento hincó sus dientitos contra los dedos de Rossi.

- ¡Maldito traidor! -gritó, soltando al animal que salió corriendo en dirección a la cocina recién construida, que acabó siendo su paradero predilecto.

Cuando alguien no tenía nada para hacer y resolvía ir a buscar unas naranjas al huerto, Chignento lo seguía, divirtiéndose. No le gustaban las excursiones por el monte, y Russo continuó haciéndolas solo, persiguiendo, medio ciego, más las sombras en el piso que a los propios pájaros. Todos se divertían con el cachorrito, hasta Cattina aprendió a quererlo, comentando la primera noche cuando ladraba debajo de la mesa:

- Otro maldito macho para esta Colonia.

Nadie dijo nada, pero todos estaban contentos con el animal que, a diferencia del viejo Russo, no tenía otra ocupación que la de alegrarle la vida a esa gente. No llenaba los vacíos, lo sabían, pero les daba a los hombres algunos momentos de alegría ingenua, corriendo de un lado al otro, persiguiendo una mariposa, durmiendo perezosamente como un gato sobre las leñas del fuego y poniéndose violento, una violencia inofensiva, cuando algún labrador lo irritaba. Todos

conversaban con Chignano, enseñándole, sólo por bromear, los principios del anarquismo.

El día de la inauguración de la cocina nueva hubo vino y también charque, cocido con frijoles, además de gallina con polenta. Todos se saciaron de comida y bebida, y Chignano se puso a roer los huesos de la gallina, sin dejar que el viejo Russo se le acercara. Tanto le gruñó al perro bonachón, que éste resolvió dejar la cocina y acostarse bajo un árbol.

- El maldito no aprendió las verdades socialistas -dijo Evangelista.

Lorenzo resolvió comenzar una serie de vivas.

- ¡Viva la revolución!
- ¡Viva!
- ¡A la Colonia Cecilia!
- ¡Viva!
- ¡A Chignano!
- ¡Viva!

Se estaban riendo, cuando Cattina dijo: a mi hijo. Salió un viva débil, porque los hombres todavía no habían dejado de reírse del perrito que ladró en el momento que ellos gritaban vivas, divirtiéndose con el lío de voces.

Achille se dio cuenta de que en breve nacería su hijo. Era solo el hijo, el bebé, pero en pocas semanas -Cattina estaba cada vez más gorda- tendría un rostro, una voz, encendida como el gruñido de Chignento, tendría hambre, dolor de oído, alegría. Y todavía no tenía nombre.

- Todavía no pensamos un nombre para él -dijo, mirando la panza de la mujer.

Nadie le preguntó quien era "él", todos entendieron.

- Un nombre que sea simbólico -dijo el tío.

- Es el primero que va a nacer en la Colonia -completó

Giacomo.

- Será hijo de un tiempo de igualdades. No nació todavía de la familia anarquista, pero sí al comienzo de un nuevo tiempo -dijo Rossi.

- Pensé en Paolo -dijo Achille.

- Nada de nombres bíblicos -se opuso Evangelista, que tenía un nombre religioso y por eso tenía autoridad para rebatir la propuesta.

- No sabemos si va a ser nena o nene -dijo la madre.

- Con nuestro destino, va a ser un hombre -era la primera vez que Lorenzo decía algo.

- ¿Estás queriendo decir que si fuera nena enseguida ustedes tendrían compañía? - dijo Achille, irritado.

- No dije eso, pero tómalo como quieras.

Achille apartó el banco, pensando que iban a pelear, pero Lorenzo fue hacia la puerta y entró en la oscuridad, quejándose:

- Esos valores burgueses.

- Ustedes vieron que era una provocación.

- Nadie provocó a nadie -Rossi tenía una voz cansada.

- Es cómodo combatir la familia de los otros, pero ¿quién está a favor de la muerte de su propio padre?

- Haber abandonado nuestra patria es lo mismo que matar al padre -afirmó Rossi.

- No. No es lo mismo.

- Claro que sí.

- Es simbólico. No nos deja con las manos sucias de sangre.

- Nuestras manos siempre están sucias de sangre. O sucias de mierda. O se enfrenta o se es un cobarde.

- Paolo es un lindo nombre -Cattina quería cerrar la discusión.
- Por lo menos simbólicamente, su hijo debe representar los valores de la Colonia -insistió Rossi.
- Estoy de acuerdo -la adhesión de Evangelista era importante.
- Libero -dijo Giacomo.
- Eso, un niño libre -el tío estaba entusiasmado.
- No. El nombre.
- ¿Qué tiene el nombre?
- El primero nacido en la Colonia Socialista Cecilia recibe el nombre de Libero.
- Pero no sabemos si es nene o nena -la madre volvió al mismo argumento.
- En ese caso será Libera -Evangelista estaba de acuerdo.

No quería nombre de santo o repetición de nombres familiares, y Libero era lindo y sonoro.

- Sería una referencia al amare libero -recordó Rossi. Este último argumento hizo que los padres se levantaran. Achille cerró la conversación:

- Todavía falta mucho.

Una semana después, como Cattina había amanecido mal, el marido no acompañó al resto del grupo para llamar, si fuera necesario, a la partera que vivía a unos tres kilómetros. En cuanto todos se fueron para el campo a arar la tierra para la plantación de verano, él buscó a un vecino que tenía un carro y llevó a su mujer a la casa del Dr. Grillo. El niño nació al día siguiente, bajo los cuidados del médico y lejos de la Colonia. Era un bebé rojizo, que lloró mucho.

- Es igual al padre -dijo Cattina.

Achille fue el mismo día al registro de Palmeira y registró al niño con el nombre del abuelo: Giuseppe.

- Es un inmigrante más -dijo Rossi cuando Evangelista volvió de buscar a los parientes, trayendo la novedad.

- Si fuera por mí, sería Libero -dijo-. Pero los padres insistieron en homenajear al antepasado.

- Ni a la hora de elegir el nombre son revolucionarios...

No se comentó más el episodio, nadie tenía la obligación de hacer nada contra su propia voluntad, pero Rossi estaba seguro de que el grupo difícilmente llegaría a la práctica del amor libre, única forma de llevar adelante las ideas del socialismo: la familia de sangre era una traba para la conquista de la libertad colectiva. En su viaje a Italia, pretendía

convencer a las mujeres inteligentes de venir a la Colonia e iniciar otro modelo de relación.

Las semanas siguientes se pasaron con los varios preparativos para la plantación, Rossi trabajaba solamente pensando en el viaje, el entusiasmo había vuelto a su temperatura normal, y todos hacían sus tareas sin hablar mucho. En casa, el llanto del pequeño Giuseppe se mezclaba con los ladridos de Chignento, Cattina reservaba comida para su grupo y reducía la cantidad de alimento para los otros con el pretexto de ahorrar. La maternidad había intensificado sus instintos de supervivencia, y eso era triste, pero nadie hizo ningún comentario, aceptando la poca alimentación como un sacrificio más en nombre de la colonia experimental.

El día de tomar la diligencia para Curitiba, Rossi se despertó temprano, con la valija preparada, se puso su mejor ropa y, sin desayunar o esperar a los compañeros -no le gustaban las despedidas-, se apuró para salir. Chignento vino a lamerle los zapatos, y él se agachó para acariciarlo.

-Hasta pronto, amigo.

Salía como un hijo de la Colonia, que se ausentaba contra su voluntad. Dio algunos pasos, el perro lo seguía, dio un pisotón en el piso, pero el perro siguió ahí, y continuó algunos metros más, hasta desistir de aquel juego sin gracia.

Rossi miró para atrás, vio las casitas bañadas por el sol naciente y sintió melancolía. Era poco lo que habían hecho, poco en la medida de los hombres del campo, pero mucho para personas que desconocían todo de la vida práctica en una colonia.

Fijó la mirada en las palmeras, esos árboles altivos que había aprendido a amar. Ellos parecían chiquitos bajo su sombra. Eran lindas, imponentes, sus hojas exhibían un verde vigoroso. La punta cerrada de una de las palmeras, que apuntaba hacia lo alto, se abrió de pronto, produciendo un ruido de fibras que se rompen y dejando caer un racimo amarillo de cocos todavía minúsculos. Se asustó del ruido y del espectáculo que nunca había presenciado, y tomó aquello como una señal de abundancia.

Palmeira, 6 de enero de 1891

Mi querido Dr. Giovanni Rossi

La demora de esta carta fue intencional, quería esperar a tener buenas noticias para enviarle a mi amigo que debe estar ansioso por recibirlas. El dinero que enviaste desde Curitiba le dio nuevos ánimos a tus compañeros y permitió continuar con las tareas en la Colonia.

Las plantaciones están todas muy bonitas y se siente el orgullo de los anarquistas, que hasta ayer eran empleados urbanos, viviendo la humillación de la miseria y de la subordinación, y, pasado un año, son personas nuevas, agricultores de hecho. Para convencerse de eso, basta ver los campos verdes de la Cecilia.

El maíz y los frijoles están grandes, y todo con un aspecto muy saludable -disculpa el adjetivo, pero recuerda que quien escribe es un médico, y es deformación profesional. El clima aquí está ideal, con agua y sol en cantidad exacta, las plantas agradecen tiñendo el paisaje con colores plenos. La cosecha

será, seguramente, abundante, lo que significa un año próspero. Así que puedes mandar mucha gente, que tenemos polenta de sobra.

No solo polenta. Ya plantamos mandioca en una buena superficie, y el trigo que dejaste sembrado germinó muy bien, porque tuvo el abono adecuado, y pronto los anarquistas podrán dejar el régimen monótono, pues habrá pan blanco, mucho pan blanco para todos. Gordas, y cada vez en mayor cantidad, las gallinas aumentan el número diario de huevos.

Con parte del dinero enviado compré, para los trabajos agrícolas, dos bueyes de carro, que les dan una gran ayuda a nuestros amigos. Mandé a traer de Ponta Grossa, y están por llegar en estos días, doce ovejas y un carnero reproductor. Todo eso muestra que la Colonia se está poblando. Y no solo de animales.

Ésta tal vez sea la principal noticia que tenemos: llegaron dos familias de trabajadores. Entre grandes y pequeños, son trece nuevos habitantes, comandados por Artusi y Agottani, tus viejos compañeros de la causa operaria. Ellos recordaron largamente la lucha contra los propietarios agrícolas de Torricella, a los que guardan un odio feroz, que no disminuye ni con la distancia ni con las posibilidades de trabajo en nuestra Palmeira. Algunos son operarios, pero la mayoría son agricultores, todos convencidos de la urgencia de acabar

con los patrones, le darán nuevo ritmo al trabajo y al socialismo en la Cecilia.

Como llegaron inesperadamente, los envié a la Colonia para que se acomodaran como fuera posible. Por el momento duermen en la cocina colectiva, pero ya están construyendo un alojamiento lo suficientemente grande como para el doble de personas.

Finalmente, es preciso alabar el trabajo de Evangelista y Achille que, solos y con gran determinación, construyeron una cerca fuerte para proteger las plantaciones de los animales. Sus compañeros trabajaron con un coraje y abnegación dignos de hombres libres.

Con afecto

Dr. José Franco Grillo

Servían el almuerzo, nuevamente abundante, cuando Chignento comenzó a ladrar, despertando el gruñido ronco y lerdo del Russo; el animalito joven ahora era su guía en la vida en la Colonia. Chignento corrió para la calle de la propiedad y Achille fue atrás, después de agarrar la espingarda. Podía ser algún animal salvaje, todavía no los habían visto, pero sí habían escuchado relatos de los vecinos y tenían el miedo que traían desde Italia, donde abundaban las versiones intimidantes sobre los monstruos del nuevo mundo. Sobresaltado, siguió al perrito y vio aparecer en el horizonte entramado de árboles un carro con dos parejas de caballos cansados. Chignento fue su encuentro y volvió escoltándolo. Luego bajó un hombre de mediana edad, con una autoridad silenciosa, y se presentó como Zéfiro Artusi, revolucionario. Estaba acompañado y enseguida entregó cuatrocientos réis para la caja social, mientras la familia saltaba al piso, tímida y desconfiada.

Chignento todavía ladraba después de que cesara el movimiento de descarga del carro.

Incluso aumentado por Cattina -que tenía que atender al pequeño Giuseppe, que también hacía escándalo, en un llanto encendido, por causa de los extraños- el almuerzo fue insuficiente y los adultos apenas sacaron algunas cucharadas de los platos de los niños que comían con los ojos clavados en la sopa, sin encontrar cobijo entre los anarquistas. Era como si presintieran una discusión que estaba por ocurrir, violenta, en cualquier momento. Cattina se movía bruscamente en la cocina, incluso sin mucho que hacer, pues la comida ya estaba multiplicada, sin ningún milagro, dividida en pequeñas porciones.

Fue Chignento el que evitó la confrontación. Achille se preparaba para censurar la llegada del grupo sin ningún aviso, la Colonia era pobre, recién ahora empezaba a mejorar la situación, todo con mucho sacrificio, mucho trabajo y ninguna cosecha significativa. Y ellos eran cinco adultos, solo tres hombres para el trabajo más pesado, aunque fueran trece bocas. No veía a las personas, apenas las bocas que masticaban el alimento, eran ratas, una docena de ratas hambrientas, se percibía por la ropa, de marrón sucio, de un gris ensebado, como la piel de los roedores, ratas flacas, que comerían mucho, mucho de verdad, no habría maíz en la despensa, no habría nada que los saciase, después comerían lo que encontraran, iba a ser así. Estaba hipnotizado por las bocas en movimiento, algunas medio desdentadas, pero todas resacas y curtidadas por el

hambre. Los niños comen más, mucho más que los adultos. Comen mucho, no dejan nada. Comerían los rabanitos antes de que alcanzaran el tamaño ideal para la cosecha. Comerían el choclo en cuanto le salieran los primeros granitos, todavía lechosos. Pensaba en eso, no oía los relatos de los recién llegados, y las pocas preguntas murmuradas por Giacomo y Lorenzo; Achille ni se había dado cuenta de que los dos no habían comido casi nada, para que les quedara a los nuevos habitantes de la Cecilia.

-La cena será más abundante -dijo Giacomo.

Ahora Achille encontraba el pretexto para comenzar a hablar, había pensado tanto en estos pocos minutos, mientras miraba a las ratitas y a sus padres, llenos de furia roedora. Iba a decirlo todo. Pero Chignento resolvió hacer una fiesta con los zapatos de Andrea Giuseppe, hijo de Tranquilo Agottani, que se había sacado los zapatos y los puso sobre la mesa. Chignento se tiró sobre uno de los zapatos, avanzando violentamente sobre él, lo agarraba y los soltaba como si fuera un bicho, de hecho tenía aspecto de un ratón semimuerto, y después de algunos golpes, que hicieron reír a muchos, salió por el campo con el ratón entre los dientes, con una urgencia que solo tienen los héroes. Su manera de correr, con la parte trasera medio torcida, por causa del peso de la caza, fue otro motivo de risa, y enseguida todos los niños siguieron al perro, que recién paró

debajo de los árboles del viejo frutal plantado por los rusos, primeros propietarios de aquellas tierras.

Cuando los adultos salieron, minutos después, en busca de los hijos, acompañados por los anfitriones, encontraron a los niños pegándole a los naranjos con cañas de bambú.

- Hay muchas naranjas aquí -dijo Aldino, el hijo mayor de Tranquilo, con una naranja en sus manos sucias.

Tranquilo sacó la navaja del bolsillo para pelar la naranja y en un instante había otras, y él las fue pelando, primero para los chicos y después para los adultos. Tenía mucha habilidad con el uso de la navaja, las tiras de cáscara salían enteras, en espirales perfectos. Los chicos las juntaban del piso y las hacían girar, girar, girar... hasta que se rompían. Ganaba aquel cuya tira aguantaba más tiempo entera.

Sentados o agachados, los primeros anarquistas y los nuevos recién ahora comían de verdad. Chignento se había quedado al lado de Tranquilo y seguía el movimiento de la navaja. En cuanto el labrador terminó su trabajo y se sentó con la espalda apoyada contra un tronco, el perro se subió a su regazo y se puso a lamer los dedos mojados de jugo.

Eran dedos ásperos, percibió Chignento.

Las semanas que siguieron, Evangelista y Achille trabajaron solos en la cerca, lo cual les consumía mucha energía, no

estaban acostumbrados a los postes, las palas y los alambres, pero la barrera para el ganado ajeno se erguía, más lenta que si lo hicieran los agricultores. La llegada de estos y la ausencia del conciliador Rossi habían creado una nueva necesidad, la del comando, que venía siendo practicada naturalmente por Achille, con la autoridad de la antigüedad, a pesar de las protestas de Lorenzo, cada vez más ausente de las actividades colectivas.

- Hasta el voto del pequeño Giuseppe va a querer para sí -le dijo Lorenzo a Giacomo, cuando el primer grupo decidió, por votación, durante la cena, que los cuñados cuidaran de la cerca mientras los otros, y había un desprecio en el tono de voz del jefe de la Cecilia, se harían responsables por la agricultura y los animales.

Giacomo se levantaba temprano e iba a limpiar la huerta; trabajaba con placer, aunque el crecimiento de las hierbas dañinas fuese casi mágico; en pocos días estaban inmensas, y él se sentía haciendo el trabajo de Sísifo, semanas después todo volvía a lo que era, el sol siempre fuerte y las lluvias de verano despertaban el instinto de crecimiento de esas plantas, dejando en el aire un olor dulce a tierra. Cuando pasaba la azada por el suelo, producía un ruido a pequeños tendones al ser cortados, venía un perfume a tierra, perfume primitivo que le daba a Giacomo una alegría extraña. Aquello era tierra, solo tierra, pero había algo que lo atraía, que lo

dejaba con agua en la boca. Entonces movía la azada más rápido, excitado, amando con gula aquel suelo. Era de allí que vendrían los alimentos, la abundancia, la igualdad, el futuro, las mujeres, las comodidades; se imaginaba la mandioca cocida, comer pedazos tiernos, con azúcar o con sal, una mandioca que solo sería arrancada meses después. Imaginaba también los frijoles con charque, el caldo espeso, la grasa cubriendo la olla como si fuera nata. Los frijoles todavía no existían, pero el futuro estaba tan cerca, tan inmediato y tan real que Giacomo sentía el sabor a frijoles igual que antes en el olor de aquella tierra.

Después de una lluvia, inmerso en el olor intenso que confundía sus sentidos, solo en esa lucha contra el poder multiplicador de las hierbas dañinas, comenzó a llorar. No sabía por qué lloraba, no tenía con quien hablar, estaba ahí, solo con la tierra, era ella que lo comprendía, pues pasaban juntos la mayor parte de la semana, la tierra era todo, el cuerpo de María, la mandioca, la polenta, la naranja de todas las comidas, era los frijoles, y también la carne de caza, pues los animales se alimentaban de lo que crecía en ese suelo. Solo tenía la tierra, que no era una tierra gorda, sino delgada, tan delgada como él. Pero no estaba enferma, era una tierra sana, podía resistir muchas sequías y muchas heladas, sin dejar nunca de ser productiva; para eso, sin embargo, alguien precisaba abonarla, pronto estaría cansada, no por culpa suya, ni de los otros anarquistas, sino

a causa de esa desesperación por existir de las hierbas dañinas, de los árboles; era ese verde violento lo que agotaba la tierra. Tierra. Tierra. Tierra. Comida. Mujer. Fruta. Hierba. Rosales. Repollo, cuyas hojas parecían cuero. Tierra. Futuro. Carne. Leche. Tierra. Todo...

Cuando se dio cuenta, estaba arrodillado en el piso, los ojos mojados, la boca llena de tierra. Tenía sabor a mandioca con azúcar, tragó todo, el gusto era bueno, la consistencia blanda de la mandioca. Quería la tierra, las manos cavaban de forma alucinada, él pensaba en el cuerpo de María. María Buenatierra. El cuerpo. El amor. El sueño. Mandioca. Naranja dulce. Tierra. La palabra tomaba todos los espacios de su imaginación. Intentaba pensar en la justicia. Tierra. En sexo. Tierra. En dinero. Tierra. ¿Quién había entrado en su memoria y cambiado todas las palabras? No le venían otros términos, y eso era un tormento. Quería besar los labios de María, y al besarlos tocaba con la boca la tierra. Entonces aceptó su omnipresencia. Era muy pequeño y estaba débil, ¿cómo resistir a esa fuerza? Siempre que salía para trabajar en la huerta o el campo, se agachaba y comía, animal frente al bebedero, grandes cantidades de ese alimento.

En la cocina, veía apenas ollas llenas de barro, y ya había comido tanta tierra durante el día que sentía náusea frente a los platos servidos por Cattina o por otras mujeres.

¿Por qué cocinar tierra, si estaba ahí afuera, lista para ser comida?

Poco a poco adquirió un color blanquecino, pero igual salía todas las mañanas al campo, apenas con la bota de agua, pues la comida era abundante. Bastaba agacharse y comer.

En sus andanzas, a Lorenzo le gustaba quedarse horas por los montes viendo el trabajo de los pájaros, a los que nunca mataría, u observando uno u otro venado, que tampoco sería blanco de su espingarda, o mirando el cielo. De vez en cuando, apuntaba la espingarda y daba un tiro al aire, que hacía volar una nube confusa de pajaritos, con trayectorias cruzadas, y admiraba la precisión del vuelo de las aves, tan acostumbradas a la vida en grupo que no se molestaban las unas a las otras.

Quería pasear por aquellos montes sin interferir en nada, apenas como un observador, no tenía rabia de los yuyos que crecían ni de los animales que causaban daños a la plantación como los cuises. Su placer era ver, a los otros les gustaba hacer. Querían cambiar la naturaleza, domesticarla, él prefería la ferocidad del monte, sin perder tiempo intentando amansar aquella tierra veía en ella al animal esquivo, y se limitaba a recorrerla con ojos de fotógrafo. Le hubiera gustado tener dinero para comprar equipos fotográficos, era la profesión que más le gustaba, y tal vez, pensó en eso en aquel momento, solo había venido con los

otros para poder conocer estos paisajes, estos espectáculos secretos de la naturaleza; el anarquismo no necesitaba ser creado, ya existía en la selva, la civilización era el fin de esa fuerza incontrolable.

Lorenzo andaba por toda la región y veía que los agricultores querían dominar la tierra, volverla sumisa, solo él deseaba su belleza bruta. Nunca sería agricultor, descubrió eso en sus caminatas, era un contemplativo, creía en la anarquía como fuerza primitiva, no como sistema o ideología civilizadora. Pobre Rossi, estaba tan ilusionado, necesitaba ver mejor el monte, leer lo que éste escribía todo el tiempo, era un mensaje que no estaba en los libros. La naturaleza habla un solo lenguaje, pero los libros, siempre confusos, hablan muchos idiomas, incluso los muertos, y eso es prueba de que nunca dicen la verdad. Solo la naturaleza no miente.

Vio un lobo en un claro. Ya había visto otros, y siempre los cazaba. Quieto, buscó la mejor posición, apuntó la espingarda, acompañando el movimiento del animal, el dedo listo en el gatillo, un ojo cerrado, otro en la mira, y cuando lo encontró en posición de ser alcanzado, por el tiro, indefenso, apretó el gatillo y despertó aquel ruido seco de metal contra metal.

Rara vez ponía munición en la espingarda, estaba casi siempre descargada. Era su máquina fotográfica. Un lobo más quedaría para siempre en su memoria. Un paso medio

en falso que dio espantó al animal, pero ya estaba muerto, embalsamado en sus recuerdos.

Dejó el monte y fue en dirección al campo de mandioca, siempre había gallinas ahí, removiendo la tierra ablandada por las raíces. Anduvo por la plantación y vio a Giacomo agachado, con la boca llena. Comía tierra. Tenía lágrimas en los ojos; percibió entonces su aspecto enfermo. Se trataba de un animal que sufría, pero su principal enfermedad era no aceptar la anarquía de la naturaleza, querer imponerle un orden a lo que por principio era caótico. No amaba lo que la tierra daba según sus reglas, quería ordenarla de acuerdo con sus propios ideales. Estaba enfermo, todos estaban enfermos. La salud era no querer interferir en nada. Aquel mundo ya conocía la ausencia de jefes, no precisaba de los anarquistas para enseñar esa lección, una lección difícil, pensó.

Lorenzo se distanció para no alterar aquel paisaje triste.

Mientras Achille y Evangelista, sin ayuda, atormentados por el deseo de mantener el comando, terminaban la cerca, que era un beneficio estratégico para el futuro de la Colonia, Zéfiro Artusi, Geocchino Lottici y Tranquilo Agottani, por la intervención del Dr. Grillo, trabajaban en la ruta colonial que abría la administración pública. Como el emprendimiento no contaba con fiscales, salían tarde, después de hacer algunas

tareas agrícolas que, incluso así, terminaban siendo más productivas que las de los otros anarquistas. El nuevo grupo estaba acostumbrado a la vida del campo y tenía una disposición mucho mayor. Además de estas ocupaciones, ganaban un salario del gobierno, que aportaban a la caja social. Los fines de semana levantaban la vivienda, ahora entre todos, y Achille se irritaba con la fuerza y la habilidad de los labradores, con su resistencia y perseverancia, cualidades que enseguida fueron transfiriendo parte del mando a Tranquilo, cuyo grupo recibía mayores cantidades de comida, pues en la cocina el poder ya había sido tomado totalmente por Adele Artusi, mujer de Tranquilo y hermana de Zéfiro, obligando a Cattina a pasar parte del día en pequeños trabajos externos.

Se dividía la comida proporcionalmente al trabajo realizado, lo que hacía que la gente de Tranquilo comiera mejor y trabajara más, y los niños mayores ayudaran en casi todas las obligaciones del campo.

En las reuniones, a la noche, Achille todavía se imponía porque era del primer grupo, cuidaba la plantación más importante y tenía el reconocimiento del principal benefactor de la Colonia, el Dr. Grillo, que supervisaba todo desde Palmeira. Achille hacía planes para el dinero de la primera zafra.

- Comprar algunas cabezas de ganado.

- Lo que necesitamos es una escuela para estos niños -dijo Tranquilo.

El hijo de Achille y Cattina era demasiado pequeño, y la falta de escuela, hasta la llegada de los labradores, ni siquiera había sido sentida por los pioneros, era una necesidad nueva, y por lo tanto difícil de ser aceptada. Mejor ignorarla porque cuando se habla sobre un asunto pasa a tener importancia, pero si uno finge ni saber de qué se trata, finalmente convence a todos de que tal cosa no existe, pero también de que nunca existió y nunca existirá.

- Bueyes para engordar y después vender.
- Escuela con una pequeña biblioteca revolucionaria.
- Un toro de raza para cruzar con las vacas.
- Tal vez contratar a un profesor socialista.
- Y comprar también vacas lecheras.
- La escuela es todo para el pobre.
- El ganado bueno solo trae lucro.

Sentado en el lugar de siempre, distante del fuego, apático como nunca, macilento. Giacomo permanecía ausente de la discusión, apenas oía las voces, el zumbido de un abejorro alrededor de la lamparita, un ruido que se acercaba cada segundo y crecía tanto que el insecto revoloteaba ahora

dentro de su cerebro con un barullo insoportable de alas. No había cómo espantarlo; pensó en meter las dos manos dentro de su cabeza y sacar al invasor, pero ¿por dónde entrarían las manos? De repente se acordó: por el mismo lugar usado por el abejorro, el oído, las manos entrarían por los oídos; se levantó y se tapó las orejas, desplomando el rostro sobre la mesa.

Fue Lorenzo quien lo socorrió. Enseguida apareció Adele Artusi con aguardiente para que oliera, pero no dio resultado. Zéfiro y Lorenzo cargaron ese cuerpo flaco a la casa de los solteros y lo pusieron en la cama. Le salía espuma de la boca.

- Enloqueció. Come tierra -dijo Lorenzo.
- Eso es una enfermedad -Zéfiro ya había visto gente así antes-. Mañana llamamos al Dr. Grillo.
- ¿Se va a morir?
- Esta noche no. Vamos, sácale las botas.

Semiconsciente, Giacomo escuchó la orden de Zéfiro y gruñó:

- Sáquenme el abejorro, también.

Pero nadie preguntó qué abejorro, ni de dónde sacarlo.

Al amanecer, con el sol todavía pequeño, Lorenzo unció los bueyes al carro que el Dr. Grillo había enviado y fue a buscar al médico, por las rutas horribles en las que, pronto, los labradores de la Cecilia estarían trabajando. Con Giacomo afiebrado, murmurando palabras inconexas, era difícil prestar atención a nada, pero Lorenzo olvidó de a poco al paciente y sus pequeñas alucinaciones, entregado al paisaje, mientras se preguntaba, medio melancólico, por cuánto tiempo todavía, aquella sería la tierra de la abundancia. Cuando se acabaran los montes y los animales, ¿qué quedaría? Casi nada, por lo menos para mí. Y no quería estar ahí para ver el fin de aquella región, cada día más invadida por las langostas; sí, pensó, los inmigrantes eran langostas.

Al ver a Giacomo, el Dr. Grillo dijo: anemia. Le abrió los ojos, estudió sus uñas, y al forzar la boca del paciente para ver la lengua, notó las encías cubiertas por una masa de tierra.

Eso ocurre generalmente con los niños.

Mandó a preparar remedios, le dio las primeras dosis y despidió a los dos anarquistas, que siguieron en el carro tirado por los lerdos bueyes. Era una escena triste, y el médico acompañó al carro que se sacudía por la calle, hasta que dio vuelta la esquina.

- Pobres anarquistas, pronto van a renunciar.

Ya le había escrito a Rossi, dándole las buenas noticias, no le escribiría en breve e, incluso si le escribiera, no le comunicaría hechos como éste o como las peleas internas, que recién ahora le había contado Lorenzo. Entró a su consultorio y pensó en cómo las imperfecciones humanas destruyen los ideales más nobles.

Junto con el remedio, Lorenzo llevaba una lista con alimentos para el amigo, que tendría que hacer una dieta. Se la entregaría a Cattina pero, recordó, ella no comandaba más la cocina, sería mejor pasársela a Adele Artusi.

Al llegar al campo nuevo, donde habían trabajado Achille y Evangelista, Lorenzo vio que el cerco había sido derribado y que el ganado de los vecinos había invadido la plantación y había pisoteado todo. Pensó en intentar espantar a las vacas, pero no serviría de mucho, volverían, nada les impediría avanzar sobre la siembra anarquista. Triste ironía, pensó Lorenzo, era una plantación colectiva, ¿cómo expulsar a los animales que también querían poseerla? ¿Una plantación anarquista podía tener cerco?

- Sí, tenemos que hacer un cerco, esta vez bien hecho -dijo Tranquilo, cuando le informaron el desastre.
- Empezar de cero, hacer las cosas como solo un agricultor las sabe hacer -dijo Zéfiro.
- No solo hay que rehacer el cerco.

Los cuñados conversaban entre sí, ahora definitivamente como líderes.

- De aquí en más todo va a ser decidido por votación... -
dijo Tranquilo.

Como nadie dijo nada, completó el artículo único de la recién creada legislación de la Colonia Anarquista Cecilia.

- ... y el que no trabaja no vota.

A pesar de esta determinación, la vida siguió igual, las familias nuevas adelgazaban menos que los componentes antiguos, y eso no era novedad, solo había cambiado el grupo favorecido. Apenas tres semanas después, a mediados de febrero, el método de la elección fue aplicado para decidir lo que harían con el dinero de un nuevo subsidio. Las necesidades, por causa de los últimos acontecimientos, habían sido alteradas, precisaban invertir en la producción, esa era la idea de los labradores que antes querían escuela.

- Vamos a votar -ordenó Tranquilo.

Lorenzo, que nunca había trabajado tan poco, salió de la cocina antes de comenzar la votación y, a la mañana siguiente, tomó un poco de dinero de la caja social, con la autorización de Tranquilo, que ahora la cuidaba, y comenzó el viaje de regreso. El paisaje de la Colonia, dejado atrás, había perdido espesor, era algo extraño, como si nunca

hubiera vivido en ella, como si esa memoria perteneciera a otra persona y le hubiera sido narrada con detalles. No sentía más la presencia de aquellas colinas y aquellos montes. Pero rehízo el camino hasta Curítiba con su curiosidad habitual; analizaba cada árbol, cada montaña, cada animal. Cuando llegó a la ciudad y vio el movimiento se sintió como si ya estuviera en otra tierra.

Pisa. 15 de febrero de 1891

Querido Dr. José Franco Grillo

Mis charlas aquí en Italia, para grupos numerosos o para pocos amigos, han tenido mucho éxito; hay muchos compatriotas que desean participar de una vida nueva, en un lugar prometedor. El primer grupo, seis familias de Livorno, embarcó en Génova en el Vittoria, y fue una linda despedida, con amigos y parientes en el puerto, en una fiesta de pañuelos y vivas a la anarquía y viva a la Colonia Cecilia. Nunca me conmoví tanto en este exilio en mi patria, pues ya me siento medio brasilero, habitante de ese pequeño país que es nuestra colonia.

Por eso ha sido dolorosa esta estadía larga en mi ciudad. Por más esfuerzos que haga, por más que busque personas conocidas y enaltezca el bello futuro que hay en la colonia, nuestras prósperas cosechas, la tierra fértil, la ayuda del gobierno brasilero, ninguno de los conciudadanos de Galileo tomó la decisión de perder de vista la Torre Inclinada. Es un fracaso personal. Pero de otras ciudades me invitan para dar

charlas y pronto muchos agricultores estarán ahí, no todos irán a la colonia, pues algunos desean solamente establecerse en Brasil, y mejor que sea en esa tierra tan acogedora que es nuestra Palmeira.

Habrà una llegada continua de nuevos integrantes de la Cecilia y, juntos, como una sociedad de múltiples actividades, alcanzaremos el mejor momento de nuestro proyecto.

He buscado atraer no solamente familias, sino también solteros, preferentemente jóvenes, para que el amor libre pronto se torne normal en los campos de Santa Bárbara, ¡qué lindo futuro para la anarquía!

Con los amigos de Livorno mando algunas cajas con herramientas agrícolas, libros para nuestra biblioteca y también alimentos, todo donación de socialistas que ven con entusiasmo los progresos que estamos haciendo. Los principales colaboradores son figuras excepcionales del socialismo italiano, como Fillippo Turati y Leonida Bissolati. Cuando veo la confianza de estas personas, tengo certeza de que estamos en el camino correcto.

Le pido que reciba y mande para la Colonia a los compañeros nuevos que lleguen a Palmeira. Y espere en poco tiempo a éste su amigo que, en su vuelta a Italia, descubrió que la

patria no es donde nacemos, sino donde dejamos buenas semillas.

Con afecto del

Dr. Giovanni Rossi

El nuevo cerco, ya no para proteger la plantación sino para acoger el ganado comprado por la comunidad con el dinero de los subsidios, se hizo según parámetros correctos, bajo las directivas de Tranquilo, que ya no reconocía ninguna autoridad en Achille. La composición de la Colonia había sido alterada con la llegada de nuevos inmigrantes, casi todos de la ciudad, con experiencia solo en la lucha política, y eso le dejaba el mando a Tranquilo Agottani.

El cerco estaba firme ahora, levantado por gente que sabía lo que estaba haciendo. Cuando llegó el segundo grupo, que había salido el diez de marzo, todos con fisonomía de hambrientos, los otros inmigrantes, aunque nuevos en la Colonia, pero recuperados del viaje y con algunos kilos más, gracias a la alimentación menos racionada, se creyeron con derecho a despreciar a los recién llegados que iban a comprometer la vida en la Cecilia al amenazar esas pequeñas comodidades.

Un viejo de la última leva, queriendo contribuir, pero sin familiaridad con los trabajos agrícolas, pidió que le enseñaran a arar la tierra y Tranquilo, sin responder nada, le mostró el camino de salida de la Colonia.

Los nuevos hacían trabajos menores, principalmente en la construcción de casitas, pues había aumentado tanto la población de familias que era necesario levantar esas cabañas alineadas con las primeras construcciones, dando forma a la Villa Anarquía. Todos tenían siempre un principio de revuelta contra el Dr. Grillo, pues él no le daba garantías a quienes creían en el gobierno brasileiro y en la propaganda de Rossi.

Recuperado de la anemia, pero todavía pálido -la falta de actividad física solo había intensificado su aspecto enfermo- Giacomo acostumbraba salir a la noche para ver la luna en aquellas soledades; ella era un vínculo con su tierra y él más que nunca quería volver. Andaba con movimientos lentos, pensando en la vida, cuando los chicos de las familias nuevas, que no lo conocían bien, al ver la silueta pálida entre los árboles del monte, salieron gritando que se habían cruzado con un fantasma. Giacomo Zanetti había escuchado el comentario, y eso fue más que suficiente para decidirlo: se iría a una ciudad donde pudiera trabajar y convivir con personas inteligentes, estaba cansado de tanta ignorancia. Se decidió enseguida por San Pablo. En San Pablo estaría otra vez en la civilización, volvería a ser gente. Pero esperaría a Rossi para devolverle la Colonia; cuidé esta tierra en su ausencia, -le diría-, hice de todo por ella, pero no me siento parte de esto, soy una planta que no crece bien en

este suelo. Solo esperaría el retorno de su amigo, después estaría libre de compromisos.

Era un animal perdido en el monte. Un animal que antes comía tierra y al que ahora su olor le daba ganas de vomitar. Animal. Quiero volver a ser gente -repitió varias veces, en voz alta, entre los árboles. Un adulto que, llamado por los niños, oyó esos gemidos tristes que pedían el retorno al mundo de los hombres, se estremeció, pronunció un Padrenuestro y salió a divulgar la novedad: un fantasma vagaba por la Colonia.

- Era lo que nos faltaba. Superstición -dijo Achille.
- La Colonia anarquista y mística -reforzó Evangelista.
- Ya no existe más la Colonia.
- Entonces ¿qué estamos haciendo aquí?

Comenzaron a planear la salida también para cuando Rossi volviera, ¿o no había sido él quien había enviado a toda esa gente? Gran cosa iba a ser ver desistir a los anarquistas verdaderos para dar lugar a inmigrantes ambiciosos. Ellos habían vivido de acuerdo con el anarquismo, pero ¿y los nuevos? No se acordaban de las desavenencias pasadas, tantas eran las del presente. Todavía cultivaban unos restos de plantación de maíz, por lo menos harían una zafra.

Después de la cosecha, llevaron los carros de maíz a la ciudad, los vendieron y guardaron el dinero, a pesar de la reprimenda del grupo de labradores en la voz firme y áspera de Tranquilo.

- Aquí todo es de todos -dijo, a la noche, cuando se reunieron para la cena.

Las comidas se hacían por turno, primero los pioneros y las familias que vinieron con Tranquilo, después los que llegaron en último lugar. Para éstos, quedaba menos alimento.

Aquella noche, no hubo comida para los primeros integrantes de la Colonia. Adele Artusi puso una olla en la mesa y la destapó frente a Achille. El marido habló en tono bíblico, la polenta que tenía que estar aquí está en el molino, ¿qué van a comer?

Al día siguiente, después de hacer la repartija de la caja social según los días de trabajo de cada integrante de la colonia, no les tocó casi nada a los Dondelli y menos todavía a los nuevos. Los labradores dividieron las áreas ya abiertas de la Colonia, los pastos quedarían para ellos, pues el ganado les pertenecía, había sido comprado con el subsidio recibido por su llegada y con el dinero que ganaron en las rutas, los más nuevos podrían usar las instalaciones, eran colectivas, pero cada uno tenía que buscarse la forma de ganar dinero; trabajo era lo que no faltaba en la región.

Hubo un silencio después de aquella reunión matinal, planeada por Tranquilo durante toda la noche; se esperaba alguna oposición. Nadie sin embargo, intentó cambiar los criterios de división de Tranquilo. Eran ellos, los Agottani y los Attusi, que sabían cultivar la tierra, quienes tal vez merecieran todo, nosotros conocemos oficios que aquí no sirven de mucho.

Aún así el resto probó algún trabajo. Los alfareros comenzaron, en el área colectiva, una pequeña fábrica de ladrillos. Algunos hombres se emplearon en las rutas, pero la mayoría se quedó en la Colonia, Sin nada que hacer, y pronto comenzaron a comer las frutas que encontraban en los campos vecinos o en los montes, a matar animales silvestres y a atacar sembrados por la noche. Cuando Giacomo Zanetti vio que una familia abría un mono muerto, tuvo asco y empezó a pensar que pronto los hambrientos se alimentarían de carne humana. Eso le dio pavor. Con el poco dinero que recibió de la caja social, se fue; en un país tan grande y con tantas oportunidades, un hombre, incluso sin mucha salud, podría ganarse la vida.

Se prometió a sí mismo no recordar jamás la Colonia, pero pensó en ella todos los días de su vida, aunque nunca haya vuelto, salvo en los sueños que lo perseguían, en los que se veía disputar carne de mono alrededor de una fogata. Se

despertaba con la boca seca, el sabor dulce en la lengua -¿de carne humana o de tierra?

La propiedad ahora se componía de varios lotes, cada anarquista trabajaba por sí mismo, para su familia, y los que no tenían como ganarse el sustento, salían por las demás propiedades en expediciones clandestinas para obtener salame, botellones de vino, gallinas, huevos, todo sacado a los colonos en nombre de la colectividad hambrienta y cada vez mayor, pues continuaban llegando italianos en busca de la tierra prometida.

Con uno de los carros en los que habían venido dos familias, los Dondelli partieron, llevando herramientas que juzgaban suyas y utensilios de cocina, después de haber vendido las gallinas y las ovejas recibidas en la repartija. No había más lugar para el anarquismo. Rossi encontraría una nueva, inmensa y terrible población. Le parecería raro el cambio, pero había sido el responsable de esa situación, siempre preocupado por poblar la Cecilia. La actual invasión era más nociva que la del ganado de los vecinos que destruía la plantación. Mierda, si se hubiera quedado aquí organizando mejor a los anarquistas, a lo mejor la Colonia habría funcionado.

- No hay más lugar para nosotros -dijo Cattina, apretando a su hijo contra el pecho que se había secado.

- ¿Qué hacemos? -preguntó Evangelista.
- La misma ruta que nos trajo...
- Debe haber lugar para nosotros en la capital.
- Solamente no debemos involucrarnos en política. Cattina no decía nada más, pensando en el pecho seco, en el hijo flaco, en el camino de vuelta. Eso era lo que había conseguido -la desilusión, el mismo hambre y el remordimiento del error. Había sido un error, ella había perdido todo, hasta los recuerdos. La rabia mata los recuerdos, transforma todo en odio, no hay espacio para memorias. Si piensas en las primeras noches alrededor del fogón, surge la sombra del hambre. Viene la rabia. Si intentas recordar el canto de los sabiás, tan lindo, lo que se apodera de tu mente son las veces que tuvieron que comer pajaritos, por falta de alimento mejor. Rabia de nuevo. Su memoria sería solo rabia, ella lo sabía.

Se despidieron del Dr. Grillo, después de contarle de qué forma vivían los anarquistas. Él estaba triste. Evangelista, con una súbita nostalgia de todo, resolvió en el momento que no partiría. Le quedaban parientes en Palmeira, se quedaría con ellos; los padres y una de las hermanas vivían allí, habían emigrado y probaban suerte en las intermediaciones, después de una rápida estadía en la Cecilia.

Antes, Evangelista pasaría una noche con María Malacarne; el cuerpo de ella le devolvería el ánimo. Se despidió de la hermana casada y del cuñado y bajó para el conocido caserón junto al río.

El Dr. Grillo abrazó a los Dondelli en el momento en que subían a la vieja diligencia, después le dio unos billetes a Cattina.

-Para Giuseppe -dijo.

Ella se lo agradeció y lloró cuando los caballos comenzaron a alejarse de la ciudad, ahora todo estaba perdido en un espacio que no sería más de ellos.

También otros partieron. Zéfiro, que se sentía cansado para enfrentar las tareas agrícolas. planeaba la retirada, no quería que su hijo de un año creciera en medio de un grupo que se dirigía a la vida criminal, que asaltaban las colonias vecinas y daban a la Cecilia la fama de reducto de bandidos y de vagabundos. Su mujer, Romilda Popoli, estaba por llegar, y en cuanto se reunieran partirían a Buenos Aires. No entendía cómo su cuñado Tranquilo todavía insistía en quedarse y a él le vendió las cabezas de ganado, un lote de mandioca más algunos utensilios. Trabajó en la ruta. guardándose el dinero para la mudanza, contando los días con la misma obsesión con que contaba los billetes acumulados. Se había acabado su participación en la Cecilia; crear un mundo justo, donde

no hubiera dominación, había sido un sueño juvenil; eso era imposible, un hombre tenía que pensar primero en su familia, actuar en nombre de ella; quien tenía familia no podía pensar solo en los demás, el otro no pasaba de enemigo, preparado para sacarle la comida.

Cada núcleo cocinaba en su casa, con miedo del ataque de los hambrientos, pues en la Cecilia, así como en otros lugares de la tierra, había hambre, y a Zéfiro le daba pavor ver los casi doscientos cincuenta italianos sin hacer nada, sometidos a privaciones en un país con tanta tierra sin dueño.

Falta un líder, un líder con ideas de justicia, el hombre precisa de alguien que le diga lo que está bien y lo que está mal, y sin líder, el anarquismo nunca va a prosperar. Es un sueño, un lindo sueño.

Cada carro que llegaba con más trabajadores, listos para sus frustraciones, a causa de las mezquindades y las cegueras humanas, partía con un número mayor de desertores, que, según se decía, salían de allí para saquear Palmeira, Ponta Grossa, Curitiba y Sao Paulo. Un agricultor con propiedad en Santa Bárbara, al oír este comentario, defendió a los anarquistas, eran apenas inmigrantes buscaban un lugar, -serían siempre bienvenidos en nuestro país-.

A pesar de la alegría de poder irse finalmente, un año después de su llegada, cuando se reencontró con su mujer, momento en el que Rossi ya había vuelto, intentaba reorganizar la Colonia. Zéfiro Artusi partió sin mirar para atrás. Se sentía un desertor, pero tenía que pensar en el hijo. Todos tenían que pensar en los hijos. Era una obligación de padres.

Pisa, 10 de mayo de 1891

Preciado Dr. José Francisco Grillo

Tan tristes esas noticias sobre nuestra Cecilia. Amargado, parto dentro de unos días, con la esperanza poder recuperar el proyecto que se pudrió en la práctica de hombres que deben ser perdonados solo porque, como está en las sagradas escrituras, no saben lo que hacen. Todavía están movidos por prejuicios de siglos de dominación en esta perdida Italia, que los contaminó a tal punto que ni el remedio de la vida anárquica pudo curarlos, sino que parece haber producido el efecto inverso, agravando la enfermedad.

Estoy preparado. Lo que encontraré, por sus noticias, será una tierra devastada, el desprecio por el otro, la falta de respeto a la libertad, la producción individualizada y, lo peor de todo, el rencor y el dolor enraizados en el corazón de los compañeros.

Triste anarquía. Triste Cecilia. Hoy me encuentro doblemente triste, pero todavía fuerte y dispuesto para recomenzar.

Reciba el abrazo fraterno del

Dr. Giovanni Rossi

Todo tenía las marcas del abandono, el terreno de la huerta había vuelto a su estado de yuyal, pero los repollos, con sus hojas que parecían abanicos, sobresalían en medio de las plantas espontáneas y largaban penachos floridos, en un deseo de perpetuarse en aquel suelo. El ganado que quedaba, unas vacas flacas, andaba suelto por la región.

El olor fuerte comenzó un sábado, cuando el grupo se reunió en la cocina para el almuerzo. Sin llegar a ser insoportable, era señal de nueva podredumbre, y Rossi pensó que se trataba apenas de una ilusión de los sentidos, producida por el paisaje desolado. Los sueños, cuando envejecen, dejan mal olor, meditó, y pasó el dorso de la mano por la nariz para tapar un olor que solo existía en su imaginación. Almorzó una comida sin gusto; si comiéramos mejor seguramente habría más ánimo para el trabajo, pero con una ración tan escasa no se puede esperar el menor entusiasmo de la gente.

-Ese olor es insoportable -dijo Concetto Crollanti, uno de los habitantes que había venido con Rossi.

Entonces no era solo él quien sentía la pestilencia, existía en el mundo físico, y mejor así, bastaba localizar la fuente de aquel olor, algún animal alcanzado por una bala o muerto por enfermedad. Sin descansar después del almuerzo, salió a buscarla. Pronto Chignento corría detrás de él, y fue directo a una mata de pasto a unos pocos metros de la cocina. Chignento ladraba mucho, pero con un ladrido diferente del producido para señalar la caza. Aproximándose, Rossi sintió náuseas, era terrible el olor a carne podrida, sobre todo después del almuerzo precario, que había dejado su estómago inestable. Al acercarse, vomitó un agua oscura y ácida, y el mareo lo cegó por unos instantes. Cuando recuperó la visión, vio el cadáver hinchado, de una hinchazón monstruosa, del viejo Russo. Chignento ladraba por el amigo muerto.

El Russo se había muerto en silencio, olvidado en un rincón. En medio de tanta partida, nadie se había dado cuenta de la ausencia del perro, recuerdo de los primeros tiempos de la Colonia. Una época se cerraba y había que enterrarla junto con Russo. Rossi se había vuelto sensible a esos actos simbólicos. La muerte de Russo era un mensaje, exigía un ritual. Los hombres no viven sin rituales, incluso cuando ya no son religiosos.

Fue al depósito de herramientas y volvió con una pala. Allí enterraría al viejo compañero. Cavó la tierra con fuerza,

cortaba pequeñas raíces blancas, oía el ruido del acero contra las piedras y hundía cautelosamente la lámina con el impulso de su pie sobre las alas laterales. Había hecho innumerables veces ese trabajo en la Colonia, cortar la tierra, abrir pozos para los naranjos o para las vides, pero ahora era otra su plantación, una plantación todavía nueva en la Colonia, el entierro de un cuerpo, tarea a la que se dedicaba con el mismo sentido social de siempre, hacer una fosa bien hecha, del ancho ideal, para que la planta pudiera crecer y echara raíces en el suelo blando. Al terminar el pozo, con los cuatro lados bien afianzados con la pala, empujó el cuerpo de Russo hacia adentro. Ya no sentía la opresión del olor, todo era carroña a su alrededor, se había acostumbrado. Echó tierra con la misma pala y dejó una fosa unos centímetros más baja. Después de una búsqueda rápida por el monte, volvió con un gajo de araucaria, y lo plantó sobre el primer muerto de la Colonia. Pronto sería un árbol, y un árbol es más simbólico, más útil y más bello que una cruz.

Chignento siguió todo el tiempo su trabajo, sin ladrar, atento a aquel lugar, donde podría volver para enterrar sus huesos. Por primera vez veía que los hombres también enterraban su comida, y eso lo alegró, aun si la comida era el cuerpo de un amigo. Volvería a aquel pozo de tierra blanda cuando tuviera un hueso.

Cuando le dieron uno -no era tan bueno como esperaba, lo habían hervido mucho tiempo en la sopa de frijoles-, Chignento se había olvidado de la fosa e iba con su trofeo de aquí para allá; roía aquella materia casi mineral, pero donde su olfato identificaba algún recuerdo de carne.

El día en que enterró a Russo, Rossi miró al perrito que no había crecido casi nada, quieto en su rincón, pensando quizá en el amigo, y dijo, ahora, Chignento, la Colonia es toda tuya; los viejos deben dar lugar a los más jóvenes, el Russo no tenía más nada que hacer aquí, también resolvió abandonarnos, como las familias.

En segadas sucesivas, los trabajadores que habían venido con Rossi cortaron todo el monte, sin prestar atención al brote de pino que crecía alegre. Las azadas empujaron tierra sobre la tumba y después, cuando quiso identificar el lugar en el que estaban los huesos del perro, Rossi se quedó con la duda.

El cementerio anarquista comenzaba anónimo.

- Mejor así -dijo Rossi.

Con gran bulla, más fiesta que hostilidad, Chignento había recibido a los jóvenes que llegaron a pie, un atardecer de mediados de junio. No traían casi nada, solamente la ropa

puesta, algún dinero y muchos sueños. Por el cansancio del viaje, parecían mendigos, y eso dejó al perro agitado, pero pronto reconoció la bondad en los miembros de ese grupo, diferente de todos los que habían llegado antes. No se quejaban, no preguntaban a dónde iban a dormir, si la cosecha era buena, si había comida para ellos. Llegaron alegres, cantando himnos que hablaban de justicia, revolución y trabajo. En los últimos meses, el tema de la Colonia era solo dinero, cosecha, comida. Pero los jóvenes tenían el viejo vocabulario. Chignento no entendió la diferencia de las palabras, apenas reconoció la alegría y cambió los ladridos de alerta por los de excitación. Comenzaba un nuevo tiempo, pensó el perrito, un tiempo de huesos con restos de carne. Chignento no aguantaba más las facciones tristes de los pocos habitantes de la Cecilia, y había pensado varias veces en irse, pero se fue quedando, a pesar de la escasa comida. Le gustó esa gente alegre, que cantaba y hablaba alto y dibujaba en el aire gestos exagerados. Corría de un lado para el otro, y todos le hacían fiesta al animalito, que enseguida estaba con la lengua afuera, pero alegre, muy alegre.

Cuando el pequeño grupo de anarquistas se reunió para cenar, encontró a los jóvenes en la mesa, que tomaban con gusto la sopa de siempre. Les hicieron una fiesta, y abrazaron a los desconocidos como si fuesen amigos de toda la vida. Las mujeres, que los habían recibido después de

Chignento, estaban animadas en la cocina. Habían descubierto restos de provisiones para mejorar la sopa, gesto de generosidad percibido solamente por los habitantes, pues para los jóvenes era una sopa común y pobre, pero con sabor especial, el de la primera comida en la Colonia.

- ¿Cuál es el trabajo que tenemos para mañana?
-preguntó Egizio Cini.

- Trabajar la tierra para el centeno. ¿Tienen alguna experiencia agrícola? -preguntó Curzio Corsi, otro que había venido con Rossi.

- Ninguna -dijo Egizio.

- Pero muchas ganas de aprender -dijo otro de los siete jóvenes, el francés Saint Pierre, oriundo de Tarbes.

Y todos se rieron; reían de satisfacción, como se reirían si alguien hubiera dicho que la sopa estaba caliente. La alegría no estaba en las palabras, sino en el encuentro, en aquella cocina colectiva, en la noche silenciosa que se extendía por los montes que ellos apenas habían divisado desde la ruta, cuando venían a la Colonia, en una marcha festiva, sin entender aquel entramado de árboles, arbustos y plantas, pues un monte era para ellos algo organizado, árboles plantados según un principio, y el monte allí crecía libre, había pensado Jean Geleac, verdadera lección de

anarquismo. Era bueno estar en medio de aquel monte, por eso se reían mucho.

Después de una charla un poco inconexa, en la que intercambiaron impresiones aisladas sobre el viaje, la Colonia y las rutas, fueron a dormir en el cuarto sin muebles. Los muchachos tuvieron que contentarse con mantas prestadas por los pocos habitantes que intentaban salvar la Colonia, aunque sin esperanzas, pues recordaban a las familias que pasaban hambre, el desorden, los campos invadidos por el monte, la falta de semillas.

Los jóvenes de rieron de las camas improvisadas.

- Nunca estuvimos mejor -dijo Cini.
- Espero que las pulgas hayan comido mejor que nosotros -dijo Massa.
- Mañana, cuando estemos bien cansados, de tanto trabajar la tierra, la cama será más acogedora -dijo Silano.

Para cada frase, una fiesta de risas, que podía ser oída desde las otras casitas, donde las familias, ya acostadas, pensaban que el mundo le pertenece a los jóvenes y a los solteros. Los casados recordaban las aventuras de su juventud y, antes de dormir, les contaban algunas a las mujeres y todos terminaron despertándose tarde al día siguiente, encontrando el sol alto al abrir la ventana del cuarto.

El sol todavía sonreía, pero ahora irónicamente, mientras los jóvenes trabajaban la tierra o reparaban los cercos, sudando como nunca. Los asombraba el trabajo nuevo, que les lastimaba las manos, forzaba sus músculos y, como les salía mal, tenían que rehacerlo todo el tiempo. Los demás habitantes ayudaban, aunque no entendieran bien esa determinación para el trabajo. En cuanto tomaron la sopa de legumbres del almuerzo, ya más diluida que la de la cena, los jóvenes volvieron al campo, sin que nadie los llamara. No aguantarán ni una semana, vaticinó Curzio Corsi.

Los muchachos entraron en tumulto a la cocina; decían que el trabajo era duro, que no sabían hacer bien las cosas, pero que les gustaba y que eso tenía sentido pues necesitaban mucha comida.

Sentado en las patas traseras, mirando a Cini, el más charlatán del grupo, Chignento aprobó la idea con ladridos. Ladró porque le gustaba ver el barullo de aquellos hombres alegres pero, al reírse todos después de que Cini dijera que precisaban mucha comida, el perro, sin entender nada, decidió irse de la cocina.

- No precisamos tanta comida, -dijo Rossi- ahora somos pocos.
- Vamos a trabajar para llenar la despensa -dijo Cini.

- ¿Y para qué una reserva de comida? -era Crollanti quien quería saber-. Un socialista vive con un poco de pan y su ideal.

- Mucha comida es lo que necesitamos-insistió Cini riéndose.

- Construcciones nuevas, muebles, esas cosas son más necesarias.

- Cuando lleguen las nuevas familias, tendremos comida para todos, no habrá más discordias, mezquindades, ¿no fue eso lo que destruyó la Colonia?

- Eso y otros problemas. -Rossi se oponía a los jóvenes solamente para que contaran sus planes.

- Vamos a trabajar hasta llenar el granero -gritó Zerla.

- Y trabajar así, con un objetivo, da gusto -concluyó Cini. Cenaron rápidamente y se fueron a su cuarto, en medio de algazaras, pateando piedras, empujándose entre sí, mientras Chignento corría atrás sin perder ninguna oportunidad de ladrar.

Apoyado en el marco de la puerta de la cocina, Rossi miraba a los jóvenes que se iban a dormir, diciéndose que nunca había visto tanto entusiasmo.

- Demasiado entusiasmo puede no ser bueno -murmuró Celestina Gordoni, que quedaba del grupo liderado por Tranquilo.

Pero todos discreparon, con un silencio interrogativo.

En aquellos días, contagiados por los jóvenes, los anarquistas trabajaban más de lo normal, sin que hubiera ninguna obligatoriedad, pero alguno que otro todavía prefería quedarse dentro de las casas.

Sembraron centeno en el terreno ya arado y prepararon otro campo, bien abonado, donde plantaron papas. En los montes, sacaban y preparaban mucha madera para la construcción, y recuperaron los canteros de las huertas, todo sin ningún plan. A la mañana, alguien decía que iba a ver el cerco para el ganado, y enseguida surgían los voluntarios, y si no surgían, la persona iba sola, o desistía de su plan para ayudar en la huerta.

En el lapso de un mes, la Cecilia volvió a ser lo que era al final el año anterior, y el Dr. Grillo, en una de sus visitas, comentó que en poco tiempo estaría entre las más desarrolladas de la región, y eso probaría que ni los peores contratiempos, como las diferencias entre las familias y la retirada del capital social, podrían impedir que la vida anarquista prosperase. Y dijo eso en elogio de los jóvenes.

Eran pocos, pero superaban la limitación numérica por la dedicación.

- Nunca vi ni a los colonos más prósperos trabajar como ustedes -dijo en aquella visita, y después lo repitió innumerables veces a la gente de Palmeira.

Siete familias habían dejado la Colonia un poco antes de la llegada de Rossi; se habían llevado dinero, herramientas de trabajo, animales, muebles y el carro. En su lugar, y todos coincidían en este hecho, llegaron los siete jóvenes que trabajaban la tierra con más empeño que los agricultores. Rossi pensó que había un error en su razonamiento, pues siempre había creído que la Colonia precisaba fundamentalmente de buenos agricultores, que conocieran el trabajo, resistentes a la dureza de esa vida, y ahora quedaba comprobado que la Colonia necesitaba de idealistas con coraje para dedicarse a causas colectivas. El poder era de los aficionados y no de los profesionales, y eso también era una experiencia que valía la pena anotar en uno de sus informes. Si quieren cambiar el mundo, y necesitan a alguien para hacer una actividad específica, no llamen a los que son más capaces, a los que ya saben todo sobre el tema. Elijan a jóvenes dispuestos a aprender. Para aprender, es necesario tener un profundo estado de alegría.

Los mejores agricultores de la Colonia no eran agricultores, y habían renunciado a su formación para gastarse las manos

en medio del monte, derribar árboles y sembrar un alimento escaso. No comían las papas que compraban para la plantación. Y, muchas veces, mientras las ponían en los surcos, pensaban que esas papas podrían espesar la sopa o dar un excelente puré, y en lugar de frustrarse, se enorgullecían por la renuncia. Durante toda su vida solo habían comido alimentos producidos anónimamente; había llegado la hora de plantarlos.

Algunos agricultores, que habían venido para desarrollar las cosechas comunitarias, habían abandonado la Colonia, tal vez por no entender la importancia de la agricultura en la vida comunitaria. Estaban cansados de aquellas ocupaciones y, bajo el régimen de la anarquía, habían renunciado al trabajo serio; esperaban, por primera vez en la vida, que la comida les llegara sin verse obligados a sacarla de la tierra. Se habían ido y ahora hacían pequeños trabajos principalmente en Curttiba, o probaban suerte en otras regiones, en tierras vendidas por el gobierno; volvían a ser agricultores como sus antepasados.

"Cuando quieran alguien que haga, escojan a alguien que nunca hizo, pero que tenga la inquietud de hacer", le escribió Rossi a los hermanos.

Cuanto más trabajaban, más se entusiasaban los jóvenes, y eso llevaba a los hombres a un alto grado de animación. Eran días sin tregua, un ímpetu inmortal movía la comunidad.

Sembraban para los colonos que llegarían de Italia, había noticias de nuevas levas de inmigrantes; entonces, en las pocas horas libres hacían planes a los gritos, los anarquistas gritaban mucho, y cuando alguien empezaba a dominar la conversación, estallaba un tumulto de voces; todos querían hablar y hablaban. Cini, más propenso al discurso, era frecuentemente interrumpido por uno de los compañeros:

- Ahora el capataz le va a dar órdenes a los operarios.

Y todos se reían, Cini también se reía, se quejaba y decía que no era el patrón, solo le parecía que... tomaba de nuevo la palabra, pero ya en medio de un gran alboroto.

Al oírlos de lejos, los vecinos pensaban que aquella era, finalmente, la vida en la anarquía, todo el mundo hablando y sin entenderse, ¿cómo es que esos italianos pueden hacer tanto barullo?

El entendimiento se daba en el trabajo, que organizaba al grupo de forma natural y no en discusiones que no pasaban de oportunidades de diversión.

La nueva camaradería, las tierras cultivadas, el pequeño rebaño que volvía a engordar, el comienzo de la abundancia con algunos que trabajaban para el municipio, y la propaganda hecha por el Dr. Grillo, que nunca había visto a una Colonia tornarse próspera en tan poco tiempo, más las frustraciones que la vida urbana trae siempre a los que en

cierto modo son solo agricultores, todo eso despertó el interés de cuatro de las siete familias que habían dejado la Cecilia.

Esas cuatro familias volvieron sin el dinero de la caja social, pero con las herramientas de trabajo que habían pasado unos meses de vacaciones oxidándose en los sótanos húmedos de Curitiba, donde herramientas y agricultores habían descansado ese invierno. Con la primavera, querían estar de nuevo en contacto con la tierra y llegaron en dos carros, pidiendo que los aceptaran de nuevo; su lugar era allí, para eso habían cruzado el océano, dejado familias y enfrentando hambre e incertidumbre.

Rossi iba a decir que eran bienvenidos, siempre serían bienvenidos si respetaban los principios de la anarquía, pero Zerla interrumpió el silencio que antecedió al habla de Rossi, y les recordó a todos que al día siguiente iban a comenzar a tirar los árboles que habían sobrevivido a la quema en la vieja huerta invadida por el ganado, era necesario limpiar el terreno. Sin decir nada, Tranquilo Agotanni, que estaba al frente del grupo pródigo, fue al carro, buscó en los bultos y sacó su machete. Su compañero Geocchino Lotticci hizo lo mismo, y fueron bien recibidos, no con una fiesta, pues la comida era escasa todavía, sino con una sopa de gallina. Los muchachos querían una Colonia llena de juventud y que fuera poco numerosa. Con el regreso de las familias, sabían

que los alimentos que estaban por cosechar se consumirían enseguida, y que no iba a sobrar nada para guardar, lo que no disminuyó la alegría de aquel regreso.

Palmeira. 25 de agosto de 1891

Queridos Sestilio y Properzia

El retorno a Brasil ha sido marcado por la misma alegría de los días de nuestra llegada; esperaba encontrar aquí solamente desolación, pero un grupo de jóvenes que se establecieron en la colonia invadiéndola, después de que las familias la abandonaran, consiguieron organizar todo, y ahora somos nuevamente una comunidad socialista. Nunca estuve tan contento.

Otra sorpresa fue mi nombramiento por intermediación del Dr. Grillo, como farmacéutico del núcleo. Aunque no haga casi nada, recibo un salario que es un robo. Debido a los gastos de mi viaje, le solicité al grupo autorización para enviarles este dinero a ustedes, para que salden las deudas en la Azienda Strumenti de Lavoro della Fratellanza Artgiana de Firenze. A partir de ahora, ustedes recibirán mi salario. No dejen de pagarle a ninguno de mis acreedores.

Sestilio, piensa en la posibilidad de establecerse aquí con el comercio de Vino y aceite. Me parece una actividad arriesgada, sería mejor trabajar como agrimensor. En esta función recibirías doce mil réis de salario más una cantidad igual de comisión. Pero si quieres de cualquier forma desenvolverte en el comercio, espera un tiempo hasta que tengamos más informaciones.

En Curitiba, en el mercado minorista, un buen vino cuesta cuatro réis el litro; el aceite de primera, ocho. Dentro de algunos días, iré a Paranaguá y podré averiguar el costo de la aduana. El precio del transporte desde Génova a Paranaguá lo podrás obtener en la Navegación General Italiana, en Génova, y no te olvides del transporte ferroviario de Paranaguá a Curitiba. En estos viajes es común que desaparezca parte de los productos, y todo eso debe ser considerado a la hora de comenzar esta actividad que tiene sus riesgos.

Me gustaría que me mandaran brotes de cerezos gigantes, nogales, castañas olivos, almendros y vides. Estamos ampliando el jardín de frutales y quiero ver cuáles de esas plantas se pueden desarrollar aquí en los trópicos. Una de las principales necesidades de nuestra Colonia es de orden alimenticia. Hay poca variedad: comemos carne, polenta, sopa de legumbres, frijoles y mucha naranja, Dios mío, nunca tomé tanto jugo de naranja en mi vida. Y como éste

no es solo un problema nuestro, otros productos pueden tener buena aceptación en el mercado, lo que sería una renta para la Cecilia, que hoy vive de las cosechas tradicionales y de los trabajos de los anarquistas en las actividades del gobierno. Sin esas ocupaciones estaríamos pasando hambre, pues recién ahora está llegando la época de cosecha.

Diles a todos por ahí que estoy muy bien, alegre y lleno de planes para la Colonia, y que no se preocupen por mí; pronto nuestro experimento social alcanzará estabilidad, permitiendo condiciones colectivas de comodidad. La presencia de jóvenes, siempre agitados y habladores, en lugar de disminuir la soledad, hizo que la sintamos más fuerte, y me imagino qué bueno sería contar con una compañera.

Reciban todo el cariño y la nostalgia de su hermano

Giovanni Rossi

- Nadie quiere ver a un hijo pasar hambre -dijo Geocchino Lottici-. Para ustedes es más fácil racionar la comida.
- No queremos ver a nadie pasando hambre -dijo Egizio.
- Una familia come más y trabaja menos -completó María, riéndose.
- Una familia de agricultores trabaja mejor que un grupo de jóvenes de la ciudad -retrucó el labrador, mientras se adelantaba en la poda de la plantación, haciendo un trabajo rápido y metódico.

Los jóvenes continuaban en las tareas voluntarias y defendían el trabajo para el futuro, tenemos que ser hormigas para, después, conocer el ocio de las cigarras, decían. Y parecían de hecho hormiguitas, trabajando siempre agitadas, de un lado para el otro, un poco desordenadamente, pero con mucha energía. No se veía a ningún hombre descansar en las palas, y el trabajo se ejecutaba en medio de un lío de movimientos y voces.

El centeno estaba listo para ser recogido y en algunas semanas tendrían pan en abundancia, para llenar la barriga de los niños golosos, que trabajaban poco, pero comían más que los adultos. Las madres siempre les reservaban porciones extra a los hijos insaciables. Si por lo menos cazaran pajaritos, si pescaran en los ríos de la región, pero las madres tenían miedo de los animales salvajes y los niños se quedaban por la Colonia, sin nada que hacer, y cuando no se hace nada solo se piensa en comer.

Para no pensar en comida, los muchachos trabajaban todo el tiempo, siempre con mucho barullo.

- El silencio es bueno en un palacio, no en una Colonia de hombres libres -decían, cuando alguien se quejaba del tono exaltado.

En el patio, a los gritos, cada uno argumentaba qué debía ser plantado en el nuevo terreno; Cini consideraba mejor el maíz, precisaban mucha polenta para saciar a esos niños; Zerla defendía la plantación de frijoles, con comercio seguro en Palmeira, y era un cultivo ideal para ese suelo bien abonado; Silano decía que podían plantar un poco de cada uno, otros pensaban que tal vez fuera mejor hacer ahí un lugar de frutales o aumentar las vides. En cuanto vieron entrar los carros en la Villa Anarquía comenzaron a gritar muerte a la burguesía. Fueron a recibir a los nuevos inmigrantes, que descendieron de los carros medio

temerosos, extrañados por el barullo, que se oía desde la ruta. Rossi y Tranquilo se aproximaron, para recibir las primeras informaciones -el viaje había sido bueno, se habían quedado algunos días en Curitiba, acogidos por los ex colonos.

- Desertores -corrigió Jean Saint Pierre, creando cierta incomodidad.

Sabían que los nuevos colonos llegaban con recelo, no habían venido directamente a la Colonia, estaban esperándolos hacía dos semanas, debían haber intentado, sin éxito, establecerse en otro lugar. Era justamente ese tipo de gente la que no precisaban -pensó Rossi. Los desertores hoy eran el mayor problema para la Cecilia, habían sido bien recibidos, habían vivido meses aquí, compartimos con ellos nuestro alimento, y encima de que se habían llevado dinero de la caja social, animales y herramientas, se habían transformado en los peores detractores de los anarquistas. La mala voluntad de Rossi era visible en la recepción; sin la menor gentileza, olvidando el papel de anfitrión, les mostró el alojamiento colectivo, la cocina, y les dijo cuáles eran los trabajos en curso, y el saldo de la caja social.

- ¿Trajeron algún dinero?
- Muy poco -dijo el más viejo del grupo.
- Aquí lo poco es suficiente.

- Lo que traemos es realmente muy poco.

Rossi fue al comedor, les mostró la caja social, una lata que estaba en un estante, y contó los pocos billetes.

A la noche, los hombres, mujeres y niños recién llegados se agruparon en un rincón del alojamiento colectivo. Intentaban mantener distancia de los jóvenes, asustados por su comportamiento durante la cena que, dada la timidez de las nuevas familias, fue rápida. Los jóvenes hicieron alboroto, provocadores: necesitaban gente joven, sin prejuicios familiares, el amor de familia representaba un egoísmo, y eran pocas las hijas solteras; si por lo menos trajeran compañeras para ellos, pero casi solamente niños, y los niños comen mucho y trabajan poco, los niños despiertan el egoísmo de las madres, estaban cansados de los niños, hablaban y reían, y recordaban que pronto habría amor libre entre ellos, aguardaban compañía femenina y preguntaban

- ¿hay alguna en ese grupo?

El grupo tenía mujeres casadas, ya bastante consumidas por las privaciones, pero el celo de los maridos todavía existía; tal vez el recuerdo de cuando ellas eran jóvenes y otros hombres las deseaban hiciera revivir en ellos un sentimiento que ya no tenía ningún sentido. Después de comer poco y apresuradamente, los colonos de Parma se retiraron hacia el hospedaje y se apartaron lo más posible en aquella

construcción sin divisiones. Habían preguntado, cuando llegaron, si no podrían dormir en las casas, pero Rossi dijo:

- mañana veremos eso, haremos una redistribución de las cabañas.

Ya se habían acostado cuando una madre se quejó de las condiciones, pero el marido le dio ánimo, sería solo una noche. ¿Qué era una noche después de la larga travesía por el océano, después de los días en los hospedajes para inmigrantes? Una noche, para ellos, no era nada.

Los jóvenes llegaron después, haciendo barullo. Dos bebés se despertaron llorando, un niño dijo que tenía miedo, y los muchachos se rieron, aquí no hay bandidos, somos todos afectuosos, y más risas y gemidos. Cuando se acostaron, sacándose la ropa en la oscuridad, las familias se quedaron esperando a que algo ocurriera. Una voz murmuró: mi colchón está muy perfumado; y eso fue todo.

Una madre abrazó a su hija de doce años y no se separó de ella hasta el amanecer.

Nadie había hecho ningún plan, pero sin tomar el desayuno, apenas salió el sol, un grupo salió y volvió con carros de un vecino, y antes del almuerzo hacían el mismo recorrido del día anterior, pero ahora en sentido contrario.

- Menos mal que no dejamos nuestro dinero.

- Pronto encontraremos un lugar en el que podamos criar a nuestros hijos en paz.

Pasaron cerca de un campo en el que labradores y obreros trabajaban en la plantación de frijoles, habían decidido finalmente cual iba a ser el cultivo, cuando Zerla gritó que jamás se olvidaría de aquella noche de amor, y agradeció la liberalidad del marido.

Aunque los inmigrantes sabían que se trataba de una mentira, los maridos se quedaron con el orgullo herido.

La llegada del nuevo grupo de campesinos de Parma se produjo en la fecha esperada, algunos días después del paso del primero, que no dejó rastros en su partida, amedrentado por el entusiasmo de los jóvenes, un entusiasmo bien recibido por los nuevos labradores, que tomaron todas las bromas como manifestaciones cálidas de afecto, señal de la buena idiosincrasia todos, movidos por un ideal.

Dos tercios del grupo eran mujeres y niños, que representaban más de veinte bocas para alimentar, y solo un tercio eran hombres, que no estaban obligados a trabajar, aunque desde el primer día se habían dedicado enteramente a las actividades. Los solteros se vieron en menor número, lo que representaba un cambio definitivo de planes; tenían que trabajar para comer, y no para preparar un futuro ahora incierto.

Ni siquiera eso, sin embargo, disminuía la energía. Al contrario, cada día que pasaba era más intensa. Trabajaban diez horas en el campo e iban directo, al final de la noche, a la pequeña cascada, y aunque hiciera frío, pues la temperatura bajaba súbitamente en las tardes de primavera, se bañaban haciendo alboroto y llegaban -sus cuerpos estremecidos por el agua helada que corría en las piedras- todavía más excitados, para jugar con el perro y con los niños, meterse en las conversaciones de las familias y cantar.

- ¿Cuándo se va a terminar todo esto?

Esa era la pregunta que se hacía Pasquale Taligmani, el más viejo del grupo, con casi sesenta años. La misma pregunta, en la cabeza de Carlo y Caterina Artusi, padres de la joven Irma, sufría una pequeña variación, más preocupante: ¿de qué forma va a acabar esto? Por el momento, no se sabía cuándo terminarían las cosas, pero sí se podía imaginar cómo acabarían.

En las reuniones después de la cena, mujeres y niños hacían pequeñas tareas, desde remendar ropa y arreglar las herramientas a lavar las ollas y escoger los frijoles para el día siguiente. Rossi había vuelto a hablar de la necesidad del amor libre, sin el cual la experiencia socialista no se llevaría a cabo; se quedaría en el estado de cooperativa sin consejo administrativo, fase en la que se encontraban.

- Las mujeres que vienen para acá -discurseaba el anarquista- traen lazos familiares muy fuertes, que reafirman los prejuicios de las relaciones cerradas. Es puro egoísmo no entregarse por deseo. Egoísmo e hipocresía, pues todos desean nuevas parejas.

Con dieciocho años de casado, Fiorenzo Fecci admitía que deseaba a otras mujeres, todo hombre desea, siempre pensaba en eso cuando oía los discursos de Rossi. Él tenía razón, era hombre, entendía el corazón de los hombres, y si había tantas mujeres de vida fácil era porque ellos, hombres, cada tanto, tenían que encontrar un cuerpo nuevo para soportar el matrimonio, cada año más monótono. Miraba a las pocas muchachas de la Colonia, algunas bonitas, y sentía amor fraterno por ellas. Su mujer, ocupada en la crianza de los cinco hijos, ni tendría tiempo de pensar en otro hombre y, le parecía al marido, no despertaría el deseo en ninguno de ellos; los embarazos y los sufrimientos en Italia, donde solo conocían la miseria, habían transformado sus treinta y cuatro años en vejez. No tenía de qué preocuparse, ella estaba en lo suyo, ayudaba en la cocina, trabajaba en la huerta, no era de hablar mucho, tenía a sus hijos para entretenerse, pero él, él deseaba una mujer sin hijos, que todavía tuviera cuerpo de muchacha, con manos que no fueran tan ásperas, y se ponía a pensar en las caricias, sería bueno, conocer a otra mujer sería bueno, el problema era que en la Colonia no había mujeres así, solo tres o cuatro

muchachas de familia, que estaban ahí no por opción sino porque habían venido con sus parientes; ni siquiera eran anarquistas, no eran libres, podrían estar en otro lugar, creían en el socialismo, pero si los padres dijeran que ahora serían católicos, ellas irían a misa todos los domingos y se volverían religiosas. Para las ricas, era fácil ser libres, tener ideas y vivir de esas ideas, pero para estas hijas de agricultores no había otra realidad que la virginidad y el casamiento. Si aparecieran muchachas libres, Fiorenzo lo aprobaría, si Rossi trajera tales mujeres, la Colonia sabría recibirlas. Necesitaban mujeres emancipadas, sin la protección de los padres, los jóvenes tenían necesidad de esas mujeres, se veía eso en la manera como respiraban, como caballos, pensó, los jóvenes respiraban medio desesperados, aquella fuerza para el trabajo, aquella impaciencia para todo, conocía todo eso, era deseo, falta de mujer. Los jóvenes precisaban mujeres, pero los casados también. Miró a Escolina, treinta y cuatro años, quince de casada, era una mujer, miró su rostro, sus senos caídos, senos de mujer, labios finos, labios de mujer, manos blancas de lavar ropa, manos de mujer, solo que no tenía más el aura del amor, había perdido, en realidad, se había borrado, lo que era para el amor. Los solteros precisaban de compañía, pero los casados también. Tal vez incluso más. La Colonia debía iniciar los juegos del amor libre, Fiorenzo estaba de acuerdo con Rossi -mujeres para todos. Pero de

repente vio, sentadas en un borde de la mesa, con los rostros todavía infantiles a sus hijas Esmelinda y Amalia, de nueve y ocho años. Estaban haciéndose señoritas.

¿Qué quería para ellas? Casamiento. Quería casamiento tradicional, un marido trabajador y que las respetara. Quería el casamiento de las hijas, incluso el casamiento que se transforma, como el suyo, en la negación del amor y del placer. Quería el casamiento.

-El casamiento monogámico -continuaba Rossi- debe ser abolido en las futuras generaciones de la Colonia. No vamos a obligar a nadie a dejar a sus familias, cada uno hace lo que quiere, abominamos de las arbitrariedades, pero es necesario decir que ninguna mujer está presa por obligaciones religiosas o morales a su marido, que les cabe a ellas destruir la prisión de la fidelidad conyugal...

Más audaces, algunos jóvenes no querían saber nada de los discursos que le encantaban al Dr. Rossi, que creía que hablando le cambiaría la cabeza a esos labradores. Ellos únicamente vivieron hasta ahora porque tienen la cabeza, las manos y el corazón duros. Rossi no va a conseguir nada con ellos, a no ser asustarlos. Precisamos más jóvenes en esta Colonia, pensaba Silvano, muchachos y muchachas.

Se levantó en el medio del discurso de Rossi, miró a las muchachas y abrió los brazos, exageradamente: estoy

esperando el amor de ustedes. Todos se rieron, menos Rossi, aquello era cosa seria, urgía adoctrinar a los niños, para que crecieran con ideas más justas, libres de las mentiras propagadas por padres y patrones, esas dos plagas. Tenían que hablar, hablar tanto como fuera necesario.

Después de la cena-discurso, ya protegidos en su casita, Restilla, mujer de Ernesto Ganazolli, puso a los hijos más chiquitos a dormir y llamó a Emilia a un rincón -la muchachita de ojos soñadores, a pesar de sus facciones rudas- para explicarle que el Dr. Rossi tiene sus ideas, que anda muy solo, y esa manía de hablar del amor libre es por no haberse casado todavía; si tuviera mujer e hijos, no estaría perdiendo el tiempo con tales cosas, está bien luchar por un mundo justo, pero el hombre no vive sin familia, ¿no? Ella tenía que encontrar un marido que respetara su cuerpo, y a cambio recibiera el respeto hacia él. Un marido trabajador, honrado. El respeto vale más que el amor.

Seis meses después, el once de junio de 1892, después de un noviazgo fugaz, en este lugar es mejor tener una hija casada, pensaron los padres, para no correr el riesgo de vejaciones, Emilia Ganazolli se casaba con Cristiano Mueller, en el registro de la ciudad de Palmeira, sin ceremonia religiosa.

Colonia Cecilia, 12 de octubre de 1891

Estimado Sestilio

Te pido ayuda en la selección de los nuevos seguidores para la Colonia. Ese reclutamiento de colonos que son más fugitivos del hambre que anarquistas solo trajo problemas para los que confían en la experiencia de la Cecilia. No necesitamos más a esos desesperados del destino, que encuentran en los anarquistas una posibilidad para emigrar, valiéndose de nuestros precarios recursos. Queremos trabajadores convencidos de nuestros ideales y con buen carácter.

Por favor, ayúdanos a sacar de las listas de inmigrantes a todos aquellos que tengan comportamientos egoístas. La Colonia no resiste los saqueos que ha sufrido. Las familias que llegan aquí buscando no una vida anarquista que presupone trabajo y, en nuestro caso, mucho trabajo,

aunque no obligatorio, sino la buena vida y la comida abundante, se frustran al encontrar una propiedad pobre, donde sobran las tareas urgentes y poco lucrativas, y falta diversión.

Necesitamos trabajadores, pero no puede ser cualquier tipo de trabajador; tiene que tener buen comportamiento, tiene que ser inteligente y profesar el ideal socialista. Operarios sin esas características, por muy buenos que sean, no sirven para nada. Peor, sirven para difamar la Colonia, para asaltarla y para crear disturbios que desalientan a los que luchan por una vida colectiva.

La última caravana es un ejemplo de una elección totalmente errada. Ninguno se quedó con nosotros y, para colmo, se fueron de la Colonia en una situación totalmente desagradable. Ciole y Mansani formaron un grupo con un colono de Livorno y dejaron la Colonia. Decían que la vida socialista no les interesaba y que su objetivo era ganar dinero de la forma más rápida posible. Los tres son tipos muy feos, que andan siempre armados, provocan peleas, y prometen tiros y cuchilladas... Viven en los alrededores y nos incomodan con sus malos ejemplos y con sus escándalos, lo que lleva a las personas de aquí a pensar que todos los anarquistas son iguales a esos bandoleros.

Los otros miembros del grupo están en Curitiba, trabajan por cuenta propia, y hacen propaganda negativa de nuestra

Colonia. Nos acusan de los más variados delitos, cuando en realidad fueron ellos los que actuaron de forma criminal. Se robaron todo lo que pudieron de la comunidad. Dante Venturini, por ejemplo, llegó a llevarse siete machetes, y eso nos dejó en pésima situación de trabajo. Esa banda estaba compuesta por trabajadores, eso es innegable, pero no tenían el menor carácter, es gente de la peor especie, que crea problemas para el anarquismo y que va a crear muchos más, pues no se cansan de alardear, en sus escándalos, que son oriundos de nuestra Colonia, que siempre contó con el respeto de las autoridades y de la población. Si las cosas continúan de esta forma, pronto comenzaremos a sufrir represalias.

No queremos tipos así, preferimos que no sean buenos labradores pero que tengan buena voluntad y disposición para aprender. Tampoco podemos acoger familias numerosas; es mejor que sean parejas jóvenes, con pocos hijos, pues la comida todavía es escasa y recién dentro de un año tendremos alguna abundancia.

La Cecilia ha sufrido por el exceso de gente y la llegada de personas no deseables. Ahora, cuando estamos reorganizando todo, debemos tener un cuidado muy grande.

Todavía no llegaron mujeres que no estén bajo el yugo de los prejuicios familiares, y éste es el tipo más urgente de adepto. Precisamos de ellas no solo para experimentar el

amor libre, sino también para que alegren nuestra vida, para que nos saquen de este celibato forzado.

Reciba el abrazo fuerte de su hermano,

Giovanni Rossi

En cuanto el grupo de Parma se estableció, comenzó enseguida a trabajar en las siembras y las rutas, los jóvenes se dieron cuenta de que ya no tenían que esforzarse tanto, la Colonia entraba en un nuevo ciclo y su era llegaba al fin, pero todavía trabajaban, ahora a ritmo más lento. De todos modos no sería posible garantizar alimento en abundancia para tantas personas, solo les quedaba esperar para ver qué sucedería. Se despertaban más tarde y hacían algunas actividades físicas en la puerta del alojamiento, con el pecho desnudo porque era verano y el calor imponía esa libertad. A los maridos no les gustaba ver a los jóvenes con los troncos blancos, las manos y el rostro morenos de sol, lo que les daba un aspecto demoníaco, conjunción de naturalezas en conflicto.

Hacían largos ejercicios, exhibiendo los músculos jóvenes y endurecidos en aquellos movimientos, que recordaban rituales de apareamiento. Y pronto adquirieron el hábito de bajar a la cascada y bañarse también por la mañana, de donde volvían con los cabellos húmedos, los ojos rojos a causa del agua fría, los labios levemente morados, pero ahora vestidos con camisa de trabajo, la barba amansada en

un rostro envejecido. Así llegaban al comedor, ya entrada la mañana, para el café aguado y el pedazo de pan. Comían con los ojos perdidos, miraban la pared o a las mujeres casadas y a sus hijas, ocupadas en las tareas de la cocina, los rostros sudados frente al fuego, los cabellos amarrados, salvo algunos mechones que caían en la cara, las manos y los brazos colorados. En otros momentos, solo miraban cómo el fuego consumía los leños, un fuego que quemaba todo con rapidez, calentaba la cocina y ponía, en aquellos ojos solitarios, llamas ardientes. Del fuego, la mirada pasaba a los brazos colorados, el rostro rosado, los movimientos de las caderas al manipular las cacerolas, hasta que alguien, previendo el peligro, gritaba. Vamos, turcos, todos a trabajar, y los jóvenes salían para ejercitar los músculos en actividades productivas, y uno u otro se escondía en los matorrales, con la excusa de que había tenido un cólico súbito, para resurgir después en el medio del grupo con cara de niño que hizo algo malo, y tardaba un poco para entrar en el ritmo de los otros, que llegaban lejos en su lucha diaria contra el monte. Veían crecer el maíz, abriéndose en hojas tiernas, y se les hacía un nudo en aquellas gargantas reseca, la vida crecía, el suelo soltaba permanentemente sus varas, sus pequeños y grandes tallos, y se volvía urgente tomar un trago de agua directo de la bota, levantar la cabeza, inclinar al máximo el tronco para atrás, para que la boca recibiera el chorro de agua fresca, que se escurría por la barbilla, por la

camisa y llegaba al pecho; entonces se imaginaban de rodillas bajo las piernas de una mujer, la bota era el cuerpo femenino, un cuerpo redondeado, con dos aberturas, una de ellas vertiendo su líquido sobre el rostro del hombre. Placer, era un gran placer beber agua así, el gusto a tierra de la bota, pero a tierra con salud, la frescura del agua, el contacto de las manos en aquella arcilla porosa. El formato del vientre hinchado, que se vaciaba sobre ellos sin perder la forma contorneada, los brazos de los hombres muchas veces erizados en esa pequeña tarea de matar la sed, repetida tantas veces durante el día que siempre había alguien que iba a llenar la bota en la mina o vaciaba la vejiga frente a los amigos, el sexo levemente alterado, un glande violáceo y arrugado que devolvía el agua que había pasado por aquel cuerpo, agudizando más todavía la sed nunca saciada. Los casados no entendían esa búsqueda de agua, no habían comido charque la noche anterior, no habían bebido vino, ¿por qué la resaca? -se preguntaban. Al ver el placer en aquellos labios que recibían el agua como un devoto recibe la hostia, los casados se irritaban más con esa pérdida de tiempo; por eso el trabajo no rendía, ese orinar todo el día, esas idas a la mina cada hora, en un relevo que más parecía un juego que un trabajo. Estamos en la anarquía, se defendían los jóvenes cuando eran reprendidos, y ya trabajamos mucho para la Colonia, decía alguno, más de lo necesario para nuestra supervivencia, completaba el otro.

Entonces los casados, que tenían muchos parientes que todavía no trabajaban, o trabajaban lo mínimo, se quedaban callados y volvían en silencio a la pala, al machete, al arado, al poste del cerco, irritados con los jóvenes que bebían, bebían agua y orinaban y reían, se tocaban el sexo con cierto estremecimiento para liberar el líquido, sentían el buen olor de la orina blanca, igual al agua de la bota, que dejaba en el suelo pequeños surcos húmedos, con borde de tierra esculpidos por las salpicaduras, y sentían, entre los dedos, sucios y sudados, un pequeño terremoto que alteraba el volumen de aquello que nunca paraba de soltar sus líquidos.

--Creo que beben tanta agua porque están con hambre -dijo Fiorenzo.

-El agua te deja con más hambre -dijo Rossi, que entendía aquella sed, su raíz profunda.

Y, a la hora del almuerzo, los jóvenes todavía se reían, pero con los ojos siempre perdidos; sin pensar ya en el trabajo que tenían que hacer actuaban de forma mecánica, como el caballo que tira el arado sin saber que de aquella tierra va a surgir el maíz que lo alimentará durante el año, así sucedía con los jóvenes, las anteojeas, sin mirar para los costados, iban siempre hacia delante, sin ver nada, listos para cambiar de rumbo cuando lo dispusiera el tirón de las riendas, de ida y de vuelta por las mismas huellas, ida y vuelta, ida y vuelta, un centenar de veces, junto al mismo surco, ida y vuelta,

hasta un desvío súbito, cuando sus ojos encontrasen algún obstáculo.

Narcisa llevaba un vestido floreado y tan viejo que daba pena. La pobreza de esos miserables -pensó Antonio Massa- más miserables que ellos solo nosotros, los solteros, que ni podemos usar ropa limpia, pues tenemos que lavarlas, y hay ciertas cosas que un hombre, por más trabajador que sea, no consigue hacer, yo no sé lavar mi ropa, está vieja y carcomida, la de ella está solo vieja, exhala un fuerte olor a limpio, a jabón de lavar, rico olor, pero mejor todavía es su sudor. Narcisa le dio un pedazo de pan negro a Massa, complemento de la sopa, la sopa también era agua, agua sucia, pensó, pero agua con gusto, con condimento, agua, todo era agua. Hundió un pedazo de pan negro en la sopa, se lo llevó a la boca, dejó que un hilo de caldo se escurrirse en su barbilla, levantó la cabeza, que había bajado en dirección al plato, y vio a Narcisa con una sonrisa que también era agua, no sabía explicarlo, hay cosas sin sentido, ¿cómo una sonrisa puede ser agua? Era difícil de entender, pero estaba seguro, aquella sonrisa era agua, agua limpia, agua fresca, agua de bota, estaba allí, mirándolo, el hilo de sopa ya había llegado a su pecho, y moría entre sus pelos; se pasó la mano por la barbilla, para secarla. Al frotar la mano en el pantalón, sintió el remiendo en las rodillas, medio flojo por su ineptitud para usar aguja e hilo, y puso la mano de vuelta en la mesa. Narcisa tenía el bollo del pan contra la

barri-ga; hacía menos de una semana había llegado con los tíos, tenía una manera extraña, andaba sola por la Colonia, no le gustaba hablar, pero servía a todos, casados y solteros, hombres y mujeres, a la hora de la comida, sentía placer en repartir el pan con sus manos finas, sin usar cuchillo, arrancaba pedazos, y dejaba la marca de sus dedos en la miga. Massa miró esas marcas en el pedazo que traía en la mano izquierda. Después de que ella comenzara a distribuir el pan, empezó a gustarle. No soñaba más con el pan de trigo, estaba perfecto el pan negro, negro como los ojos de Narcisa, pensó, pero no lo dijo, ahora estaba un poco más adelante, le daba pan a Egizio, que siguió comiendo con la cabeza baja, el reflejo de su rostro en la superficie líquida del plato; hombre extraño Egizio, no debía apreciar el pan, tomó su pedazo y se lo comió en pocos minutos. Narcisa ya se había retirado, ni siquiera se lo había agradecido, Massa continuaba agradeciendo, la acompañaba con los ojos, mientras la sopa se enfriaba en el plato; nunca le había gustado la comida caliente, y solo tomó las primeras cucharadas cuando, el pan ya repartido, Narcisa se sentó con las otras mujeres y tomó la cuchara, con el mismo movimiento que todos los demás. Antonio Massa percibió que sus brazos, al contrario de los brazos de las mujeres que trabajaban en la cocina, no estaban colorados, sino que eran blancos; vio eso porque ella estaba con las mangas del vestido dobladas, entonces tomó rápido la sopa y se puso el

resto de pan en el bolsillo, para comerlo solo, debajo de algún árbol, a la hora del trabajo; pensaba alegremente en Narcisa, en los ojos negros, en los brazos blancos, Dios mío, blancos.

A la tarde, cuando iba a llenar la bota en la mina, tuvo que cruzar un monte que había sido quemado, los troncos negros de los árboles que habían tirado abajo, otros todavía en pie, pero igualmente ennegrecidos por el fuego; de allí, de aquella tierra calcinada, brotarán plantas verdes, pensó al cruzar el terreno recién abierto, la bota vacía en la mano, pendiente como una sandía hueca, fruto estéril. Massa imaginaba el verde que surgiría de aquella tierra oscura y ni siquiera vio a Narcisa sentada sobre un tronco caído, con las dos manos sobre el vientre, sosteniendo la madera negra, pero cuando se acercó, al tener que saltar la rama, vio a la muchacha, la falda abierta para poder sentarse en el tronco, tronco áspero de corteza quemada, sobre el cual tenía la parte más blanda del cuerpo.

- ¿Tienes tanta sed que no ves nada?
- Mucha sed -dijo Massa y después apretó la lengua contra el paladar y tragó saliva.
- Yo me siento bien entre estos árboles quemados.

Y Massa miró sus propios brazos, tostados por el sol. Habían sido tantos días de trabajo con las mangas de la camisa

arremangadas por causa del calor, un calor que era interno y externo, que su piel descubierta había tomado color, oscureciéndose. Se miró los brazos y miró los árboles, había una semejanza que le daba orgullo. Era parte del paisaje.

- Pronto plantaremos frijoles aquí.
- ¿Frijoles negros, como los que comemos con el charque?
- Sí, frijoles negros -dijo, mirándola- frijoles negros como tus ojos.

Con la pierna derecha sobre el tronco, mostrando parte de su muslo, Narcisa colocó los pies en el suelo, inclinó su cuerpo hacia atrás y acomodó las nalgas en la madera. Cavó la tierra quemada con el pie derecho, hasta encontrar la capa que tenía el color del suelo de la región.

-Por debajo de toda esta ceniza, hay una tierra clara -dijo riendo, medio tímida.

Se escuchó el ruido seco de la bota vacía al caer al suelo. Massa no la había tirado, sus dedos se habían olvidado de sujetarla y, fruto maduro, se desprendió de aquel gajo suspendido. Él se acercó con pasos que no llegaban a ser pasos, como si, súbitamente envejecido, arrastrara los pies y sus botas dibujaran en el piso trazos continuos. Quedaron muy cerca uno de otro, Narcisa era casi tan alta como él. Su

aliento tenía el calor del viento que sale del monte durante las quemas.

- ¿Te gustan los frijoles negros? -preguntó ella.
- Frijoles negros... -no se acordaba.
- Los frijoles que serán plantados aquí.
- Plantar...

Se había olvidado de todo, las palabras estaban tan vacías como la bota, no contenían nada, hacían un ruido hueco cuando eran pronunciadas, las palabras se habían gastado, descubrió en ese momento; siempre hay un momento en el que el sentido se les escapa a las palabras, y las vuelve pura cáscara.

Cáscara de cigarra -dijo.

- ¿Qué?
- Cáscaras de cigarra. Las palabras. ¿Entiendes?
- No.
- No importa.
- ¿Qué cosa no importa?
- Las cosas. Este tronco. Esta tierra. Tu cuerpo.

- ¿Éste?...preguntó, levantándose el vestido, mostrando el vientre, las piernas y los senos blancos.
- Sí -dijo él sacándose la camisa y mostrando el cuerpo de dos tonalidades.

Volvió al campo de maíz con las manos y la ropa sucias de carbón. Había dejado la bota debajo de un árbol; pronto Aniceto Artusi, de veintidós años y casado con Gentile, de veintitrés, fue a beber.

- Está vacía -dijo, mirando a Massa.
- Vacía -dijo él, con los ojos todavía perdidos.
- ¿No habías ido a buscar agua?
- Agua -dijo él, y se rió.

Ahora iba al trabajo más tarde, se demoraba con Narcisa, principalmente después de la conversación con los tíos para contarles que estaban de novios. Había tenido miedo hasta ese momento, Narcisa tenía dieciséis años, se encontraban a escondidas, era su obligación hablar con la familia de ella; venía a decir que se quería casar, tal vez al principio del año siguiente, estaba ahí para pedir permiso. El tío siguió armando el cigarro, la tía zurcía un pantalón viejo del marido, no se alteraron, mientras Massa esperaba la respuesta, el silencio después de que hablara, solo ellos tres en la casita, la larga espera. Tal vez tendría que decir que se

casarían enseguida, dentro de un mes; tal vez ese fuera el motivo de la contrariedad.

Después de ajustar el tabaco en la hoja con la navaja tantas veces que parecía provocación, enrollando lentamente la hoja hasta dejar apenas una punta, el tío, que se llevaba el cigarro casi listo a la boca, detuvo el gesto y, con voz pausada dijo: si Narcisa quiere, es suficiente. No eran católicos, ella no precisaba la bendición de los tíos. Terminó de hablar, pasó la lengua por el resto de la hoja todavía no enrollada y lamió con una saliva espesa, dando por concluida la tarea. Después golpeó con el encendedor en la pierna, se puso el cigarro en la boca y, sin sacárselo, con los labios medio cerrados, dijo que la muchacha era libre. Encendió el cigarro y soltó la primera bocanada, Antonio Massa se dio cuenta de que la charla había terminado. Salió de la casa mientras oía el silencio a sus espaldas. Era un silencio avergonzado, se dio cuenta, el silencio de quien ya sabía todo lo que pasaba entre ellos en los montes de la Colonia. Pero pronto estarían casados y los tíos no tendrían más de qué avergonzarse.

Compungido, cuando se encontró con Narcisa, al principio de la noche, antes de la cena, solo le dio un beso. Ahora eran novios.

Colonia Cecilia. 17 de octubre de 1891

Querido Sestilio

Ha sido muy difícil esta fase de la Cecilia, pues enfrentamos no al gobierno brasileiro, que siempre nos ayuda, sino a los ex-compañeros, que están principalmente en Curitiba, que no se cansan de hablar mal de nuestra Colonia, por las frustraciones que tuvieron aquí, pues no vinieron para llevar una vida socialista, sino por los motivos más diversos, algunos huyendo del hambre, otros por instinto de aventura y otros por falta de qué hacer. Desde que dejaron nuestra comunidad, viven con un único objetivo: desacreditar a los anarquistas frente a la sociedad local.

Ahora difaman al siempre correcto Dr. Grillo; lo culpan por las deserciones de la Colonia. Como sabes él ocupa, desde enero de este año, el cargo de médico de los núcleos de Santa Bárbara y Cantagalo, y los disconformes afirman a las autoridades que él no ha ayudado a los inmigrantes italianos, que los dejó pasar hambre, hasta provocar la retirada de los agricultores. La llegada desordenada y la poca convicción anarquista alejan a estos elementos, que no

tenían ni la índole ni la perseverancia necesaria para enfrentar las dificultades, que no son aún mayores porque el Dr. Grillo siempre nos socorre con dinero propio, con subsidios y con puestos de trabajo en tareas públicas.

Si continúan las quejas, creo que los anarquistas quedarán mal vistos en el Brasil, lo que dificultaría nuestra presencia aquí. El propio Dr. Grillo ya está enojado con los anarquistas, que, al contrario de los otros colonos solo crean problemas, sin dar resultados concretos. Todavía no se enojó conmigo y apoya mis decisiones, pero no soporta más a esos calumniadores que lo llaman, incluso públicamente, traidor, por no haberlos ayudado, al menos no con la ayuda que ellos querían, y por el hecho de que el médico recibe un salario elevado. El Dr. Grillo no tiene que pasar necesidad solo porque nuestros compañeros no ganan lo suficiente con el poco trabajo que hacen, y Grillo es un hombre respetado en la política paranaense, nada más justo que gane bien.

De aquí en más, tendremos en nuestra contra a los antiguos aliados, lo que me pone muy triste, pues vinieron con nuestra ayuda, durmieron bajo nuestro techo, comieron de nuestros platos, robaron el capital colectivo y hoy hacen de todo para que tengamos mala fama.

No fue el hambre lo que los expulsó de la Colonia, aunque realmente lo hubo, sino que ganaran esos pobrecitos que se

juzgan anarquistas solo por gritar contra todos los que ocupan cargos.

Más que nunca, necesitamos seguidores que sean hombres de bien, para que la Colonia no sea blanco de críticas.

Mi vida personal todavía es solitaria, pues las mujeres, aquí solo las tienen los casados. Pobres de nosotros, los solteros.

Abrazo fraterno de

Giovanni Rossi

- Eres un patrón como cualquier otro -gritó Massa levantando la pala contra Giuseppe Soldi.

- ¿Vas a pelear por celos? -replicó el otro, defendiéndose también con la pala, cuyo cabo recibió el golpe que, si no fuese por la barrera, le hubiera pegado en la cara.

Los amigos corrieron para detenerlos; Massa, con los ojos rojos, temblaba, sin decir nada.

- Ese loco cree que solo yo salí con la puta de Parma.

Se lo llevaron de ahí. Apenas habían empezado el trabajo y vino la embestida furiosa de Massa que, al ver a Giuseppe llegar atrasado, con cara de satisfacción, le lanzó la pala al enemigo.

- ¿Por qué no pelea con ustedes, que también se encuentran con Narcisa? ¿Solo porque son solteros? Los casados también tienen derecho. ¿No somos anarquistas, no queremos destruir la familia?

En las últimas semanas, algunos hombres se habían acostado con Narcisa por los montes de la Colonia; oían su aullido de

hembra salvaje asustar a los pajaritos, a los venados camperos y otros animales silvestres. Ella tenía hambre, un hambre que ellos podían saciar con sus cuerpos acostumbrados solo al trabajo, listos para verter el agua largamente acumulada, que chorreaba sobre aquella tierra colectiva como el campo en el que trabajaban. Ella salía por los montes, siempre sola, sin combinar nada con nadie, proponía un juego, y los hombres, que no tenían diversión, ni siquiera una cancha de bochas, que no sabían lo que era no hacer nada, ante la posibilidad de encontrarse por casualidad con otro cuerpo, fueron inmediatamente seducidos por lo imprevisto de esa búsqueda, tal vez aun más que por el cuerpo de Narcisa.

Fue un andar sin rumbo por los montes. Por la mañana, siempre había alguien que tomaba la espingarda y la munición, y salía para volver recién a la hora del almuerzo, con algún animal, generalmente cuises y pájaros, que colgaba ensangrentado de la mano del cazador. Cuando veían que la espingarda no estaba colgada en la pared de la cocina, donde descansaba a disposición de todos, sabían que alguien ya corría el monte cerrado, abriendo picadas a machete, siempre en compañía del pequeño Chignento, que muchas veces se escuchaba en un matorral del monte y que volvía alegre con el explorador del día, oliendo en el piso las gotas de sangre que caían, cuando había animal muerto, o

simplemente corriendo atrás de pequeños insectos cuando el cazador se enfrentaba con lo que buscaba.

Vagando sin rumbo, Narcisa aprendió a alejarse cada vez más de la villa; la búsqueda se dificultaba, y los hombres no pocas veces retornaban con cazas pero sin saciar el deseo que los atormentaba. Así terminaban la excitación de meses de trabajo, el temor por el destino de las cosechas, cultivadas de forma precaria, y la larga espera de compañía. Espera. Habían esperado tanto y ahora habían sido vencidos por aquel juego; la hembra recorría los montes, siempre lista en los fondos de la huerta o en la piedra de la cascada, pero nunca disponible en el lugar justo; nadie era recibido en su cama. Amor y juego. No estaban acostumbrados ni a lo uno ni a lo otro, por eso vagaban sonámbulos por los montes, perdidos entre los árboles, con los ojos puestos en la hembra de cuerpo blanco y vestido largo, que sería arrancado en un único movimiento, como se desenvaina una espada para el ataque, haciendo saltar la lámina y reflejar la luz. Estaban poseídos por el juego.

Llevaban en el morral comida que guardaban de las meriendas, algún dinero, algún que otro regalito, comprado a escondidas a los mercaderes o en la ciudad, cuando iban a vender o a buscar algún producto. Narcisa se entregaba a cambio de pequeños favores: si era alimento, se sentaban en el suelo después de la cabalgata salvaje, y comían el salame,

cortado con la navaja -ella se entregaba sí, por un salame, pero también por una cajita de polvo facial, por un dulce, por cualquier pequeña nadería. No pensaba en acumular dinero, pero era parte de las reglas, ella se daba entera, no economizaba aullidos, movimientos, pero tenía que recibir algo por eso, unos botones forrados para su vestido, un pedazo de tela para una blusa, que ella cosería por la noche, en casa, bajo la mirada de los tíos -una mirada, como Massa había notado-, avergonzada. Conocían a la sobrina, su vocación para el sexo, era una mujer independiente, con el amor grabado en los ojos, en las manos, moldeando las partes del cuerpo que forzaban la tela y saltaban del escote.

-Una puta, eso es lo que es -dijo María Soldi.

El mando había entrado en el juego, ella sospechaba, pero ahora, con la pelea entre Giuseppe y Massa, la pala que casi le rompe el mentón -ojalá hubiera acertado!- no tenía dudas. No comería más en el comedor, en presencia de aquella vagabunda.

- Una mujer sin padre ni marido termina siempre en esa vida -dijo María.

- No respeta ni a los hombres casados -dijo Restilla.

- Bella, siempre sin trabajar, ofrecía pan a todos.

- Sabemos ahora qué tipo de pan.

- ¿Es que nadie va a hacer nada? -preguntó Restilla.
- Yo sé muy bien qué hacer -dijo María.

A la hora del almuerzo, sin sospechar de la pelea, pues no había percibido que Massa había descubierto todo, Narcisa entró a la cocina. Estaba con un vestido nuevo, y eso puso a María más furiosa, sus vestidos eran viejos, sintió envidia del vestido, pero la envidia mayor era del cuerpo de Narcisa, cuerpo de cobra, pensó, fino y largo, en contraste con el de ella, más parecido al formato de barril. Era una ofensa más este cuerpo alargado y lleno de movimientos, ofensa que ella no iba a aceptar callada.

María tenía los brazos colorados del trabajo en la cocina, los ojos rojos por el humo y el rostro colorado, de rabia. Revolvía la olla de polenta; la polenta burbujeante salpicaba sus brazos y la quemaba más todavía. El ruido de las burbujas del aire en la olla, que producían pequeños cráteres en la masa, traducía la rabia de la mujer de Giuseppe. El marido no había aparecido a la hora del almuerzo, se había escondido en algún lugar, los otros solteros estaban callados, conocían también el cuerpo de cobra; esperaban la explosión, las burbujas de polenta reventaban de forma más violenta, María revolvía la olla con la cuchara de madera, para que la polenta no se pegara, Narcisa repartía el pan con su andar de cobra, nadie había dicho nada, pero a ella le extrañó el silencio, nunca era así,

¿dónde estaba la fiesta de los solteros? ¿Dónde la conversación animada de todos, la algarabía de las mujeres? Algo había pasado, ella era la única que no lo sabía. Entonces notó la ausencia de Giuseppe. Había salido a la mañana con la espingarda, dando tiros al aire, hasta encontrarla en la orilla del río, sus pies descalzos, blancos, era la primera vez que Giuseppe la veía así. Necesitaba una mujer, pensó, María ya no era mujer para él, tenía olor a cebolla y ajo, el precisaba una mujer, pensó una vez más, para eso había venido, sacó del bolsillo un par de aros que habían sido de su abuela, y que él guardaba para la hija, sin dejar que su mujer los usara, y dijo:

-Para ti.

Era el mejor regalo que Narcisa había recibido. No agradeció, simplemente se sacó la ropa, y se puso los aros, mientras Giuseppe se aproximaba con las manos callosas, buscando la piel blanca y suave. Narcisa se preguntó dónde habría comprado esos aros, eran aros antiguos, se los habría robado a alguien, seguramente los había robado, no podían ser de su mujer, pero pronto dejó de pensar en eso, tenía algo que hacer bajo el cuerpo de aquel hombre, un hombre viejo, pensó, que le daba unos aros viejos; podría haberle traído un pañuelo comprado a un mercader, o un litro de vino, que beberían ahí mismo, pero eligió una joya, ahí se dio cuenta, una joya de familia, antigua y bella, seguramente

la había robado, pero no tuvo tiempo de pensar en nada más, él ya estaba satisfecho, acostado sobre su cuerpo, olía su cuello, el rostro contra el aro, sin ver nada.

El sudor de Narcisa era bueno, pensaba Giuseppe, él quería aquel olor todas las noches. Un hombre debía tener siempre una mujer joven, mientras la mujer tuviera ese olor un hombre no desistiría, siempre haría lo que tiene que hacer, y había sido tan rápido, ahora levantarse, vestirse, ponerse los pantalones, trabajar todo el día, dejar a Narcisa allí. Él no pensaba en los aros o la familia, solo miraba el cuerpo, aturdido por el olor dulce de sudor y el olor a sudor era perfume. Narcisa seguía desnuda, acostada sobre el vestido. El cuello de ella había quedado colorado, él lo había raspado con su barba. Miró el cuello largo, el cabello largo. Vio el cuello, no vio el aro, no se acordaría más del aro, era como si siempre hubiera sido de Narcisa, nunca había pertenecido a su abuela.

María vio el aro cuando Narcisa se inclinó sobre el plato de Cini. Y gritó: ¡perdida!, volcando, con una fuerza repentina, la olla de polenta, que voló de la cocina a la mesa, e hizo saltar a todos asustados para no quemarse; algunos cayeron de espaldas al suelo. Narcisa se quedó quieta, la polenta se esparció por todos lados, en las paredes, y Narcisa parada, sin cara de susto, ahí de pie, reinaba entre los hombres. mujeres y niños, sin una manchita, bella y altiva como una

diosa, pensó Rossi, una diosa en un jardín decadente, mármol blanco que los años no corrompen y la humedad no deteriora. Ella se sentó y comenzó a comer el pan negro, mojándolo en el aceite.

Ese mismo día, Antonio Massa juntó sus cosas, y sin mirar a los costados, sin despedirse de nadie y sin nada suyo, indiferente a los ladridos de Chignento, tomó la ruta; buscaría otro lugar, no podía soportar más la Colonia, los compañeros de todos estos meses habían sido unos canallas. Al salir de la villa, escupió en el suelo. Tierra maldita –dijo-, y se fue sin llevarse dinero, encontraría trabajo en Ponta Grossa, era trabajador, dominaba varios oficios, sería útil en aquella ciudad. No quería acordarse más de la época que terminaba allí, con su partida. Todo era pasado, Narcisa no había existido nunca, había sido una ilusión, una mujer blanca en medio de aquel campo quemado tantas veces; un fantasma, se había liberado, que ella se quedara con los machos, yegua en el pasto de potros encerrados. Él era libre, sintió la alegría de estar en la ruta, quería vivir solo ahora, un día volvería a ser anarquista, pero ahora era apenas un hombre que precisaba amor, trabajo, hospedaje. Tenía la ruta. Quien tiene una ruta tiene algo. Pensaba en los jóvenes, ¿cuándo descubrirían el sentido de aquella ruta? Unos antes, otros más tarde. Existía no solo para traer colonos, sino también para permitir que se fueran. Antonio Massa había trabajado en aquella ruta, el dinero había ido a

la caja social, ahora servía para su partida y eso era el mejor pago. No soportaba más andar por los montes, quería una ciudad llena de calles. Y pisó firme el suelo que había ayudado a aplanar.

El paso era leve, suave, casi un arrastrar de chinelas en el piso de madera ganado por la tierra. pues no había tiempo que perder con la limpieza, esa manía burguesa, todos allí eran hombres, no querían casa organizada, no habían cruzado el océano para jugar a ser propietarios, la tierra era la misma que trabajaban todos los días, las botas venían siempre sucias, las limpiaban en la hoja de la pala, clavada de punta en el suelo al lado de la puerta; en días de lluvia había que sacar el barro, pero entraban con las botas todavía sucias y dejaban una capa de tierra sobre las tablas de madera. Ahora el ruido de los pasos, los amigos dormían en el cuarto de al lado, Rossi todavía leía, la lámpara encendida en la cabecera de la cama, él acostado, solo con pantalones, el torso desnudo, la barba confundida con el pelo del pecho; levantó la vista y encontró, al abrir la cortina de la puerta, el rostro blanco de Narcisa, que la lámpara teñía con una luz trémula. Era linda. Una diosa de mármol, pensó nuevamente.

Después del incidente en la cocina y de la deserción de Massa, todos los hombres pasaron a evitar a Narcisa, avergonzados del sufrimiento causado al amigo, los casados

con miedo de las mujeres, que ahora les controlaban las salidas. María Soldi y su marido se habían ido, se habían llevado a la hija y Narcisa se quedó sola, sin sus regalos, era un cuerpo prohibido, después de haber sido tan frecuentado, todos allí estaban contra la prostitución, recordó Rossi aquella noche, después de que el silencio murió y una de las mujeres comenzó a limpiar la suciedad que había hecho María, que había salido llorando, no por rabia del marido, sino por no haber ensuciado a Narcisa, como si su juventud no pudiera ser manchada, y María se sintió aún más vieja, impotente frente a su rival; entonces se había puesto a llorar, no por el inútil del marido, sino por no poder ser como la otra, por no haber sido nunca como la otra, y reconoció que era linda, que era lógico que le gustara a los hombres. Nada podía alcanzarla, ni siquiera la olla de polenta que había ensuciado todo, ella era invulnerable, eso era lo que la amargaba, pues ella misma había recibido, al lanzar la olla, grandes cantidades de polenta en el brazo, que quemaron su piel y la dejaron colorada, ¿por qué, Dios mío, ella era intocable? Pero María misma se respondía -juventud, ella tiene juventud-, este mundo es de los jóvenes, no hay lugar para una mujer con casi sesenta años y un marido desinteresado. Fue directo a la casita, de donde recién salió días después, con la pequeña mudanza, el marido y la hija en un carro, ella sacudía los pechos flácidos en una ruta con pozos, lo que la ponía todavía más triste.

Con su salida del comedor, las cosas quedaron menos tensas. Narcisa todavía comía su pan, sin ensuciarse los labios con aceite, Rossi hizo un largo discurso moralista, sin citar nombres: cada uno era dueño de su cuerpo, podía usarlo como quisiera, pero nunca venderlo. El comercio era algo envilecedor, estaban ahí en vida comunitaria, defendían el amor libre, pero sin interés económico, pues si hay deseo de ventajas, todo se pierde. La armonía entre el individuo y la sociedad solo podrá ser natural y espontánea cuando todas las mujeres sean consideradas posibles amantes, y todos los niños, hijos colectivos. Lo único que no aceptamos es la prostitución, repitió; la prostitución es una enfermedad del modelo familiar tradicional.

Narcisa se levantó con calma, como si todo aquel discurso no fuera para ella, y realmente no era solamente para ella, tomó la cafetera que estaba en la hornalla, puso un poco en su taza y lo bebió de pie, mientras todos volvían a su comida, entonces miró a Rossi y vio como él la miraba, no era como un padre que hubiera cambiado a Cristo por el socialismo, era la mirada de un hombre desesperado. Tomó el último sorbo de café y fue a ayudar a limpiar el desastre y, después, a distribuir el pan. A Rossi le dio un pedazo mayor.

Ahora estaba allí, desde aquella noche no había tenido encuentros, era la puta de la Colonia, no le importaba la acusación, que hablaran de ella, no recibía los regalos por

hacer el amor con los hombres, ellos le daban regalos antes, porque era una forma de halagarla, y, más que sexo ellos querían ver su cuerpo, ellos amaban verla, todos querían el placer de contemplar su cuerpo, era como la tierra virgen, después de la quema, lista para el cultivo, aquellos hombres amaban su juventud; no le importaban los chismes, lo único que no quería era quedarse sin hombres, sin ver su alegría al contemplarla, necesitaba de los hombres, de los jóvenes y de los viejos; era hembra, su belleza quería ser adorada, no le daba vergüenza eso, no comerciaba con su cuerpo, ¿qué culpa tenía si todos le daban regalos? Un cuerpo como el de ella merecía regalos, aunque fueran baratijas.

Aquella noche, después de ayudar a limpiar la polenta, supo por Escolina que los aros habían sido de la abuela de Giuseppe y que María los había usado al principio del casamiento, ella siempre hablaba de eso, hasta se los había mostrado a Escolina, pero el marido le había dicho que las joyas serían de su hija y le había prohibido tocarlas. Escolina le contó todo eso cuando fueron juntas al pozo a buscar agua para lavar los platos; entonces no los había robado, había cometido un acto más loco todavía, gastó la herencia de la hija, y Narcisa se puso contenta. Para mostrar que no le daba valor a los regalos, a la vuelta del pozo, delante de las mujeres y de los pocos hombres que todavía estaban en el comedor, se sacó los aros lentamente, con movimientos sensuales, apartó el cabello de las orejas e inclinó un poco la

cabeza, y después los colocó sobre las tablas húmedas de la mesa, y salió con su movimiento de cobra, moviendo todo el cuerpo. Rossi tomó los aros para devolvérselos al dueño, pero los guardó y se olvidó.

Ahora, al ver a la joven en su cuarto, recordó los aros, abrió una lata en la que ponía papeles y otras cosas y los sacó, extendiéndolos hacia Narcisa.

- Pónmelos -ordenó ella bajando la cabeza hasta la altura del pecho de Rossi.

Él obedeció, delicadamente.

Un casamiento pobre, con poca comida y ninguna animación, pues eran tiempos difíciles, varios colonos llegados a fines de 1891 ya se habían ido, lo que disminuía la caja social, mantenida gracias a subsidios y al trabajo externo. Los novios fueron al registro en un carro, unos pocos amigos como testigos, y se casaron con sus ropas viejas, la madre de la novia, Jacobina Barone, triste porque quería que se casaran en la iglesia, pero Vicente Benedetti, el padre, fue duro: eran anarquistas, que nunca se olvidara de eso. Evangelista esperaba en el registro, Cattina, por haber partido, no participó del casamiento de la hermana Aldina, que vivía con los padres en Palmeira. Ella estaba alegre. Casarse a los veintiocho años, cuando ya no tenía esperanza de encontrar marido, pero Egizio Cini, uno de los

jóvenes que no se había encontrado con Narcisa, estaba enamorado y desilusionado de la Colonia.

- Vamos a probar suerte en Curitiba -dijo.

Por eso, la fiesta de casamiento fue también de despedida, aunque recién partieron algunas semanas después, sin ningún agasajo, avergonzados; encontraron varios conocidos en la capital, donde todos intentaban recomenzar la vida lejos de las actividades rurales, pero marcados por el anarquismo que, o bien asumían, enfrentándose, orgullosamente, a los patrones, o bien negaban -y siempre había alguien para acusarlos de desertores.

-Un día tendremos que olvidar el anarquismo -dijo Egizio, cuando los compañeros comenzaron a promover alborotos en la ciudad.

En la Colonia, antes de la partida, pero después de ese primer casamiento, los jóvenes volvieron a frecuentar el cuerpo de Narcisa, ahora sin el juego de antes, ella salía con uno y con otro; provocaba celos entre los hombres, que la querían solo para sí, sin reconocer que eso era imposible; Narcisa amaba al hombre, sin hacer distinción. Los casados se irritaban por aquel desorden y por el poco trabajo, ellos eran los únicos que no se divertían, tenían familias para cuidar.

Colonia Cecilia, 10 de mayo de 1892

Querido Sestilio

Cada semana tenemos más bajas aquí, se van algunos jóvenes. No soportan las condiciones de trabajo, controladas por los padres de familia, que se sienten con derecho a hacer las cosas como quieren. Son agricultores con experiencia, nadie lo niega, pero fueron los jóvenes los que salvaron la Colonia, incluso sin saber hacer correctamente las tareas.

Por detrás de estas nuevas rivalidades existe otro motivo. Un motivo de polleras. Hace meses, una de las colonas solteras, mujer bonita y sensual -cosa rara en esta comunidad, en la que son más frecuentes los hombres toscos y las mujeres sin feminidad se ha entregado a cualquiera-. Los casados consiguen resistir a sus encantos, no todos los casados, pero la mayoría sí. En cambio los jóvenes, después de meses de abstinencia, cambiaron los trabajos en el campo por el cultivo de este otro terreno, y no puedo censurarlos, a pesar de estar contra esa prostitución disfrazada -yo mismo me sentí atraído por los encantos de la muchacha-, y eso me da

mejor comprensión de la debilidad de los machos, que andan perdidos por los campos, con ojos soñadores. Todo el entusiasmo inicial y aquel vigor finalmente fueron transferidos al sexo; ahora viven atormentados por esa mujer, que se divierte con nuestra necesidad, sin entender que, con su cuerpo, nos aleja de nuestro ideal. Ahora solo pensamos en estar con ella, y cuando no estamos a su lado es imposible trabajar de forma satisfactoria.

Las familias se quejan diariamente por nuestra poca productividad y esto se transformó en un gran lío, con gente que se va, otros que llegan para decepcionarse rápidamente a causa de nuestras discordias y nuestra poca capacidad de trabajo, de modo que en momentos como este, pienso que la Colonia no sobrevivirá por mucho tiempo. Y lo que la va a destruir no es el hambre, ni el gobierno ni la ganancia, sino la maldita falta de mujeres. Si hubiera compañía para todos, si pudiéramos poner en práctica el casamiento comunitario, habríamos vencido nuestro mayor problema.

Para no pensar tanto en la falta de una compañera (solo en los momentos de desesperación y, medio avergonzado, busco a esta muchacha que nos ofrece favores sexuales), me he dedicado a enseñarle a los niños y paso parte de la mañana en el comedor, enseñando las primeras letras, pero también explicándoles los principios del socialismo y del anarquismo, y esa ha sido mi mejor siembra, aunque los

frutos sean de maduración larga e imprecisa. Enseñarle a los niños me saca un poco de las disputas de la Colonia y me hace bien en un momento en el que todo pierde el sentido.

Sé que no debemos dejar que eso pase. La Colonia puede tener larga vida y gloriosa. Me gustaría, por eso, que no se olvidara de mandar todo tipo de semillas de frutas, pues todavía queremos ampliar el área de los frutales.

Reciba el afecto de su hermano

Giovanni Rossi

Las cestas de bambú trenzado dejan en las espaldas marcas en bajorrelieve pero los anarquistas suben la ladera con la primera gran cosecha de maíz, para verter los granos maduros en el carro parado al final del camino. El campo de quince hectáreas estaba en la parte más baja de la propiedad, y eso obligaba a un esfuerzo inmenso a la hora de retirar el producto, sin poder subir el carro cargado allá abajo, el trabajo se hacía lento. Antes de la cosecha, habían doblado los cabos del maíz con las mazorcas ya desgranadas para secarse, ahora recogían las mazorcas con chalas secas, mazorcas enormes que eran motivo de orgullo. Meses antes se había recogido el heno, aunque casi no quedaban animales, apenas cuatro bueyes, dos vacas y dos caballos; los desertores se habían llevado la mayor parte del ganado. Eso ahora no importaba, estaban en plena cosecha, venderían parte del maíz y otra parte quedaría reservada para la polenta.

Cuando el maíz todavía estaba verde, los vecinos se reunieron para hacer tamales, comida extraña para ellos, que a muchos no les gustó. El maíz se rallaba, después se pre- paraba un caldo con azúcar y con esa masa se

rellenaban los paquetitos hechos con las chalas, y finalmente se cocían en tachos enormes cubiertos con los centros del maíz rehogados.

-Prefiero la polenta dulce -dijo Tranquilo.

Pero los tamales se terminaron enseguida y cocinaron gran cantidad de maíz verde.

Los trabajadores estaban alegres, a pesar del peso de las cestas y de la incomodidad del bambú en los hombros o la espalda. Otro grupo de voluntarios hacía un pozo al lado del comedor, sacaban las piedras con el pico, las levantaban con un balde y, de a poco, aparecía el agua. Ese era un trabajo que provocaba mucha energía y amenizaba las discusiones; todos tenían algo para hacer durante aquel mes, la cosecha unía nuevamente a los anarquistas que, después del almuerzo, exhaustos, se iban a dormir sin tiempo para debates. Incluso durante el trabajo, debido al esfuerzo, hablaban poco, sin esconder la alegría discreta de quien vence a la naturaleza y consigue de ella su sustento.

Algún que otro muchacho se ausentaba algunas horas, y todos sabían que él también trabajaba; su cansancio era más placentero. Narcisa no ayudaba más en la cocina, ni cuidaba el jardín de la Colonia que, en este período de trabajos urgentes, quedó entregado a las malas hierbas. Las otras mujeres iban a la huerta, pero tres hectáreas era mucha

tierra y el monte crecía por todos lados. Eso, sin embargo, no tenía demasiada importancia, pues el carro venía lleno de mazorcas, que colocaban en las salas de algunas casas y en el galpón de las herramientas. Estaban ampliando ese galpón, pues querían transformarlo pronto en taller. Esta abundancia, que todavía no había llegado a la mesa, daba ánimo a los anarquistas, y Rossi dejó de dar clases para que todos pudieran ayudar en las tareas agrícolas.

El trabajo extenuante y continuo unía a los grupos, Rossi se dio cuenta de eso y pasó a estar más contento con el destino de la Cecilia, proyectaba abrir nuevas áreas de plantación, aumentar la cantidad de animales y de frutales. Había conseguido decenas de brotes de naranjo y pronto sería la época de sembrar centeno. La zafra de frijoles, que no era grande, estaba guardada y solo se usaría para el consumo.

Narcisa era la única que vivía solo de su cuerpo, percibían que le podía dar cosas más útiles que pedazos de salame o tejidos baratos y esperaba que la cosecha, sumada a los trabajos externos que hacían los anarquistas, trajera prosperidad, ahí sí podría llevar una vida cómoda. Aquellos hombres la necesitaban, se acostaba con ellos por pequeños mimos pero pronto aparecerían regalos mejores, y ella siempre miraba, soñadora, sin poder comprar todavía, las cosas más caras que traían los vendedores.

La primer carga de maíz inauguró el molino construido en el río, y la harina de maíz dio una polenta que todos comieron con el apetito aumentado por largos días de trabajo -era abundante-, sobró en la olla y se la dieron a las gallinas, como prueba de que comenzaba una nueva era. Los frijoles estaban almacenados, el maíz rendía más de lo esperado, la huerta, a pesar de los yuyos, daba verduras y legumbres, las gallinas crecían y engordaban.

Y todavía había quienes afirmaban que los anarquistas no iban a producir nada sin el control de un jefe. Era solo verlos de un lado para el otro, siempre ocupados, cantando de nuevo sus canciones, silbando, las manos lastimadas, las espaldas ardiendo, pero los ojos siempre con un brillo de satisfacción.

Por la tarde, Jean Geleac alimentaba a los cerdos. Bajaba a los chiqueros con calabazas maduras, alfalfa, un poco de maíz y pasaba algunos minutos ahí. Tenían catorce cerdos, los contaba todos los días, estaban bonitos, rollizos, era un placer verlos remover el barro, gruñir, sucios y alegres. Los anarquistas se parecían a aquellos cerdos, nuevamente engordaban y todavía andaban con ropas viejas, inmundas por el trabajo excesivo.

Los cerdos se multiplicarían rápido, miraba a las cerdas con sus caderas gordas y se ponía a imaginar cómo todo sería distinto si hubiera mujeres para todos. Y entonces se

excitaba, los puercos eran libres, bellos en su suciedad, tenían ganas de saltar el cerco y amar a las puercas; pero le daba vergüenza y transformaba ese entusiasmo en otro tipo de deseo.

Se acordaba de la carne de cerdo asada o frita, del chorizo, hacía mucho tiempo que no comían carne en abundancia. Se le hacía agua la boca al ver a los cerdos. Podía sentir el olor de un pernil crujendo en el horno, aunque allí reinase solo el ácido típico de los chiqueros; veía esos animales y los imaginaba en la mesa, dorados, con olor a carne buena, era un pequeño devaneo, por eso le gustaba ir a la tarde a cuidarlos. Después pasaba por el gallinero, veía las decenas de gallinas, los huevos en los nidos hechos en cestos, todo iba tan bien de nuevo, aunque todavía era pequeño el número de animales, no podían sacar huevos ni gallinas para las comidas. Sentía unas ganas enormes de comer carne y huevos, salivaba al pensar en recetas que nunca habían sido probadas en la Colonia, pero sabía que debían tener paciencia, tenían que continuar ahí para la multiplicación, lo que estaba en juego era la prosperidad de todos y no solo su deseo egoísta de saciar un hambre extraño, que se confundía con sexo. Los animales se podían multiplicar, ellos no, ellos tenían que esperar.

Ya de noche, al subir al comedor, Geleac soñaba con carne asada, podía incluso sentir su olor, masticaba en el vacío de

su boca pero, al sentarse para cenar, encontraba polenta o frijoles.

Colonia Cecilia, 9 de agosto de 1892

Mi querido Sestilio

Las cosechas fueron buenas, todos están contentos con los resultados de este año, esperan que de ahora en más, con reserva de alimentos, podamos llevar una vida más tranquila, con tiempo para el ocio, para la lectura y para las artes, pues queremos montar un grupo de teatro, que ayude principalmente en la formación de las mujeres casadas. todavía no convencidas de los principios anarquistas. Ellas son el mayor problema que enfrentamos, preservan sus casamientos monogámicos, no sé si por miedo de perder a sus maridos o solo por comodidad y mezquindad de sentimientos. No aceptan a otros hombres y no dejan que sus maridos busquen otras mujeres, y educan a las hijas para el mismo tipo de vida que llevan. Por el momento, no podemos recibir familias de agricultores, incluso si son personas de buena índole, el objetivo es controlar el aumento de la población. Somos poco más de sesenta personas, y cualquier llegada inesperada puede

comprometer el equilibrio que recién ahora conseguimos, con la disminución de los anarquistas y las cosechas. Nuestra situación financiera, por primera vez, es estable, y eso es motivo de orgullo para todos.

Te pido que localices, entre los interesados dos o tres zapateros con familia, de preferencia con hijas mujeres, y un herrero. Los necesitamos para crear una zapatería y para comenzar la fábrica de embalajes de madera, lo que representará una renta importante, pues tenemos en nuestros montes suficientes árboles para años de trabajo.

Vuelvo a entusiasarme con las posibilidades de la Cecilia, pero todavía nos hacen falta mujeres emancipadas de los prejuicios burgueses, que quieran disminuir el sufrimiento de los solteros, cada vez más apartados de la vida colectiva. carentes de afecto y diversión. Esas mujeres libres tendrán el poder de las casadas, crearán una nueva hermandad, en la que los celos y la posesión sean definitivamente eliminados, para permitir así la victoria del clan socialista contra el egoísmo familiar.

Espero que todos estén bien ahí. Con afecto

Giovanni Rossi

La recepción del Dr. Grillo no fue propiamente una recepción. Él se limitó a mostrarles el camino a la Cecilia, sin ofrecerle ninguna ayuda al nuevo grupo, pequeño, de tres familias y una pareja sin hijos, les dijo a los recién llegados que los anarquistas solo habían traído problemas, aunque Rossi fuera un hombre correcto. Debían confiar en él, era el corazón de la Colonia.

Caminaron dieciocho kilómetros hasta Santa Bárbara sin mucho entusiasmo, levantaban los pies con pereza, daban los pasos lo más lentamente posible. Tanto sufrimiento para una cosa que, desde que se encontraron con los anarquistas de Curitiba, era frustrante. Estaban preparados para la poca alimentación y el trabajo duro, la Colonia no prosperaba por la falta de trabajo organizado, cada uno hacía lo que quería, y no lo que era necesario, cualquier actividad requiere sentido común, y el sentido común es algo que no todo el mundo tiene, ¿cómo puede funcionar una Colonia guiada por las peores cabezas? Habían pensado quedarse en Curitiba; la ciudad era pequeña, con industria naciente, necesitaba trabajadores y había trabajo para zapateros y herreros, pero el compañero Aníbal, sin profesión alguna,

que venía solo con la mujer, defendió a los anarquistas, no deberían dejar que las maledicencias interrumpieran el viaje, había un destino definido, irían hasta el final, pero, dudaba, pues los disidentes, siempre elocuentes en sus críticas, se habían quedado en el hospedaje de los inmigrantes hasta que venciera el plazo; ahora, vencido ese plazo, debían establecerse en la ciudad o buscar otro lugar. Adele Serventi dijo que estaba decidida, iría a Palmeira, incluso sin el compañero, y eso le dio ánimo a los demás; si una mujer, una mujer delgada, sin profesión, sin dinero, quería enfrentar ese final del viaje, ellos también podían intentarlo. Aníbal se hizo eco de las palabras de Adele, no se quedaría en Curitiba. Con menor convicción, los otros terminaron acordando. Al saber eso, Massa, que vivía desde hacía algunos meses en la capital, les recomendó que comieran bastante antes de partir, sería un largo período de hambre y de trabajo.

Hasta Palmeira, en la diligencia que cortaba los océanos de pasto, el grupo mantuvo la fuerza de su elección, hablaba de nuevos proyectos, pero el encuentro con el Dr. Grillo había enfriado completamente el poco entusiasmo que los conducía a aquellos montes, donde no encontrarían animales feroces, sino las dificultades de la convivencia humana; el propio anfitrión había alertado sobre las intrigas de los colonos de la Cecilia, quieren todo, esperan todo, tú haces, ellos desisten y divulgan mentiras al salir.

-Una banda de ingratos -se había descargado el médico-. Ingratos escandalosos. Saben hacer alboroto, pero no mucho más que eso.

Los nuevos anarquistas seguían con esa frase en la cabeza, habían venido para vivir un sueño de igualdad, para producir colectivamente; eran personas acostumbradas al trabajo, el zapatero Vittorio Torti repetía eso, solo quería hacer sus zapatos, tener una vida con alguna abundancia, sin tener que preocuparse por el alquiler de un departamento para la familia, no le importaba el hecho de no tener sueldo, siempre que tuviera comida, hogar e instrucción para los dos hijos, era trabajador, afirmaba para sí mismo Vittorio Torti, trabajador del rubro zapatero, no se sentía dispuesto a ganarse la vida en la cosecha, ni sabía bien cómo plantar una coliflor, siempre había vivido en la ciudad, sin jardín; solo había trabajado con cuero, era lo único que sabía hacer, tenía miedo de pasar hambre, por eso estaba triste y arrastraba los pies. Había hecho zapatos nuevos para el grupo, Adele tenía unas botas masculinas, pesadas y un poco grandes, pero nuevas, y eso era una forma de respeto al anarquismo, quería demostrar que pronto todos tendrían calzados iguales a ese, pero ellos arrastraban las suelas por la tierra y, cuando llegaran, nadie notaría, por el polvo que los cubría, que eran zapatos hechos para el viaje.

La única alegre de verdad, de una alegría contenida, pero profunda, era Adele Serventi; había conocido a Rossi en Italia, había hablado tiernamente con él, había visto la verdad en sus ojos; se puede ver la verdad en el brillo de los ojos de una persona, las personas que dicen todo como si fueran a llorar, pero sin tristeza, nunca mienten, están conmovidas con sus propias palabras, había sacado esa conclusión al ver al veterinario Giovanni Rossi difundir la Colonia, la necesidad de mujeres; también había percibido que no era solo ideológicamente que él defendía el amor libre, que la mujer no fuera esclava de los caprichos de su hombre o de su padre, había una necesidad personal, había descubierto eso en la manera emocionada en que hablaba el anarquista. Lo había buscado después de la conferencia y al conversar con él había confirmado su primera impresión: estaba frente a un hombre que vivía sus sueños y los vivía de forma verdadera, era el tipo de hombre que cambiaba el mundo, aunque después el mundo volviera a ser lo que siempre había sido, valle de lágrimas y de misterios, pero él tenía el poder de la convicción y de la obstinación. Desde aquel día, todo lo que deseaba era estar junto a hombres igual a él, que luchaban por algo tan difícil e improbable; ella esperaba encontrar más personas así, y ahora el Dr. Grillo venía a desilusionarla al decirles que los anarquistas eran mezquinos, como todos los hombres. Pero él también había resaltado la grandeza de Rossi, y ella pensaba que mantener

un ideal era para pocos, Rossi vivía el suyo, él no la había engañado, no había engañado a nadie, tal vez se engañase a sí mismo con toda esa historia, pero este tipo de engaño no tenía nada de traición, era la cualidad mayor de los soñadores.

Cansaba sus piernas en aquellos caminos que subían y bajaban colinas, y pensaba en los ojos de Rossi -¿cuándo vería lo que había más allá de su sueño?, ¿cuándo saldría de ese trance? Nunca; era de la raza de los puros, de los generosos, de los idealistas. Aquel brillo húmedo en los ojos era señal de que no pertenecía a la realidad, sino al sueño. Adele entraba en su sueño y se le llenaron los ojos de lágrimas.

- No llores, pronto llegamos -dijo Aníbal, sin tocar a la compañera.

- No estoy llorando -dijo ella, y la voz seca contrastaba con los ojos mojados.

En la Colonia, a la noche, nadie les prestó atención; se habían quedado en Curitiba más tiempo del necesario, el galpón para el taller estaba listo, habían comprado las herramientas para la zapatería y la fábrica de embalajes, ya podrían haber comenzado a trabajar, pero habían preferido creer en los desertores, que solo sabían gritar contra todo y todos. Nadie comentó nada sobre eso con los recién

llegados, la conversación fue rápida, pero ellos se sintieron despreciados.

Adele se entristeció, se igualó a los otros; perdía el único sentimiento que la movía, el recuerdo de los ojos de Rossi, ojos que ella encontró fríos y enojados, sin el menor brillo. Había cambiado, pensó ella, debían haberle ocurrido cosas muy tristes para que dejara morir aquella luz húmeda, visible bajo las lentes de sus anteojos. El sueño se deshacía, era eso, el sueño no había resistido aquella vida ruda; él miraba las casitas pobres, las ropas estropeadas, las personas sucias, los niños descalzos en el patio. Los zapateros tendrían mucho trabajo, sí, por lo menos serían útiles, y Adele se dio cuenta de que el ideólogo le había prestado más atención a los profesionales, que no conocía, que a ella, a quien había tratado con una indiferencia casi agresiva. Los zapateros mejorarían un poco la vida de aquella gente, pero ellos ¿cómo podrían ayudar? Aníbal no hacía nada, no era buen trabajador, no conocía la agricultura. En Italia había vivido más de la política que del trabajo, y aquí no había nadie para convencer; todos vivían ya sin patrones, ellos solo precisaban sobrevivir fuera de la vieja estructura social, crear otra, pero para eso tenían que aprender cosas prácticas; ella no se imaginaba a Aníbal trabajando, era un hombre de huelgas, discursos, luchas. Adele comprendió la situación la primera noche, cuando cenó con los compañeros recibió la mirada desconfiada de las mujeres, pero quería ser

útil y apenas llegó ayudó en la cocina, Amalia Minardi dijo -hoy no es preciso que ayudes, eres una visita-, a partir de mañana sí. Nunca fui visita en ningún lugar, respondió, y tomó la vasija de achicoria para preparar la ensalada, llevó comida a la mesa, ayudó en la distribución de los platos y de las cucharas, y solo se sentó después de haber preparado todo, para comer rápidamente los frijoles con chorizo y ensalada, y volver a trabajar en la limpieza de la cocina.

Todo ese interés no fue suficiente para llamar la atención de Rossi. En silencio, él miraba el plato. No existía nada fuera de aquel plato, y él comió todo con movimientos minuciosos, como si la vida dependiera de aquellas tareas insignificantes o como si estuviera frente a un pescado lleno de espinas peligrosas. Solo el plato de comida merecía su atención, y fue Adele la que retiró las sobras de la cena, entonces levantó los ojos y la vio, como si fuera la primera vez. Adele percibió los labios manchados de grasa. La lámpara echaba sombras sobre aquellos ojos.

Algunos días después, cuando ya había intimidad entre los jóvenes italianos y los viejos anarquistas, Adele Serventi pasaba con Rossi algunas noches de la semana, lo consolaba con su cuerpo, que es el mejor de todos los consuelos, porque es un consuelo sin palabras, ellos que no conversaban durante los encuentros, todavía asustados por lo que el líder anarquista insistía en llamar experimento

social, aunque gimiera como un niño enfermo sobre el cuerpo minúsculo de Adele. Ella finalmente había encontrado qué hacer allí además de preparar comida y realizar otras tareas domésticas. Se completaba, a millares de kilómetros, aquello que había iniciado con una conferencia sobre el amor libre, cuando Rossi había hablado de forma tan convincente sobre mujeres emancipadas, ella era la primera, pues Narcisa en realidad comerciaba con el cuerpo, cada uno pagaba lo que podía, lo que le desagradaba a Rossi.

- Esa mujer está sembrando la discordia.
- En realidad, son los hombres los que siembran la discordia en ella -dijo Adele.
- Tal vez. Pero ella se aprovecha de nuestras debilidades.
- ¿Nuestras?

Él entonces le contó que, aunque lo desaprobara, había buscado alivio en ese cuerpo, había hecho eso con odio de sí mismo, era un hombre como cualquier otro, no un profeta del Viejo Testamento, tenía un poco más de control, pero sufría las mismas urgencias.

- ¿Yo también te sirvo para descargar tu excitación?

- Sabes que es distinto. Hay más que deseo entre nosotros.
- ¿Qué hay entre nosotros?
- Afecto, ideas comunes.
- ¿Solo eso?
- Entrega mutua, compañerismo.

Su sueño ciego continuaba, él solo veía la Colonia, que tenía necesidades más intensas y más nobles que las tuyas, y eso frustró a Adele, que no quería ser vista como parte de un experimento. Los anteojos, ella le echó la culpa a los anteojos de Rossi, tenían lentes que deformaban todo a su alrededor, teñían de principios lo que era solo sentimiento.

No quería parecer un romántico, pensó Rossi cuando le preguntaron sobre sus sentimientos, estaba allí como socialista, era un socialista que se encontraba con Adele, en ese casamiento sin interés egoísta, determinado por una necesidad ideológica; había renunciado a la vida personal, llegaba a los cuarenta años y solo se había unido a alguien porque había una función científica, tenían que probar la viabilidad del amor libre, la satisfacción individual carecía de sentido. Había que erradicarla, como si fuera hierba dañina en medio de las plantas buenas, si creciera tomaría todo el

terreno, sofocaría a las plantas delicadas que ellos querían cultivar.

A la noche, cuando se encontraron en la cama de Rossi, él ardía de deseo; ella le sacó los anteojos, que le permitían ver lo que acontecía en los extremos de su campo de visión, confundiendo lo que estaba cerca.

- ¿Por qué?
- ¿Qué cosa?
- Sacarme los anteojos.
- Quiero que estés completamente desnudo.

Él rió, era una mujer cariñosa, había tenido suerte, estaba ahí con ese cuerpo de rana, pequeño, fino, adherente, que se ensamblaba tan bien con el suyo, una mujer comprensiva, que no usaba su cuerpo como arma sino como manto, para proteger, para dar calor.

- ¿Me amas? -le preguntó ella.

En tan poco tiempo, ¿sería posible amar a alguien? Y si no había otras mujeres disponibles y él no buscaba una novia, ¿cómo podría saber si la amaba? Sí, él la amaba como amaba a cualquier ser humano. La amaba un poco más porque era inteligente y cariñosa.

Pero no pasaba de eso. ¿Qué decir?

- Yo te quiero bien, Adele.
- ¿Y qué es eso de querer bien?
- Una forma fisiológica de afecto.
- ¿En mí encuentras solo satisfacción?
- Más que eso. Querer bien está entre veinte y ochenta grados centígrados del amor.
- ¿Y qué marca exactamente el termómetro ahora?
- dijo ella, dejándose penetrar.
- Tal vez sesenta, setenta grados.
- Con Narcisa, ¿qué fue?
- Apenas capricho, simpatía del momento, estaba abajo de los veinte grados.
- Y arriba de los ochenta, ¿qué es?
- La locura sublime.
- ¿No sabes lo que es eso?
- No -le dijo él con voz conmovida.

Entonces dejaron de conversar y se entregaron violentamente al amor, en esa mezcla de cuerpos en la que, a cierta altura, no se sabe bien quién es el hombre, quién la mujer, en un tumulto de voces y gemidos en súbita

desaparición de la realidad física; todo gira, y el centro del mundo surge allí donde está la unión de los sexos.

Ya calmos, Adele le preguntó lo que había sentido. Rossi se calló y volvió a explicar que debía ser un afecto sin romanticismo la modalidad amorosa del nuevo hombre, de la nueva sociedad, que comenzaba allí con ellos.

- Querer bien es una mezcla de voluptuosidad, sentimiento e inteligencia.
- ¿Entonces tú realmente solo me quieres bien?
- Con eso basta para la felicidad emocional de una persona.
- ¿No pasar nunca de los ochenta grados?
- Nunca.

Se hizo el silencio que antecede al sueño. Allá afuera, el sonido crispado de las palmeras anunciaba lluvia, y aquel viento que entraba por las rendijas de la casa de madera, enfriaba el cuarto. Adele extendió el cobertor sobre los cuerpos desnudos.

Niños y adultos, al poco tiempo, estaban bien calzados; los zapateros trabajaban rápido, atendían primero a los pedidos de los anarquistas, recibían después encargos de las colonias vecinas. La caja social crecía. Finalmente la Colonia dejaba

de ser solamente agrícola, era el comienzo de la actividad industrial, la fábrica de barriles también estaba en marcha y, semanalmente, un carro llevaba a Palmeira los embalajes fabricados en la Colonia.

En uno de los viajes de vuelta del carro, llegó el español Puig Mayol, viejo conocido de los anarquistas italianos, que habían convivido con él en Europa y sabían de su propensión al robo. Él juzgaba su conducta una protesta contra los patrones y por eso alardeaba de ser anarquista y venía a juntarse a los revolucionarios.

Cabellos crespos y largos, un bigote retorcido con esmero, buena ropa, el chaleco cruzado por la cadena de oro de un reloj, era un hombre de estatura señorial, manos habilidosas para armar cigarros y para la cortesía, visiblemente impropias para el trabajo. Si su vestimenta y apariencia contrastaban con la de los anarquistas, los zapatos nuevos destacaban aun más la pobreza de la ropa y los rostros quemados por el sol; su voz tranquila, casi susurrada, creaba en todos la conciencia de que la Colonia era demasiado bulliciosa. Quien pasó a dominar las reuniones fue el español; se formaban pequeños grupos para escucharlo narrar sus andanzas por Argentina, de donde venía, vagando en un itinerario incierto, con el objetivo de conocer ciudades brasileñas propicias para las ideas revolucionarias.

La fama de ladrón, atenuada por el sentido social que él le endosaba, no le creó problemas a Puig Mayal, que pronto fue aceptado en el grupo; no podían discriminarlo, pensaba Rossi, y llegó a decírselo a Adele, quien insinuó que aquella presencia representaba un peligro.

-Su adhesión a nuestro grupo va a mostrar cómo las distorsiones del medio burgués se anulan bajo el anarquismo.

Una de las distorsiones abolidas por Puig fue el trabajo; charlaba todo el día, más con las mujeres que con los hombres, después de levantarse tarde y hacer una caminata deportiva por los alrededores, para reconocer las posibilidades de ampliación de nuestras actividades, dijo en una de las reuniones a los compañeros, con estilo teatral y convincente. Guardaba una pose aristocrática, nunca se ensuciaba, tenía la ropa siempre planchada, los zapatos, por más que anduviera por las polvorientas rutas de Santa Bárbara, estaban invariablemente limpios y lustrosos. Amalia Minardi dijo que era cosa del demonio que no se arrugara ni ensuciara, Adele Artusi rió, -es cosa de vago, vagabundo, solo eso.

Inspeccionaba los servicios de la Colonia, con sugerencias para garantizar la productividad de las vides, proponía hacer fosas más hondas para plantar los naranjos, el sol de los trópicos reseca la tierra, sin saber que estaban sobre terreno

húmedo. Los trabajadores, sin embargo, frente a esa autoridad desinteresada, comenzaron a cavar más profundo.

Para Rossi, Puig era apenas una víctima de su formación, pronto estaría integrado a la vida anarquista, sentiría la necesidad de producir en un medio en el que no había forma de explotar el trabajo ajeno, cada uno cumplía un papel en aquella comunidad que representaba la media de la población europea.

- Hasta un ladrón seductor tenemos -dijo Adele Serventi, cuando oyó esa explicación.

Estaban solos en la cama, acababan de hacer el amor, y Rossi quiso saber si le interesaba Puig.

- ¿En qué sentido?
- Sentimentalmente.
- No, tal vez solo un poco de voluptuosidad.
- ¿Qué te impide aceptarlo como amante?
- Su falta de carácter.
- ¿No te gusta?
- Me gustan demasiado los buenos anarquistas como para que me guste él.
- ¿Crees que nos va a traicionar?

- Se va a aprovechar, estoy segura.
- La desconfianza también es una enfermedad burguesa.

Adele se rió, pensando que la ingenuidad era la enfermedad inversa y más común en los idealistas, pero no dijo nada, y volvió a su casa para encontrarse con Arubal, que ahora bebía más que de costumbre y salía a caminar por la Colonia en compañía de Puig -uno, cuerpo y ojos lastimados; el otro, la altivez de un lord. Arubal no había encontrado su función en la Colonia, ayudaba en pequeños trabajos en el taller, nunca iba al campo, por su ineptitud para el trabajo agrícola. Cuando se unió a Adele, todavía en Italia, meses antes de venir a Brasil, solamente lo hizo por conveniencia, sin guardar sentimientos más profundos; era una mujer limpia e inteligente, su cuerpo lo atraía, había probado su fuerza en una vida llena de sufrimientos, cuidaría del nuevo compañero, entonces se unieron sin amor. un poco por sobre los veinte grados, y emigraron juntos, llevados por el sueño de la sociedad perfecta.

Las novedades sexuales que estaban viviendo hicieron que Aníbal descubriera que la temperatura de su relación subía, él ahora, principalmente en los momentos en que era despreciado, amaba a Adele, no soportaba quedarse solo por mucho tiempo, por eso ella volvía a casa después de sus

encuentros con Rossi, escuchando siempre las mismas quejas.

- Me tratas como a un perro.
- No te dejes llevar por tu egoísmo.
- Si yo fuera inteligente como Giovanni o atractivo como Puig, ¿me habrías aceptado como amante?
- Rossi no es mi amante, lo sabes. Y no soporto a ese español.
- Algún atractivo...
- ¿Cómo?
- Para dominar, un hombre debe tener algún atractivo.
- Nosotros luchamos contra toda forma de dominación.
- Soy un hombre sin ningún atractivo -comenzó a llorar. Adele se acercó, lo abrazó y acarició su rostro; él sufría más de lo que podía confesar públicamente, el socialista que había en él no le permitía hacer críticas a este experimento amoroso, tenía que contribuir de alguna forma, su trabajo era poco, se dio cuenta que su ayuda sería esa, compartir la mujer. Al principio, había sido más fácil, pero ahora la amaba, mucho más que Rossi, que amaba en Adele solamente el amor que ella practicaba. Adele tenía conciencia de eso, cada día el amor de Aníbal crecía,

forzándolo a no demostrarlo. Durmieron abrazados, él la apretaba con fuerza contra el pecho; ella, incómoda por el peso muerto de aquella pierna sobre las suyas.

Todo el mundo sabía, principalmente las mujeres, que Puig Mayol pasaba buena parte del día con Narcisa. Se los veía sentados bajo los árboles, a la orilla del río. Ella le servía al español a la hora de las comidas, ahora él era el único que recibía ese favor, y eso lo distinguía todavía más en el medio del grupo bullicioso. Fue Adele Serventi quien notó que Narcisa se vestía mejor. Ese español está cobrando los favores sexuales de los solteros, debe haber fijado un valor, Narcisa entró en la fase profesional, no es más amateur, ya no recibe lo que le ofrecen. De la ciudad, Puig traía telas y pequeños presentes para Narcisa. Los dos se habían vuelto realmente un peligro para la Colonia. Se lo diría a Rossi, Puig institucionalizaba el amor frívolo, que tenía mucho menos de veinte grados; en verdad, carecía totalmente de temperatura. Y era un riesgo para el amor libre en el que debían entrar voluptuosidad, sentimiento e inteligencia. Adele pensó mucho sobre qué sería la inteligencia. Voluptuosidad y sentimiento eran conceptos fáciles pero ¿cómo podía él querer conllevar inteligencia? Entonces llegó a la conclusión que la inteligencia era, para Rossi, cálculo, cuando una relación atendía también a una finalidad

definida. En el caso de ellos, ese cálculo era la destrucción de la familia. En el caso de Puig, el beneficio material. Las dos formas de relación tenían principios cercanos. Lo que las distingue es el sentimiento.

Los sentimientos y no las ideas hacen a los hombres buenos, pensó Adele.

Discutiría esas cuestiones con Rossi, no podían permitir que eso sucediera. Puig se dio cuenta de que la única mujer que no se dejaba dominar por su encanto era Adele Serventi; intentó darle un frasquito de perfume, traído para Narcisa, y ella le dijo que no soportaba ese tipo de cosas, demostrando que él no le gustaba. Ella era un peligro, principalmente porque dormía con Rossi. Entonces Puig se acercó a Aníbal, siempre con vino y aguardiente para el marido traicionado, era así como lo llamaba después que el otro se emborrachaba, marido traicionado, aunque todos supieran que la unión de los dos era informal. Aníbal comenzó a sentirse engañado, y el alcohol agudizaba esa conciencia dolorosa. Al verlo siempre borracho, a pesar de la recomendación de abstinencia alcohólica, y queriendo proteger al compañero que ya sufría tanto, Adele no habló con Rossi sobre el peligro que era tener a Puig bajo el mismo techo; Aníbal también representaba un riesgo. Podría rehusarse a compartir su mujer, en la intimidad él siempre repetía, principalmente cuando estaba borracho, que era su

mujer, ¿quién había traído a Adele a Brasil? ¿Quién le había dado seguridad cuando enviudó? ¿Quién aguantó sus crisis de mareos en el viaje? Todo había sido hecho por él. El dueño.

Los solteros también protegían al español, que regularizaba los encuentros con Narcisa, y los libraba de aquella búsqueda por los campos, que consumía tiempo y los ponía tensos. Ahora había horario y lugar para los encuentros. Usaban la pequeña casa en la que Puig pretendía instalar una fábrica de compotas, que le había sido cedida para ese fin. Siempre aparecía algún hombre, a la luz del día, con el pretexto de ver los avances de la fábrica de dulces, para un encuentro tranquilo y cómodo, sobre una piel puesta en un banco, en la cual Narcisa descansaba a cuerpo desnudo. Del lado de afuera, fingiendo alguna actividad, limpiar el terreno, preparar un cigarro, jugar con Chignento, Puig esperaba el fin de la visita.

Rossi sabía todo, pero los solteros precisaban sexo tanto como él, y ahora sabía cuán bueno era amar regularmente, nunca se había sentido tan joven, ni a los veinte años. Las mujeres casadas hablaban, los padres de familia temían por sus hijas y exigían que las madres nunca las dejaran a solas con el español, lo que aumentaba la tensión de aquellos días.

Una noche sin luna, Puig y Narcisa tomaron quinientos mil reís, resultado de la venta de parte de los productos y del pago de una gran cantidad de barriles, dinero que estaba guardado en la caja social, siempre disponible para todos, y partieron por la ruta que habían construido los anarquistas. También se llevaron una espingarda de caza, pero de eso solo se dieron cuenta cuando Jean Geleac, cansado de comer sin carne, quiso cazar algún animal. Le dio mucha rabia y estranguló tres gallinas, y se las entregó a las mujeres en la cocina. En el gallinero había huevos de diversos tamaños, que cocinaron con la carne, pero nadie los tocó.

Colonia Cecilia, 2 de enero de 1893

Mis queridos Sestilio y Properzia

La imagen de la Colonia está cada vez peor aquí en Brasil, y eso me tiene preocupado. Alguno de los desertores, prefiero no citar nombres, confunden anarquía con desorden, y el resultado más grave hasta ahora fue la prisión de un grupo que asaltó la casa comercial Lobo y Cía, de Curitiba. Estar en contra de los patrones y de la propiedad es algo noble, luchar para acabar con ellos, obligación de todo socialista. Pero sacar provecho personal es algo abominable.

¿Los responsables por el crimen? Dos parejas. Uno de los hombres huyó y el otro terminó condenado a ocho años de prisión, las mujeres resultaron absueltas y eso fue noticia en todo el estado, haciendo siempre hincapié en el origen de esas personas.

Además de ese hecho, recientemente hubo en Palmeira un gran tumulto de colonos, que contó con la presencia de algunos de los nuestros, y pronto se difundió que los

socialistas de la Cecilia habían saqueado casas de comercio, pues de un momento a otro, no solo por culpa de ex compañeros sin carácter, sino también por nuestra fama de exaltados, nos volvimos enemigos de la sociedad paranaense. Todo lo que hacemos se magnifica negativamente en la opinión pública, y tal exageración ha creado problemas. Como el Ministerio de Justicia había deportado anarquistas de Río de Janeiro, salió una nota en el diario A República, de Curitiba, en la cual se exigía que el Gobierno local tomara precauciones contra los anarquistas paranaenses. El Gobierno del Estado terminó publicando una nota en la que afirmaba que nos vigila a pedido del gobierno italiano. Hoy todos somos considerados bandidos, aunque los anarquistas de la Colonia sean personas honestas y trabajadoras.

En este estado de cosas, el Dr. Grillo hace poco por nosotros, lo que nos deja totalmente desamparados. Solo podemos contar con nuestras propias fuerzas, con nuestro trabajo, porque no nos queda otra solución. Nuestra caja colectiva fue saqueada por una figura despreciable que recibimos como hermano, el español Puig Mayol. Ya redacté una nota para distribuir en la prensa de Europa, donde se explica que este señor no forma más parte de la Colonia y que partió de aquí y se llevó nuestro dinero.

Aunque estos episodios conspiran contra nuestro experimento, el amor libre finalmente se puso en práctica, y pronto recibirán más noticias de esta gran experiencia. Finalmente estamos cambiando los posesivos, ya que en el amor no existe más el mi sino el nuestro, y con eso nos volvimos efectivamente anarquistas -el anarquista que defiende a su mujer es tan reaccionario, tan feroz y tan implacable como el peor de los capitalistas al defender sus millones.

Me gustaría que me manden semillas de tomate, castañas, almendras, calabazas, hongos, lentejas y todas las que consigan -tenemos que hacer de esta Colonia un ejemplo, para desmentir su fama negativa. No se olviden de desinfectar las semillas con una solución de sulfato de cobre, para que lleguen sanas.

Un gran abrazo de

Giovanni Rossi

- ¿Te molestaría responder algunas preguntas? -dijo Rossi, mostrando el cuestionario que había escrito la noche anterior.
- No -dijo.
- Es importante para convencer a la gente.
- Ya te dije que voy a responder.
- No debes temer la opinión de los demás, lo que hacemos no tiene nada de malo.
- Para ti es más fácil...
- No ahora, que Geléac está con nosotros.
- Eso no cambia mucho las cosas, para ti siempre será más fácil. El marido traicionado soy yo.
- Tenemos que vencer el deseo de preservar nuestra imagen.
- Ya no tengo ninguna imagen que preservar.

- Intenta construir una... el cuestionario lo debe responder no un hombre que sufre, sino el socialista que eres.

- No te preocupes.

Aníbal tomó la hoja de papel y dijo que se la devolverla al día siguiente, pero Rossi la recibió el mismo día, al final de la tarde, y se puso contento con lo que él había escrito. Había vencido todo lo que lo atormentaba. El anarquista leyó cuidadosamente la entrevista.

- ¿Admitías la posibilidad de que la mujer ame, con respeto, a más de un hombre?

- Sí, pero no todas las mujeres.

- ¿Reconocías en Adele ese derecho?

- Sí.

- ¿Considerabas el amor libre útil para el progreso de la moral socialista y de la paz social?

- Sí, creía en eso y aún creo, de lo contrario, ¿dónde estarían la libertad y la igualdad?

- ¿Creías que el amor libre pudiera causar dolor a alguno de los participantes?

- Sí.
- ¿A cuál especialmente?
- Tal vez a todos.
- ¿Admitías que el compañero pudiera sufrir por causa del nuevo amor de la mujer?
- Sí, si la amara de verdad.
- ¿Podría aceptar la situación con indiferencia?
- Solo si no la amara de verdad.
- ¿Con alegría?
- Casi nunca, pero podría sentir satisfacción si supiera que hace una obra acorde y digna de los principios socialistas.
- ¿Cuando Adele reveló mi pedido, sentiste dolor?
- No.
- ¿Sorpresa?
- No, ya habíamos hablado sobre el tema en Italia, y estaba preparado.
- ¿Desprecio?
- Nunca.

- ¿Humillación?
- Tampoco.
- ¿Algún resentimiento contra mí?
- Resentimiento no, compasión.
- ¿Ofendió tu vanidad?
- No.
- ¿Tu instinto de propiedad?
- Nunca me imaginé dueño de Adele, sería una ofensa para ella.
- ¿Egoísmo o deseo de exclusividad?
- Egoísmo no, sino más bien miedo de que ella pudiera sentir menos amor por mí.
- ¿Temor a quedar en ridículo?
- Un poco.
- ¿De romper la castidad matrimonial?
- ¿Acaso yo fui casto?
- ¿El consentimiento fue espontáneo?
- Sin duda.

- ¿Fue por mantener la coherencia con los principios de la libertad?
- Un poco por pena de ti, otro poco por principios.
- ¿Si hubiera sido otro compañero hubieras actuado de la misma manera?
- No podría definir eso con precisión, pero si hubiera ocurrido, creo que habría sufrido más.
- ¿Y si fuera con un proletario, pero no compañero nuestro?
- También habría sufrido más.
- ¿Y si fuera un burgués?
- Sentiría mucha pena por Adele, y sufriría mucho, pero no sé si la abandonaría.
- ¿Sufriste más antes de saber que yo estaba con Adele?
- No.
- ¿La primera vez?
- Sí.
- ¿Y qué otras veces?
- Siempre.

- ¿Lloraste?
- Sí.
- ¿Estabas enojado con Adele?
- No.
- ¿Conmigo?
- No.
- ¿Lloraste por soledad?
- Tal vez.
- ¿Miedo a que el afecto de Adele sufriera un desvío?
- Conozco a Adele lo suficiente como para no temer eso.
- ¿Miedo a que yo la tratara mal?
- No.
- ¿Cariñosamente?
- Sí.
- ¿Deseaste que ella disfrutara otra experiencia sensual e intelectual?
- No sabría decir.

- ¿Eso te causó disgusto?
- Si ocurriera, no me disgustaría.
- ¿Tuviste miedo de que ella se volviera menos pura?
- No.
- ¿Menos afectuosa?
- Sí.
- ¿Hubo un instinto irracional e involuntario de egoísmo?
- Incluso sabiendo que en el fondo todos somos egoístas, no creo que mi sufrimiento sea fruto del egoísmo.
- Vencido el dolor, ¿sentiste la satisfacción de quién obra el bien?
- Por supuesto.
- ¿Se te pasó por la cabeza la posibilidad de la fuga?
- Sí, pero no solo por ese motivo.
- ¿La opinión de los demás cambió tus sentimientos?
- Siempre desprecié las opiniones, me causaría más pesar saber que mi nombre puede estar en boca de imbéciles.

- ¿Tu estima por Adele es la misma que antes?
- Sí.
- ¿El amor por ella?
- Es igual, pero ahora lo siento con más intensidad.
- La ausencia reiterada de la compañera, ¿refuerza el dolor que sientes?
- Sí.
- ¿Te irrita?
- No.
- ¿Son más dolorosas las ausencias breves?
- No.
- ¿Las largas?
- Esas sí, son más dolorosas.
- ¿Y las ausencias de algunos días?
- Aquí entra el egoísmo. Las ausencias prolongadas harían de mi un mendigo del amor, tal como eras tú.
- ¿Sufres con más intensidad cuando me ves con Adele?
- Las primeras veces sufrí.

- ¿O cuando la ves salir de casa en dirección a la mía?
- Ahora, ya no me importa.
- ¿Sería más aceptable que ella viviera sola y nos invitase según su deseo?
- Sí, para su propia libertad.
- ¿Te duele el hecho de que a mí me guste Adele?
- No.
- ¿Crees que el amor libre se va a universalizar con la rebelión de las mujeres?
- Sí.
- ¿Y el consentimiento masculino?
- Aunque los hombres no lo consientan, cuando las mujeres se rebelen, ocurrirá. Al final, todos quedarán conformes.
- ¿Por iniciativa desinteresada de los hombres?
- No, salvo algunas pocas excepciones, que podrán ser un buen ejemplo.

Era necesario también recoger el testimonio de Adele. Rossi preparó otro cuestionario, que ella recibió un poco de mala gana.

- Ya te dije todo lo que pienso.
- Ahora servirá como estudio psicológico -dijo Rossi.

Ella tomó el papel y, con una mirada sin brillo, aceptó y preguntó si Aníbal había respondido. Él dijo que sí. Adele se fue a su casa. Cuando le devolvió el papel a Rossi, le parecieron demasiado frías sus respuestas.

- ¿Fuiste educada según la moral ortodoxa?
- Sí, hasta los veinte años.
- ¿En tu primer amor de juventud, tenías sólo un afecto?
- Sí.
- En el segundo caso de amor, que fue más duradero e intenso, ¿amaste a otro paralelamente?
- No.
- ¿Tuviste alguna simpatía reciente?
- Sí.
- ¿Tú la alimentaste?

- Sí.
- ¿Te sentiste culpable por eso?
- No.
- ¿Buscaste esa oportunidad?
- No.
- Tu afecto por L., el más breve y menos profundamente sentido, ¿fue exclusivo?
- En aquel momento me interesó otra persona, pero muy inocentemente.
- ¿Tu afecto por Aníbal fue exclusivo?
- Sí, hasta el momento en que te conocí.
- ¿Hace mucho aceptas la posibilidad de amar a más de una persona al mismo tiempo?
- Sí.
- ¿Nunca has sido celosa?
- Algunas veces, pero mis celos fueron muy breves.
- ¿Te entregaste a algún hombre sin amarlo?
- Nunca sin simpatía
- ¿Y solo por sensualidad?

- Jamás.
- ¿Has tolerado violencias morales?
- No.
- ¿Te sorprendió mi solicitud amorosa?
- Para nada
- ¿Te desagradó la forma rápida y directa que usé?
- Al contrario, me agradó.
- ¿Aceptaste el pedido por piedad?
- Un poco.
- ¿Por simpatía?
- Sí.
- El miedo de herir a tu compañero, ¿era realmente el único obstáculo?
- El único.
- ¿Pensaste en entregarte a escondidas de tu compañero?
- No.
- Al contarle a Aníbal mi pedido, ¿le revelaste el deseo de satisfacerlo?

- Sí.
- ¿Lo has hecho de forma serena?
- Sí.
- ¿Avergonzada?
- No.
- ¿Sufriste al imaginar el disgusto de tu compañero?
- Sí.
- ¿El sufrimiento fue por él?
- Sí.
- ¿Y por ti?
- También por mi.
- ¿Y por mí?
- Especialmente por ti.
- ¿Consideraste su dolor como prueba de amor?
- No sé que decir.
- ¿Cuándo te entregaste a mí, tu compañero estaba plenamente de acuerdo?
- Sí.

- ¿Precipitaste los acontecimientos?
- No.
- ¿El dolor de tu compañero era justificable?
- Yo lo consideré fruto de los prejuicios que todavía actúan en nosotros.
- ¿Ese dolor estaba destinado a desaparecer?
- Sí.
- ¿Nuestra conducta te pareció realmente sincera?
- Sí.
- ¿Viniste a mí de forma consciente?
- Sí.
- ¿Aumenté un poquito la felicidad de tu vida?
- Sí.
- ¿Me amas sensualmente, intelectualmente, fraternalmente?
- Un poco de las tres maneras.
- ¿El afecto que sentías por mí creció un poco más?
- Mucho.

- ¿Aníbal te gusta más que antes?
- Sí.
- ¿Los amores paralelos te hicieron mejor?
- Sí.
- ¿Más sensual?
- No.
- ¿Perjudicaron tu salud?
- No.
- ¿Te parece natural la multiplicidad de afectos simultáneos?
- Sí.
- ¿Socialmente útil?
- Antes que nada, socialmente útil.
- ¿Sería vergonzoso no conocer la paternidad de un hijo que tuvieras?
- No.

Colonia Cecilia, 12 de enero de 1893.

Mis queridos Sestilio y Properzia

Sepan que finalmente estoy feliz. Mi vida se volvió serena y alegre con la llegada de una muchacha tierna e inteligente que me trajo el amor. No ese amor obligado que está en la base de las familias tradicionales, sino el amor anarquista que viene con tanta delicadeza, con tanta lealtad, con tanta castidad que estoy tranquilo en esta mi larga búsqueda de una realización que no sea individual. Una pareja y yo vivimos juntos -sin celos, sin desavenencias- y mañana un jovencito francés pasará a formar parte de nuestra familia poliándrica. Todos nos queremos bien, y la Colonia nos admira, nos estima, nos ama y pronto pasará a imitarnos. Tengo el corazón lleno de ternura y nunca estuve tan contento como ahora, espero que la presencia de un hombre más en nuestra familia me saque los últimos sentimientos de posesión, liberándome completamente de esa plaga que es el amor exclusivista. La mujer que amamos, dócil como una muchacha recién salida de la adolescencia,

aunque tenga treinta y tres años, llama, en la intimidad, a su primer compañero Ranello, a mí Ninetto y al joven Bambinelo, pues ella, siempre tan delicada, no quiere confundirse a la hora de hacernos cariño.

Yo, que prácticamente no conocía el amor, tengo el corazón lleno de felicidad y mi cuerpo transpira salud y energía. El verano de la vida florece como primavera. Tal vez estas palabras puedan significar que estoy enamorado como un adolescente. Pero no es eso. Ustedes me conocen bien. Estoy feliz porque, en esta embriaguez de sentidos, vivo intelectualmente esta relación que es humana, buena y honesta.

Para mí, este amor sin rivalidad, sin celos y sin mentiras es la prueba final de la viabilidad del socialismo; demuestra que la Colonia puede finalmente vencer el temor de las familias y la ignorancia heredada de siglos de oscurantismo. Los problemas sociales serán vencidos porque es posible amar colectivamente sin sentido de propiedad, una mujer cuyo hijo será de la Colonia y no de un padre.

No necesito decir que Adele no es una mujer vulgar, una muñequita sensual, de esas que se valen de su cuerpo para conquistar la comodidad material, ella es una mente elegida, una mujer instruida, con buen corazón, carácter íntegro y cuerpo delicado. Por todo eso, es digna de mí y creo que yo también soy digna de ella.

Su compañero es igualmente un hombre bueno y con coraje y fue tratado con el respeto que merece. Ella, antes de darme el primer beso, le contó todo, pidió su autorización y él consintió, luchando contra los fantasmas más íntimos.

Para muchos, será difícil comprender la poesía de este asunto de amor, verán apenas la promiscuidad donde reina el respeto, y no culpo a nadie por esa visión equivocada, principalmente a quien está lejos, pero todos los que conviven con nosotros perciben la grandeza de este casamiento.

Reciban nuestra alegría

Giovanni Rossi

Había pasado todo el día en casa, la mujer le había comentado la propuesta de Colli, él ya sospechaba, las largas charlas en la cocina, los cariños súbitos de Escolina, que volvían después del sueño de más de una década. Ella se había transformado de nuevo en su novia, como en los tiempos en los que no perdían un minuto con lo que no fuera intercambio de caricias. Este amor había vuelto, no tan intenso, pues solo al final de la adolescencia el amor tiene aquella desesperación. Él aprovechaba el regreso de la mujer y todas las noches, aunque estuvieran cansados -él había trabajado todo el día en los frutales, ella había pasado el día en la huerta, cuidando la plantación- se querían con urgencia y no veían la hora de acostarse, dejaban a los hijos pequeños a los cuidados de los dos mayores y se iban al cuarto, se cubrían con un acolchado aunque hiciera calor y hacían el amor allí, sofocaban los gemidos con las capas de tela; las paredes de madera eran demasiado finas como para ocultar cualquier palabra susurrada. Los hijos percibían la diferencia, los mayores se dieron cuenta, además del cambio, de la causa, los más chicos solo de los cambios, les gustaba ver a

la madre hacer las cosas con placer, ahora ella no se quejaba cuando andaban por los alrededores, hasta aprobaba sus ausencias. Había dejado de ser madre todo el tiempo, los más chicos al principio se asustaron un poco, todavía preferían tener a su mamá al lado, peleaban por cualquier cosa, pero pronto se sintieron bien con esa independencia anticipada; asumieron la responsabilidad de sus propias vidas, sin la participación de aquella mujer, antes tan llena de órdenes y ahora encerrada en su cuarto, riéndose con el padre -y aunque se rieran bajo, todos oían y también se reían, los más chicos sin malicia, pero los mayores con una mirada diferente; pronto tendrían otro hermano.

Todo eso era producto de la pasión, pensó el marido, pero no necesariamente por mí, yo siempre estuve aquí, no cambié nada, el desinterés de ella duró más de diez años, y ahora viene todo este ardor. Había ocurrido algo, y él no tenía nada que ver, él solo participaba, era una rueda que se movía por aguas ocultas. Comenzó a prestar atención a la mujer, sus comportamientos eran los mismos, solo que ahora tenían vida, alegría, ¿de dónde venía todo eso?

La mirada de Colli, en una de las reuniones de la comunidad, cuando Rossi les comunicaba el nuevo amor de Adele, una mirada que no se fijaba en Escolina, cuando ella ni lo miraba, tenía la misma alegría, idéntica a la que estaba estampada en Rossi -era la alegría de la pasión. Su mujer estaba

enamorada de Colli, Fiorenzo entendió eso y se puso triste, todo el cariño de su mujer era para el otro, se iba a negar a sus caricias, no merecía pasar por aquellas humillaciones, no sería como Aníbal, pasivo frente a todo, y vio al compañero de Adele con los ojos húmedos, tan difícil era compartir a la mujer, ahora con dos, uno más joven y otro más inteligente, Fiorenzo era diez años mayor que Escolina. Ella estaba más cerca de Colli, él sería siempre un viejo, si fuera necesario se irían, la Colonia no podía durar mucho tiempo, había recommenzado la diáspora, cada día había más gente insatisfecha, pensaba en eso mirando las marcas de alegría en el rostro de Escolina, eran marcas profundas, más profundas que las primeras arrugas que comenzaban a surcar su piel, Escolina ama a otro en mí, pensó el marido, eso era una vergüenza, pero más allá de la afrenta, y volvió a mirar el aire vencido de Aníbal, había algo bueno, ella todavía tenía cariños, todavía sabía ser mujer, él pensaba que la madre había matado a la mujer, que ella solo podía ser madre, y era como madre que se entregaba a él, desinteresada, pero ahora la llama, la llama en los ojos, le gustaba el cambio, solo que había un precio, se dio cuenta.

No fue todavía esa noche que Escolina le contó todo, pero a partir de ese momento el marido supo, y tampoco dijo nada, solamente vigiló más a la mujer, no dejó escapar ni una mirada. Ellos no se encontraban fuera de los momentos de convivencia colectiva, pero se amaban, aun distantes, ella de

un lado de la mesa, él del otro, cuando las dos miradas se cruzaban era como si sus cuerpos se unieran, de ahí aquella urgencia de estar a solas con el marido. Fiorenzo pensó en decir que sabía todo, pero tenía miedo de dejar de ser la consumación de aquellas miradas apasionadas, y fue prestándose a ella, a la mujer cada día más entusiasmada, olvidada de los hijos; una noche el pequeño Giovanni, de cuatro años, no apareció en la cena, y ella ni siquiera se dio cuenta, fue Fiorenzo quien encontró al niño en el baño, la madre le había pedido que la esperara ahí. Giovanni estaba casi desnudo, sentado en la caja de madera, esperando a la madre, que había salido a hacer alguna cosa y se había olvidado del niño. El padre no se enojó, limpió al hijo, le levantó la ropa y lo llevó a la tina a lavarse las manos, después bajaron al comedor, Escolina ni siquiera los vio llegar, sin darse cuenta de su olvido. Oía las conversaciones de los hombres, Colli estaba quieto, también escuchándolas, y se unían a través del silencio.

Esa noche, después de acostar a los hijos, ella confesó.

- Me parece que me estoy enamorando de Colli.

Esperó la reacción del marido, había estado tan comprensivo las últimas semanas, eso le había dado coraje para declarar su pasión. Ahora esperaba el odio agresivo o las palabras de aliento. Pero no vinieron palabras, solo lágrimas.

- ¿Por qué lloras?
- No deberías habérmelo dicho.
- Quería sentirme en paz.
- Ya lo sabía.
- ¿Quién te contó? ¿Él?

Fiorenzo apenas balanceó la cabeza negativamente.

- ¿Una de las mujeres?
- Nadie me contó. Pero yo ya lo sabía. Y hubiera preferido que no me hubieras dicho nada.
- No entiendo el miedo, si ya lo sabías.
- Ahora no me vas a necesitar más. Ahora podrán estar juntos.
- ¿Eso quiere decir que permites que nos encontremos?
- ¿Y cómo no permitirlo?

Ella abrazó al marido y, al besar su rostro, sintió la sal de sus lágrimas, sufría sin desesperación, y este tipo de sufrimiento es siempre más profundo, pues renuncia al teatro de los grandes gestos.

- Si no quieres, le digo que no.

- Y pronto volverás a ser la misma de los últimos años.
- Entonces le digo que sí, y vivimos los tres.
- Y pronto me dejarás.
- ¡Nunca!
- No me engaño.
- ¿Yo no te he amado en todos estos años?
- Nunca como ahora.
- ¿Entonces?
- Solo que este amor no es para mí.
- Es también para ti.

Ella lo besó, ahora de una forma enloquecida, para mostrarle que el amor era todo de él en aquel momento, no había nadie allí más allá de los dos, el otro solo existiría en el momento que estuviera con él, el nuevo amor no influiría en el viejo. Ella no le dijo nada de todo eso apenas lo besó. Y él entendió, y aceptó sus labios.

Estaban en el comedor, ahora había algunas reuniones constantes, la Colonia se dispersaba, algunos ya habían partido en este inicio de 1893 y la mayoría, como mínimo,

hacía planes de abandonar esa vida de privaciones. A pesar de las cosechas promisorias, estaban cansados de las desigualdades de dedicación a las tareas y había muchas divergencias en cuanto a los métodos de trabajo, y todo terminaba en largas discusiones. Y fue después de una acalorada defensa del aumento del ganado, pues sería más fácil cuidar de animales que ampliar el área de plantación, aunque dos familias tuvieran aversión a la actividad pecuaria. a ellos lo que les gustaba era trabajar la tierra, fue después de ese debate, en el que no se decidió nada, que Fiorenzo, con los ojos rojos, que denunciaban más que llanto, levantó la voz en medio del tumulto y relató que su mujer, a partir de ese día y con su consentimiento, se encontraría con Colli. Todos miraron al joven, que se aproximó a Fiorenzo, todavía no había conversado con él sobre eso, aunque ya sabía que él estaba de acuerdo.

- Seguimos el ejemplo del Dr. Rossi, no tengo nada de qué avergonzarme, y confieso que nunca estuve tan bien con mi mujer, les agradezco, les agradezco a todos, pero especialmente al compañero Colli, espero que vivamos mucho tiempo así.

- Va a ser siempre así -dijo Rossi.

Sin decir nada, Colli y Escolina apenas se miraban. Fiorenzo los aproximó con un abrazo, besó el rostro de la nueva pareja, y todos gritaron vivas a la Colonia Cecilia, al

anarquismo, y Rossi vio que a pesar de los problemas, de las disputas internas, de la miseria, había algo mayor que los unía. Todos se entusiasmaron con ese nuevo casamiento, algunos ligeramente, tomándolo apenas como diversión, como quien elogia un paso mal dado, pero había sinceridad incluso en los que bromeaban, pues la nueva familia realizaba aquello que ellos deseaban tener el coraje de hacer.

-Fíjense que ahora -comenzó Rossi- la que acepta a otro compañero en su casamiento no es una mujer emancipada, sino una agricultora, una mujer con treinta y cinco años y cinco hijos, alguien que tuvo que hacer más renunciaciones que Adele. Y nadie, ni nada, la obligó a eso. Ni a ella ni a su marido. Hoy es un gran día para la Cecilia, un gran día para el anarquismo.

Se repitieron los vivas, nuevamente gritados cuando los tres dejaron el comedor. Iban acompañados de los tres hijos menores, que se divertían con los gritos alrededor de los padres, sin saber lo que ocurría. Los dos mayores, avergonzados, habían salido en la mitad de la conversación, dormirían en el taller, lejos de lo que iba a ocurrir. Nadie lamentó su ausencia. El padre aprovechó las camas vacías y durmió en el cuarto de los chicos, dejó a los otros dos en sus camas y descubrió que, aunque intentaran silenciar el ruido de los besos con el acolchado, igual se escuchaban en el otro

cuarto. Suerte que los niños ya se habían dormido. Se levantó temprano y fue al jardín de los frutales, sin bajar al comedor, los niños ni siquiera se sorprendieron del hombre que estaba con su madre. Nadie vio a los hijos mayores ese día, pasaron todo el día en el monte, y solo a la noche, sin que nadie se acordara de buscarlos, aparecieron y retomaron su lugar en el cuarto, como si nada hubiera ocurrido. El padre dormiría con la madre aquella noche, y ellos no escucharon ningún ruido, ni siquiera de charla.

Pasado el entusiasmo inicial, volvió la realidad de los comentarios de la cocina y de las ruedas masculinas, no se esperaban una cosa así de Fiorenzo, cinco hijos para criar, el más chico casi un bebé de pecho, a las puertas de la vejez y ahora todo aquello en el propio hogar. Ernesto había pasado cerca de la casa una noche y había escuchado lo que Colli le decía a Escolina, en el otro cuarto un niño lloraba, con una familia de ese tamaño no era correcto, con Adele y Aníbal se entendía, no tenían hijos, no darían un mal ejemplo. Mal ejemplo siempre dan, porque nosotros sí tenemos hijos, dijo Cattarina Agottani, y las mujeres estuvieron de acuerdo, el peligro estaba muy próximo, y todos se iban de la Colonia, un día ellos también se irían, y las familias quedarían marcadas como promiscuas, incluso sin haber participado de aquellos casamientos.

- Anarquista se va a volver una mala palabra -dijo Pacífico Agottani.

- Ya se volvió -murmuró Giuseppe Soldi.

- Tenemos que tratar de que, en Santa Bárbara y en Palmeira, no se sepa nada sobre ese casamiento.

Indiferentes a las conversaciones, Colli y Escolina andaban siempre juntos por la Colonia, les gustaba trabajar juntos en los frutales, ella sacaba los yuyos, podaba, siempre con un pantalón largo bajo el vestido, mientras cada vez más solitario, Fiorenzo buscaba trabajos en los que no se tuviera que encontrar con Colli.

- Tu amor por mí disminuye -le dijo a su mujer.

- Eso es lo que dicen los celos. En realidad solo crece.

- Casi no estás conmigo.

- Eres tú el que huye.

- ¿Qué puedo hacer? Ustedes están siempre juntos.

- Él no tendría que alejarse porque tú llegas.

- ¿Y mi soledad?

- Estoy todas las noches en casa. Pero tú no te acercas más a mí.

- Incluso cuando estamos solo nosotros dos, siento que él está a mi lado. Siento el olor de su sudor en tu pelo, un olor dulce, embriagante. Tú no tienes más tu olor, es como si estuviera con él.
- ¿Quieres que deje de encontrarme con él?
- ¿Para que me acusen de egoísta?

Escolina no respondió, pero no tenía más fuerzas para alejarse de Colli, ella también sentía su olor en su propio cuerpo, incluso después de bañarse, era más la memoria de ese olor, y ni siquiera recordaba el olor del marido. El marido no había dejado memoria en ella, había dejado marcas, el cuerpo más gastado por los varios embarazos, nada más. No había cómo fingir que le gustaba su marido con la misma intensidad, por el marido sentía afecto, vivían juntos, tenían hijos, pero amar era otra cosa, lo había descubierto ahora, amar era guardar ese olor que existía solo en su memoria y, sin embargo, los demás percibían.

Las mujeres de la Colonia no dejaban que sus hijas conversaran con Escolina, ella había pasado al otro grupo, al mismo que Adele, pero con Adele eran más tolerantes, la trataban con cierta distancia, pero cariñosamente, era la mujer del Dr. Rossi, no dejaba hijos solos por la Colonia, con dos padres y al mismo tiempo sin ninguno. ¿Quién cuidaría de ellos en el futuro? Seguramente, era eso lo que las

mujeres se preguntaban. Sería imposible vivir aquel amor rodeada de niños, pensaba Escolina, y ellos no eran solo de ella. Frente a los hijos, volvía a ser madre, y ella necesitaba sentirse mujer. Dijo bajito, para sí misma, la palabra prohibida: amante. No había traición, pero la Colonia entera la tenía por amante de Colli. Ahí van los amantes. Había repulsión y fascinación en esa palabra, que no se decía, apenas se anunciaba en las miradas y las expresiones. Los amantes. Pero ella sentía placer en decirse amante. Nunca madre o mujer. Evitaba la palabra compañera, ella era más que una compañera. Nadie aceptaba que dejara de lado a los hijos. Era eso. Querían que siguiera siendo solo madre. Los hijos matan el amor, pensó y se puso triste. Después pensó diferente. El amor mata a los hijos. Y entonces sintió alegría. Ella estaba matando a los hijos. Era eso lo que las mujeres no aceptaban, ella estaba matando a los hijos. Era necesario decirlo. Aceptar. Mataba de una forma diferente, al dejar que ellos vivieran su vida. No se negaba a darles de comer, a hacerles té, a acostar a los más chicos, a conversar con los mayores, a pesar de su silencio, pero no se sentía madre, no estaba ligada a ellos, era solo la mujer con quien Colli se acostaba. Había otra Escolina, ahora era otra, no quería dejar de ser la primera, pero la otra era mayor. Pensó en el injerto de las frutas. Se toma un gajo de limonero de la peor calidad, en el que se coloca un gajo de naranjo dulce, y el viejo limonero continúa existiendo, pero el que da flores y

frutos es el naranjo que creció a partir de aquel tronco. Así sucede con los frutales. Así sucedía con ella. Ella era el gajo de limonero que daba naranjas. Ahora sabía que podía dar naranjas. Naranjas dulces. Después pensó eso, y le gustaba más aun trabajar en los frutales. Ella era el frutal.

¿Las mujeres de la Colonia? Árboles de un solo tipo. El Dr. Rossi siempre elogiaba los nuevos naranjos. Escolina prefería confiar en el Dr. Rossi, que las mujeres chismosas dijeran lo que quisieran, no entendían nada. El Dr. Rossi entendía. Tantos años para descubrir eso, que ella podía dar naranjas dulces.

No importaba que las familias no la quisieran más, por lo menos ellos no hacían nada a escondidas, como Aniceto, que perseguía mujeres continuamente en Santa Bárbara, incluso ahora durante el embarazo de su mujer, pero nadie reprendía a Aniceto, que había estado muchísimas veces con Narcisa mientras Gentile trabajaba. Eso se puede. No entendía. Todos defendían la libertad, pero muchos hacían las cosas a escondidas, las mismas cosas que recriminaban cuando se hacían delante de todo el mundo.

Si Fiorenzo, al principio, hubiera dicho que no admitía aquello, hubiera sido fácil, ellos no se hubieran dado ningún beso, ni se hubieran tocado las manos, serían solamente amor a distancia, bastaba pensar en otra cosa, pensar en los hijos, pobres, ahí perdidos, sin estudios, sin nada, pero ahora

ella conocía la dulzura de la naranja, y ya no le importaban los hijos, ni el marido, ni las familias, ni nada. Ella conocía la dulzura de ser naranja.

Los hombres casados, a pesar de temer que el amor libre se expandiera, aceptaban esa práctica, pero temían lo que pudiera hacer en sus vidas. Por eso veían la historia con desconfianza, aunque no podían dejar de notar que Escolina estaba más hermosa, había descubierto alguna cosa que no era exterior, todavía tenía el cuerpo de una madre de cinco hijos, la novedad estaba en la expresión, en los labios y en los ojos, principalmente. Era la mujer de siempre, que nunca entusiasmaba a nadie, pero ahora se había vuelto otra, y los hombres empezaron a sentir ganas de estar cerca de ella, y les gustaba que ella trabajara con ellos en los frutales, y preguntaban por Fiorenzo, lo que pensaba de todo eso, preguntaban eso cuando Colli no estaba y ella respondía con una sola palabra -lo aprueba.

Las mujeres casadas no escondían el recelo de perder a sus maridos por Escolina. No le temían a Adele, persona instruida, demasiado inteligente como para dormir con agricultores, pero Escolina era igual a ellas -campesina, mujer de campesino, hija de campesinos. Ella podría enamorarse de alguno de los hombres. Por eso comenzaron a reprobar sus idas a los frutales, las pocas conversaciones

en el comedor, su manera de mirar y sonreír, mostrando una alegría que casi ninguna otra tenía.

Los hombres casados también temían la transformación de Escolina, podía ser un ejemplo para sus hijas o sus mujeres. Era mejor soportar los casamientos sin sal que sufrir el destino de Aníbal y de Fiorenzo.

En las reuniones, Rossi elogiaba su coraje, el socialismo necesita de mujeres así, y de hombres sin celos. No tengo celos, y me alegro viendo a Adele con Geleac o Aníbal, siento cariño por todos, los sufrimientos de estos tres años están justificados por estas dos familias anarquistas.

Fue en medio de una de esas conversaciones que supieron de la muerte de Gentile, dos días después de haber perdido al hijo. Aniceto fue quien trajo la noticia, se había quedado en casa porque ella se sentía mal, pero no se imaginaba que fuera a morir, era tan joven, veinticuatro años -Dios mío, dijo él. Y repetía su edad. Eran jóvenes los dos, perdidos allí. Él, el perseguidor de las mujeres, lloraba. Amaba a Gentile.

Fueron todos a verla, entrando en pequeños grupos en la casita. Estaba en la cama rústica, sobre las viejas sábanas, un baúl que había venido de Italia era el único mueble fuera de la cama. Gentile muerta, la primera muerte humana en la Colonia, eso impresionaba a todos. El primer cadáver debía tener un entierro decente; un carpintero comenzó, a la

mañana siguiente, a hacer el cajón, nunca había hecho uno, por eso quedó demasiado grande para el cuerpo menudo de la difunta, que parecía acostada en una canoa.

Aniceto había ido temprano a buscar el certificado de defunción en el registro de Palmeira, y llegó en medio de la tarde y encontró un alboroto, el padre no permitía el entierro en el cementerio de Santa Bárbara, ella era una atea.

- Pero vivimos en la República -gritó Rossi.
- La Iglesia es más importante que el gobierno -retrucó el padre.
- Tenemos derecho a ser enterrados en el cementerio.
- Esta tierra solo conoce católicos -y el padre cerró de un portazo la puerta de la sacristía.

Cuando supieron de la prohibición, los anarquistas se rebelaron, iban a marchar juntos contra el padre, a enterrar a Gentile a la fuerza, vivían en un país libre, eran trabajadores, le daban lucro al estado, nadie tenía obligación de tener religión para ser enterrado dignamente. No querían ritual religioso, solo el derecho de enterrar a sus muertos. Algunos llegaron a buscar las hoces y los machetes para intimidar a los pobladores, pero Rossi pidió calma.

- Ya somos muy mal vistos en la región. Mejor enterremos a Gentile en la Colonia.
- Corno si fuera un perro.

Aniceto estaba furioso. Sabía que su mujer era religiosa. A la noche la oía recitando sus oraciones. Había aceptado el socialismo, que la había sacado de la iglesia, pero nada conseguiría sacarla de la religión, que era un sentimiento íntimo. Quería devolverle la religión a su mujer, pero ya era tarde. Sabía que Rossi tenía razón.

- Sufres, Aniceto, pero es mejor ser un perro libre que un católico dominado.

El viudo se sentó en el suelo y se quedó mirando a los hombres que tomaban las palas. Los mismos instrumentos que usaban para cultivar la tierra iban a servir de nuevo para plantar aquella semilla que no nacería. La plantaron con más cuidado que lo usual en el trabajo de la tierra. Quedaría tierra cultivable, no tendría una cruz, apenas un cerco de madera construido por los carpinteros, para protegerla de los animales.

A la hora de bajar el cuerpo, hubo discursos exaltados contra la iglesia, contra los padres, muerte a los padres, muerte a los patrones. Pero el cuerpo delgado de Gentile era ahora indiferente a los discursos, ya olvidado en aquel cajón que

recibía las primeras palas de tierra sin que se oyera una oración.

En silencio, sin embargo, algunos rezaban.

Colonia Cecilia, 5 de marzo de 1893

Queridos hermanos

Tal vez sea ésta la última carta que escribo desde la Cecilia, pues ahora veo que para mí ella ya cumplió su función. No conseguimos hasta ahora un patrón de vida satisfactorio dentro del socialismo y de la anarquía. Tal vez ustedes crean que estoy frustrado. No lo estoy. No lo conseguimos por accidentes, por falta de un mejor planeamiento, por inexperiencia. Pero tenemos la prueba de que es posible, la libertad plena es algo que se puede conquistar aquí y ahora, está al alcance de todos.

El principal resultado de la Cecilia es el amor libre. El fin de la familia tradicional debe ser el centro de la gran revolución. La libertad no será conquistada con la destrucción de pueblos y países, sino con la práctica sexual fuera de la familia. Todo lo malo que sucedió en la Cecilia, desde la mezquindad hasta los celos y la traición, siempre estuvo ligado al instinto de protección familiar.

Ustedes ya sabían de la belleza de mi casamiento con Adele. Pues bien, ahora fue imitado por una mujer valerosa, proveniente de las clases más elementales de Italia, que aceptó un nuevo compañero en su casamiento estable. El amor libre no es solo un privilegio de las mujeres cultas, puede ser practicado por todas, y mejora las relaciones, pues esta campesina, Escolina Fecci, madre de cinco hijos, no disminuyó ni su amor maternal ni su amor de esposa. Es lindo verlos, siempre animados, ser centro de la atención de todos, pues forman una familia casta, más que las monogámicas.

Probamos que es posible este tipo de vida. Cuando tengamos condiciones más favorables, el amor anarquista podrá revolucionar el mundo. Ahora seguiré mi camino. Siento que la Colonia se deshace con los jóvenes que se van. Las pocas familias que quedan también comienzan a buscar otros lugares.

Les pido que no dejen que nadie emigre, no estaré más aquí y sinceramente no sé cuántos meses más se mantendrá nuestra comunidad socialista. Ahora todo es pasado, miro las casas y es como si ellas no existieran, me acuerdo de lo que pasé en ellas, de nuestras luchas, de nuestras discusiones, de los pocos placeres, pero todo eso pertenece a otro tiempo. Y estoy viviendo el futuro.

Cuento con encontrar un empleo en Curitiba o en otro lugar; no planeo regresar a Italia. Tendré en mi contra la fama de alborotador que los anarquistas conquistaron aquí, un poco por culpa de espíritus despreocupados, un poco por prejuicios. Deshacerse de esta imagen tal vez sea una tarea más difícil que la de fundar este pequeño país anarquista de doscientas hectáreas, que ahora dejo librado a su destino.

Con afecto de

Giovanni Rossi

Camino a Santa Bárbara para beber, hacía eso siempre que conseguía algún dinero. Aníbal se dio cuenta de que todos lo miraban, había risa en todos los rostros; no reían, no decían nada, pero él sentía el desprecio que le guardaban, por causa de aquel embarazo vergonzoso de Adele. Él casi no había estado con la mujer, que pasaba la mayor parte del tiempo con Geléac, para provocar, pensó. ¿Pero para provocar qué? Era un hombre acabado, ya no tenía nada suyo, ni las caricias de su mujer. Aceptaba que ella diera a otros sus favores sexuales, pero que fuera rápida, que no lo dejara solo, que no lo expusiera. Él sentía la necesidad de hacer propaganda del amor libre, aunque nadie más se dejara convencer. Escolina adhirió porque su casamiento estaba arruinado, cinco hijos, ellos aún no tenían hijos, ahora iba a nacer el primero, ella exhibía su panza ya prominente, y todavía se encontraba con Rossi, y eso también lo avergonzaba, sí, todos en la Colonia sabían que la mujer estaba embarazada y que dormía con otros hombres incluso en ese estado.

Bebió más que otras veces, bebió todo el día, el gusto amargo del vino en la boca, las ideas en tropel, Adele era suya, libre sí, pero había venido a Brasil con él, no era justo que se saciaran en ella; él empezó a tener miedo de todos los hombres de la Colonia, de Santa Bárbara, de Palmeira.

¿Y si ella se acostumbrara a una gran cantidad de hombres? Él tenía miedo y bebió profusamente el vino de los olvidados, de los que se quedan en un rincón y no tienen otra compañía, para volver a la Cecilia murmurando por la ruta, cayéndose porque aquel piso no era seguro, la ruta era mala, hecha por gente sin preparación, por eso caí, tropezando con las piedras. Se sintió como en los cuentos de hadas, yendo para casa en medio de la selva, no había caminos confiables, todo era laberíntico, se perdía en aquella ruta que solo ilusoriamente era recta, sus curvas surgían de la nada, desviaban al caminante, pero él no desistía.

Cuando llegó, después de haber parado innumerables veces para cerciorarse de la existencia de la ruta y del suelo, encontró a Zerla acostado en el tronco de una palmera, sería el próximo en dormir con Adele, todos los solteros e incluso los casados solo esperaban a que él se diera vuelta para acostarse con su mujer, era suya, no era de todos, la tierra allí era colectiva, pero la mujer todavía era suya, otros dormían con ella, ¿pero a quién le pertenecía? ¿de quién era

aquel hijo en el vientre de Adele? No importaba nada más, el matrimonio era Adele y él. Y estaban allí los asaltantes. Zerla quería a Adele, veía eso en sus ojos de asaltante, de palomo lascivo, todos unos palomos lascivos, los desgraciados, listos para la cópula.

- ¿Hoy bebió más que de costumbre? -preguntó Zerla, riendo.
- Cerdo.
- ¡Epa!
- Ustedes son unos ladrones.

Zerla se levantó al percibir que Aníbal avanzaba con su paso incierto, las manos pesadas, listas para la agresión. Sin alcanzar a erguirse por completo, recibió el puñetazo en la oreja y volvió al suelo, pero reaccionó rápidamente.

- Ladrones, eso es lo que ustedes... -interrumpió el insulto al recibir la embestida de Zerla, que saltó sobre él, y lo sostuvo contra el suelo, con las manos en el cuello.
- Cierra esa boca sucia.

Aníbal se retorció bajo el cuerpo del agresor, intentaba escapar, pero eso solo hacía que las manos de Zerla presionaran más todavía su garganta, y comenzó a ponerse morado.

Sintió el roce leve de Adele en el hombro.

- Basta -dijo ella.

Zerla se levantó y fue al alojamiento de los solteros, pensaba que era el momento de irse, no podía esperar más nada de la Colonia, todo se derrumbaba, ¿por qué razón aún pasaba sus días en medio de esta banda de locos? Era socialista, sí, era anarquista, pero quería convivir con gente instruida, quería una vida con más comodidades, ¿para qué todas esas privaciones? Él se lo preguntaba mientras planeaba la partida, tal vez hacia Ponta Grossa, mejor que meterme en medio de los anarquistas de Curitiba. Habían hecho de todo por la Colonia y se iban sin nada, como se habían ido Cini y su mujer, solo con la fama de desordenados, barulleros, promiscuos. Tanto esfuerzo para terminar así, así era la vida, no dejaba espacio para los sueños. Y el pobre Aníbal, además de no ganar nada con la Colonia, encima perdió a su mujer y su dignidad, para volverse un borracho que tiene que soportar el asco y la piedad ajena -para él era el final. Zerla por lo menos tenía un futuro, ¿pero cuál era el destino de aquel cornudo?

Adele ayudaba al marido a levantarse, cuando Zerla, antes de entrar en el alojamiento, miró hacia atrás. Ya tenía el vientre bien marcado en el vestidito ordinario, ¿quién sería el padre del niño? Según las ideas de Rossi, sería la Colonia, pero entonces sería huérfano, porque la Colonia no duraría

mucho, todo estaba deteriorándose rápidamente, era una desbandada. Él no quería ver ese fin.

Aníbal insultaba a todos los hombres de la Colonia, unos verdaderos imbéciles, y nadie salió del comedor o de las casas a causa de los insultos, no querían que él sufriera más, que se fuera a la cama, mañana volvería a beber, pero ahora que descansara, un hombre precisa olvidar.

La mayor parte de las casas ya estaba vacía. En las siembras, el monte comenzaba a invadirlo todo, la comida nunca había sido tan racionada, las familias nuevamente comían a escondidas lo que conseguían de forma clandestina en la despensa o con los vecinos.

Desde la muerte de Gentile, de su entierro perturbador, las mujeres empezaron a soñar con la partida, ¿quedarse ahí para seguir soportando la rabia de los vecinos? Pero ellos ignoraban que su destino estaba definido por un largo tiempo, serían anarquistas incluso fuera de la Colonia, incluso si la Colonia fuera apenas una propiedad productiva y familiar como las demás. En Santa Bárbara, por muchos años aún, tendrían que enterrar a los muertos en un cementerio alejado, sin cruces, al lado de la ruta, para mostrar su rebelión orgullosa.

- Llega la hora de aceptar el error -dijo Arzulina Taligmani.

Y lo que ella dijo podría haber salido de muchas bocas por aquellos días, porque el eje de madera de aquel engranaje estaba gastado y hacía que todo anduviera desajustado, como una rueda de agua, que ya no mueve el molino, girando en el vacío y produciendo el ruido de los mecanismos que trabajan en vano.

El vientre de Adele crecía. Ella se quedaba en casa ahora, sola. Conversaba con Rossi, pero ya no dormía con nadie. Pero ese comportamiento no era suficiente para tranquilizar a Aníbal, que todavía bebía, dormía de día e insultaba a las sombras, a ese maldito Geleac.

El joven francés se había ido con las primeras señales del embarazo, cuando Adele dejó de recibir a sus hombres. Se había convertido en madre, era esa su nueva función, tenían que tener paciencia, pronto sería dueña de su cuerpo nuevamente, en este momento le pertenecía al niño, el cuerpo no era suyo, no podía compartir lo que no poseía, sería un robo, un crimen, eso fue lo primero que Adele le explicó a Rossi, cuando él la buscó, una tarde en que el atardecer ensangrentado le dejó una melancolía profunda. Ya sabían del embarazo, pero todavía era invisible; cuando su vientre comenzó a tomar forma, ella cesó de ser casa que recibe para volverse casa que abriga. Se lo dijo a Rossi.

- Somos permanentemente expulsados de nuestra casa
-se lamentó él.

Ella se rió de aquel comentario, era un hombre inteligente, tenía sentido del humor, aunque fuera la mayoría de las veces dramático, se tomara todo tan en serio, hasta sus sueños. Rossi no la buscó más.

Con un beso en su cabeza grasosa, el cabello nunca había estado tan feo, ella se sentía viscosa, sucia como un bebé recién nacido -con un beso en esa cabeza de la que ella y no él, sintió asco, asco de la transformación-, Jean Geleac se despidió. No sabía a dónde iría, primero a Curitiba, después a cualquier lugar, todo había acabado, ¿o no?, no tenía sentido continuar, pronto Rossi también se irá, fíjate cómo mira el horizonte, él no soporta más a toda esta gente, casi no trabaja en los grupos voluntarios, el taller se está parando, las plantas se están ahogando por el monte, Rossi lee y escribe, después contempla el atardecer, en busca de un motivo para partir. Yo no necesito esperarlo, me voy, vine solo a despedirme, gracias por todo.

Adele besa la boca de Geleac, sin encontrar aquel calor desesperado que quemaba sus labios; él tiene miedo de la partida, miedo de comenzar la vida solo, en este país que no es el suyo, no es de los anarquistas, un país que pertenece a los trabajadores, a los inmigrantes temerosos que no quieren cambiar el mundo sino abundancia en su mesa.

Todavía es un chico, a pesar de los treinta años, Geleac ni siquiera presta atención a su vientre, es como si ya no la viera, ella se ha vuelto un fantasma, todos son fantasmas.

Igual que un niño acobardado, sin mirar a los costados, él deja la Colonia una mañana en que los pájaros hacen su eterna fiesta en los árboles.

El embarazo devolvió a Adele a su marido, eran nuevamente una familia. Aníbal intentó aproximarse más, recibiendo un no.

- Siempre hay alguien que nos separa -dijo él cuando ella se alejó en la cama.
- No, nosotros dos tenemos...
- Nunca más seremos nosotros dos, incluso después de que Rossi se vaya -él se lamentó.
- ¿Quién dijo que Rossi se va?
- Nadie se va a quedar, Adele.
- Gentille.
- ¿Qué?
- Gentille se va a quedar, para siempre.
- Fue su suerte.

- No hables así.
- Ella tuvo menos suerte que nosotros.

Aníbal no estaba borracho, intentaba controlarse, y le prometió que nunca más iba a beber si se iban de la Colonia: él podría trabajar en el comercio, tenía vocación, un lugar en el que no fueran conocidos, sin los anarquistas, una vida normal, casa con algunos muebles, ropa para nuestro hijo, cortinas en las ventanas, ¿no sientes la necesidad de cortinas en las ventanas? ¿De manteles bordados en la mesa? Adele comenzó a llorar.

- ¿Por qué lloras?
- Por nada.
- Piensa en nuestro hijo. Él merece un futuro. Aquí solo existe pasado. Todo parece una ruina. Las casas vacías, poca gente en el comedor, la comida racionada. ¿Tanto sacrificio para qué?
- En nuestro caso, para nada. Rossi tiene sus informes. Él seguirá creyendo que salió bien y hará propaganda de sus ideas.
- Él también sufre.
- Pero él tiene los libros, el diploma, el nombre, el respeto. ¿Y nosotros?

Adele lloró con más intensidad y se dio vuelta, con mucho cuidado debido a su vientre.

- Nosotros tenemos un hijo que precisará comida, casa, ropa, escuela.
- Él es un buen hombre.
- Todos lo saben. Bueno, correcto y miope.

Ella no durmió en toda la noche. Si se quedara, Aníbal volvería a beber y la vida se haría más difícil, principalmente con el nacimiento del niño; además la Colonia realmente moría.

A la mañana siguiente, buscó a Rossi, que escribía en su cuarto, no había ido al campo. Tenía dignidad, incluso con las ropas viejas, parecía un profesor, un abogado, ¿era eso lo que le atraía? Un poco, pero también aquella mirada bondadosa, la voz calma y firme, los ojos vueltos hacia los sueños, hacia una imagen interior que era más fuerte que la realidad, pues la realidad para él no existía, la realidad era falsa, tan vivos eran sus ideales.

- Aníbal y yo nos vamos.

Él dejó el cuaderno, se sacó los anteojos, miró bien aquel vientre grande en el pequeño cuerpo, ella tenía derecho a tomar esa decisión, era una decisión errada, podía partir, no con Aníbal, él nunca podría olvidar, la bebida lo vencería.

Con solo ver un animal Rossi sabía si soportaría o no el peso del arado o del carro. Tenía ese don. Aníbal no soportaría el peso de lo que había ocurrido con Adele. Ella necesitaba de un hombre más fuerte.

- Creo que debes irte -dijo, después de un silencio cariñoso.
- Todo es tan lejos en este país.
- Por más que te distancies, siempre estarás cerca. Nunca conseguiremos alejarnos de aquí.
- Cualquier ciudad sirve. Una ciudad en la que Aníbal pueda trabajar.
- Como te dije, creo que debes irte, pero no con Aníbal.
- Él me necesita.
- Va a seguir sufriendo, incluso contigo.
- El niño lo va a alegrar.
- Todo lo contrario, el niño va a ser una memoria viva.
- No puedo abandonarlo como si fuera un perro.
- Ese perro siempre va a avanzar contra las sombras.
- Pero lo justo es que yo luche contra las sombras a su lado.

- Es justo. Pero no va a resolver nada. O mejor, lo va a empeorar.

Ella comenzó a llorar, preguntó qué debía hacer, qué era lo correcto, por qué ahora el anarquismo no funcionaba, por qué el socialismo no tenía una respuesta, que él la ayudara, que encontrara una solución que no lastimara a nadie, que fuera buena para todos.

- Yo nunca tuve poderes mágicos.
- Pero tenías una respuesta para todo.
- Las respuestas un día se gastan.
- ¿Pero por qué das las mismas respuestas?
- Por miedo a las preguntas.
- Palabras, todo es un juego de palabras.
- Y al final, ¿qué queda?
- Un hijo -dijo ella.
- Solo nos quedan palabras.
- ¿Y qué palabras has guardado para mí?
- Quédate conmigo.

Él tenía una mirada de perro herido. Los dos hombres: animales enfermos que querían que ella los cuidara. Era su

destino, cuidar a dos hombres, ser enfermera. Y, como enfermera, ella tenía que tratar primero a los enfermos más graves. Miró a Rossi mansamente.

- Aníbal y yo nos vamos mañana.

El hijo mayor de Fiorenzo, Evaristo Fecci, buscó a su padre para decirle que ya no deseaba vivir en la Colonia, quería un empleo en la ciudad, tenía quince años, los dos juntos podrían mantener la casa.

- Tu madre no lo va a aceptar.

- Que se quede con su hombre.

Evaristo tenía razón, poco le quedaba del amor de Escolina, ella solo se dedicaba al otro, ya no tenía sentido mantener esa relación, Adele y Aníbal habían partido, la Colonia ya no necesitaba ejemplos, se desintegraba, ninguno de los jóvenes se había quedado, sus urgencias eran mayores, las familias, en pequeños grupos, solo cambiaban de propiedad porque eran agricultores, no les quedaba otra.

- ¿Qué has dicho, padre?

- No vamos a hacer nada sin hablar con ella.

- Entonces será hoy, con la familia reunida.

- Los más chiquitos no tienen que participar.

A la noche, en la casa, encontraron a Colli cuando llevaba a los dos pequeños a la cama. Él hacía dormir a los niños contándoles las historias que en la infancia había oído de su abuela que era la viva imagen de una bruja, arrugada, encorvada sobre el bastón, con ropas oscuras y deformadas. Cuando volvía a contar esas historias, sentía la presencia temible de la abuela y le daba escalofríos, recordaba que tenía más miedo de quien narraba que de las historias en sí. Al transmitirles esa sensación de la juventud, hacía que los niños sintieran pavor, se cubrieran las cabezas y oyeran todo en silencio.

- No era necesario que él viniera -dijo Evaristo.
- Fiorenzo convocó a una reunión de familia. —A juzgar por esa respuesta, Escolina ya había hecho su elección.
- ¿Ya ves, padre? No se puede vivir así.
- Su madre no dijo nada de más.
- Dentro de unos días tendremos que llamar padre al intruso.
- ¿Hay algo malo en eso? -ella preguntó.
- Es lo que tú quisieras, que fuera nuestro padre.
- Evaristo comenzó a llorar, enseguida Colli entró a la cocina.

- Decidimos abandonar la Colonia -se adelantó Fiorenzo.

- Sería mejor después de la próxima zafra, con algún dinero -resaltó Colli.

El silencio no era completo solo porque Evaristo se sonaba la nariz, intentando calmarse; todos pensaban en aquella idea, partir ahora sin nada o quedarse algunos meses más para conseguir algún dinero, aunque la regla fuera nunca tomar nada de la caja social en el momento de la partida.

- Mejor ahora -Fiorenzo tenía la voz tranquila.

- Yo me quedo -dijo Colli.

- Yo también -dijo Escolina.

Miraron a los tres hijos, el odio en los ojos de Evaristo anunciaba su decisión. Las dos muchachas, Esmelinda y Amalia, también lloraban pero en silencio, sin lágrimas, lloraban por dentro, en la expresión de tristeza. Había dos padres y dos destinos, ellas tenían que decidir.

- Vamos con papá -dijeron.

- Nosotros nos quedaremos con los niños -retrucó Escolina.

- Ellos no tienen que ser un peso para ti -ironizó Fiorenzo.

- Yo todavía puedo cuidar de todos.
- No queremos vivir contigo -gritó Evaristo.
- Un día van a comprenderme.
- Un día te arrepentirás -dijo Evaristo.

Escolina comenzó a llorar, Colli la llamó para dar un paseo por el lugar. Padre e hijos se quedaron mudos; veían la llama de la pequeña lámpara moverse violentamente, a pesar de la puerta y las ventanas cerradas.

- Va a llover -dijo Fiorenzo.

Y aquello sirvió como un aviso para que los tres se levantaran y se fueran a la cama. Las niñas lo besaron, Evaristo los miró con ternura. Tenía buenos hijos, era un hombre de suerte. Iba a echar de menos a los dos más pequeños, pero podría visitarlos. Simplemente, partían un poco antes, un día se volverían a reunir. Se imaginó un gran almuerzo, con todos los hijos juntos, y los nietos presentes, pues en su sueño ellos ya estarían casados, con nueras y yernos alegres. No importaba que en esa foto él estuviera solo. No, seguramente no lo estaría. Siempre habrá una mujer para querernos.

Se quedó sentado, pensando en el futuro, un futuro en el que eran cinco, una mujer sin rostro estaba con ellos. Con

los primeros truenos, Escolina volvió, un rayo iluminó su rostro.

- ¿Todavía estás aquí?
- Sí, estoy.
- ¿Cuándo te vas? -preguntó sentándose.
- Mañana.
- Tú sabes que nunca voy a dejar de amarte.
- Pero nunca me amarás de la forma que amas al otro. Él se levantó para ir al cuarto, ella tomó su brazo, un brazo fuerte, sintió la aspereza de la piel y de los pelos, estaba oscuro, pero él vio sus dientes blancos.
- Podríamos vivir juntos.
- Fuera de la Colonia sería imposible. Aquí ya es difícil.
- Tal vez la Colonia no termine.
- Para mí, termina mañana.
- Entonces, todavía tenemos una noche.

Y fueron juntos al cuarto. Después se quedaron escuchando el viento que quería arrancar todos los árboles y los truenos, los niños más pequeños comenzaron a llorar. Escolina los

trajo a la cama, y Fiorenzo pasó la noche en vela, abrazado a los dos hijos.

Aquella noche, y eso había ayudado a Fiorenzo a tomar la decisión, casi no había comida, apenas unos panes, repartidos en pedazos minúsculos. Alguien recordó, irónicamente, la multiplicación bíblica de los panes.

- No hemos conseguido multiplicar los panes -reclamó Aniceto.

Rossi estaba en silencio. Se sentía responsable por las personas, pero no por el estado de la Colonia. Había hecho todo lo posible, los que se quedaran conseguirían buenos resultados en el campo, tenían que tener paciencia, la realidad no puede vencerse con milagros. Quien se quedara recogería la recompensa, o podría ir hacia otros lugares, había mucha tierra para ser trabajada. En cuanto a él, había decidido irse, no soportaba la Colonia sin Adele, con ella era posible quedarse, intentar algunos años más; antes de saber que ella iba a partir, él todavía elucubraba planes de reorganización, pero ahora nada más tenía sentido. Prefería soportar la soledad en la ciudad, ocupándose con otras cosas. Allí todo era Adele. Y al mismo tiempo todo era su ausencia. No sufría por la falta de pan, y sí por no encontrar

entre las mujeres cierto rostro, ciertos ojos siempre atentos. Todo era nada al lado de ella.

- Yo querría saber donde están los dos peces de la Biblia -dijo Colli.

Y nadie dijo nada, tal vez pensarán en peces o en otras comidas. Rossi se evadía por largo tiempo y todo hacía ver que él ya había partido, lo que quedaba allí era apenas su imagen, un recuerdo. No hacía más discursos, no vociferaba contra patrones y padres, ni se acordaba de hablar de una tierra en la que no hubiera explotación. Su rostro era solamente ausencia.

- ¿Dónde crees que están los peces, Rossi? –insistió Colli.

- Donde la naturaleza los colocó y ustedes los dejaron por pura pereza.

Todos rieron. Rossi había salido de su trance para dar aquella respuesta. Era necesario vencer el desánimo y mofarse de la propia miseria.

- No somos pescadores.

- Lo sé. Esperan milagros.

- En el paraíso terrenal, correrán ríos de leche y los peces vendrán hasta nosotros -bromeó Tranquilo.

- Nada viene hasta nosotros dijo Rossi levantándose.

Fue para su casa, enfrentó el viento fuerte. Nunca había visto un lugar en el que ventara tanto. Esa era una de las cosas que le extrañaban de aquella tierra. El viento. El viento un día volvería todo ruinas. El viento había esculpido formas extrañas en los granitos cerca de Ponta Grossa, le habían contado. El viento era el señor de aquella región. Él mandaba. Él se irritaba y destruía. Estaban a leguas del mar, pero era como si fuera un viento de playa, torcía los árboles más fuertes y arrancaba los más débiles. Las casas, durante las tempestades, solo no se derrumbaban gracias a la protección del monte.

Ahora tendrían una noche de tempestad, sería una despedida. Él había llegado lleno de sueños bajo una lluvia fértil, lluvia abundante y sin vientos, que alimentaba la tierra. Se iría en el medio del vendaval, encontrando árboles caídos en el camino, casas sin tejado. Ya había visto esos estragos alguna vez, durante esos tres años en los Campos Gerais, una región trágica. Conocía el viento, aquél era de los peligrosos.

Entró a la casa y fue directo a la cama. Dormiría con ropa. Tenía pereza de hacer cualquier cosa, solo deseaba encontrarse rápidamente con la mañana. El viento hacía un ruido iracundo en los árboles; él, como otras veces, no sintió miedo, solamente desprotección.

A la mañana siguiente también partirían Fiorenzo y sus hijos, no habían combinado nada, pero era bueno no dejar la Colonia solos. Rossi salió para ver los estragos, ya con la maleta en la mano, solo con la ropa y los libros de agricultura, los otros quedaban para la biblioteca de la Colonia. Encontró a los anarquistas alborotados. El tejado del comedor se había volado y había tablas desperdigadas por todos lados, la palmera más grande del lugar estaba con las raíces hacia afuera, circundadas por gran cantidad de tierra.

En el patio del alojamiento, encontró peces pequeños y muchos sapos muertos.

- Ayer, al abrir la puerta de casa durante la tempestad, escuché algo cayendo en el piso. Pero no vi qué era. A la mañana encontré un pescado muerto. Y ahora esto - Pascoale Taligmani, el más viejo de los anarquistas, señalaba a los peces inertes.

Rossi sabía que el vendaval había dejado sin agua los tanques del vecindario, los ríos y los charcos, trayendo aquellos peces; era obra del viento impiadoso, pero una mujer, después de oír el relato de Pascoale, asustada, hizo rápidamente la señal de la cruz.

El anarquista abrazó a sus amigos antes de partir.

Taquarí, 6 de abril de 1896

Estimado Sr. Sanftleben

Me alegra su interés por mi experiencia anarquista. Como ya le dije en la carta anterior, ahora todo es un recuerdo, hoy soy profesor de Agronomía y Veterinaria de la Escuela de Agricultura de Rio Grande do Sul, y ya no tengo nada que ver con cuestiones políticas, principalmente con los principios socialistas, aunque continúe creyendo, más bien para uso personal, en el anarquismo.

Sobre los motivos del fin de la Colonia, ya le he dicho, fue básicamente por la miseria, tuvimos que comenzar un mundo nuevo sin nada y con decenas de personas para alimentar. Pero el mayor problema interno fue creado por la llegada de agricultores de Parma en 1891. Fue un grupo altamente operativo, que conocía los oficios agrícolas y fue importante para el cultivo de nuestras tierras y para el desarrollo de la ganadería. Sin embargo, al tratarse de gente rústica, que traía una desconfianza alimentada por el hambre a lo largo de generaciones, esos parmesanos se

revelaron mezquinos, extremadamente egoístas, y comenzaron a crear divisiones dentro de la Colonia, divisiones según lazos de parentesco y capacidad de trabajo; controlaban las actividades de todos dentro de una experiencia en la que la libertad figuraba como el mayor bien.

A esta mezquindad debe sumársele el prejuicio de esos agricultores, agudizado por la presencia de una muchacha que se entregó a todos los solteros, pues todos vivíamos en un dramático régimen de abstinencia, y también a algunos casados, y con esto aumentó las rivalidades.

Tiene usted ahí los motivos del fin de la Colonia, que sobrevivió hasta abril de 1894. Después de mi partida, creció con la llegada de algunas pocas familias, que solo conocieron sinsabores. El fin del sistema anarquista ocurrió cuando los Artusi, que tenían un pariente enterrado en la Colonia, le dieron el dinero a quienes quedaban para que se fueran, asumiendo la responsabilidad de pagar las deudas íntegras de la compra de las tierras, que todavía no habían vencido.

La Colonia, para mí, sirvió para probar que sin lazos de familia es posible llevar una vida anarquista, y que el socialismo solo será viable si tiene la capacidad de producir bienes materiales suficientes, y de garantizar condiciones dignas a los trabajadores; de lo contrario, ellos preferirán siempre la explotación capitalista.

Sobre mis ocupaciones después de la Colonia, hay poco para contar. En Curitiba, intenté todo tipo de trabajo, pero no conseguí un empleo satisfactorio, pues nadie daría empleo común al Dr. Rossi, el ilustre italiano. Terminé, por solidaridad, en el cuerpo médico del Batallón Italiano, durante la Revolución Federalista, rehusándome a usar uniforme o subordinarme a la autoridad militar. Hoy, me mueve un único objetivo, conseguir una casa para ubicar a Adele y a los niños, pues viven en tristes condiciones en Paraná, en compañía de Aníbal, que se entregó al alcohol.

Reciba el abrazo fraternal del

Dr. Giovanni Rossi

Al entrar al cementerio de Pisa, apenas cruzaron el portal de columnas y reja de hierro, ellas vieron los cedros, crecidos en las alamedas entre los mausoleos de mármol. Adele no ocultó un profundo suspiro, de una profundidad de décadas, que solo podría nacer en aquel cuerpo de más de ochenta años, un cuerpo que siempre había sido pequeño, pero que cada día se curvaba un poco más, en dirección a una tierra que la atraía amorosamente. Ella seguía apoyada en el hombro de Ebe, con Pierina al otro lado.

- ¡Cincuenta años! -dijo.
- Pero fue una vida bonita -dijo Pierina.
- Hoy cumpliríamos cincuenta años de casados -repitió.
- ¿Qué es lo que más extrañas? -preguntó Ebe.
- Todo.

Las hijas percibieron que no debían continuar aquella conversación, se habían opuesto a la visita al cementerio

aquel día, era mucha emoción para la madre, pero ella insistió mucho; quería estar junto a él aquel día, si tuviera más fuerzas vendría todos los días a cuidar del sepulcro, a conversar con él, no con palabras, sino con la memoria; había aprendido que cuando ya no se tiene con quien compartir la vida pasada, cuando todos de repente se han ido, la única forma de conversar es por medio de la memoria, que trae a las personas amadas de vuelta.

- Las araucarias -dijo Adele.

Las hijas habían crecido oyendo hablar de las palmeras y las araucarias, había dibujos de ellas en los libros de la biblioteca del padre, que tampoco se olvidaba de esos árboles. Pero no entendían el recuerdo dislocado.

- ¿Qué pasa con las araucarias, mamá?

- Estos cedros me recuerdan las araucarias.

Eran cedros pequeños, con su copa puntiaguda, nada guardaban de la forma y de la imponentia de la araucaria.

- Son bonitos estos cedros -dijo Pierina.

- Los cedros se cierran, las ramas crecen unidas, siempre hacia arriba. Las ramas de la araucaria solo crecen en la copa y hacia los lados, con mucho espacio entre ellas, dejando ver el tronco. Es una imagen bonita.

Nadie dijo nada, caminaban con pasos cortos por el camino que llevaba al sepulcro del padre.

- Extraño las araucarias -dijo ella.
- Eran realmente bonitas -dijo Ebe-. Yo me acuerdo de ellas, un recuerdo un poco apagado, pero me acuerdo.
- En mi memoria nada se apaga -dijo Adele.

Llegaron en silencio al sepulcro, las hijas se quedaron ahí, sin nada que hacer. Rezar por el padre no le iba a gustar a Adele, ella mantenía los viejos sentimientos antirreligiosos, y conversar sería desubicado. De pie, mirando el sepulcro, las tres mujeres no se movían, estaban incorporadas al paisaje paralizado del cementerio. Ni siquiera el viento movía las plantas. No había nadie en las inmediaciones esa tarde. Solo las tres mujeres. Y el silencio, mayor que ellas, mayor que todo.

Estamos aquí, comenzó a pensar Adele, estamos aquí, Giovanni, tu familia se reúne alrededor tuyo nuevamente, y para recordar aquel día que llegamos a tu casita en Taquari, dijiste que nunca más nos dejarías, a mí y a las niñas, ninguna hija tuya, las dos tuyas, por ser hijas de una idea, de aquel casamiento que inventaste. Cincuenta años no son nada. La guerra terminó. La Colonia acabó hace mucho más tiempo, el Brasil acabó para nosotros y para nuestras hijas, pero hay algo que nos une, algo mayor que todo eso, y tú

demoraste mucho tiempo para descubrirlo. Cuando llegué a Taquari con Ebe y la otra Pierina, tú no sabías. Sentías la soledad, pero no lo sabías, eras un hombre correcto, ibas a cuidarme a mí y a mis hijas y me dijiste, ustedes son todo lo que quedó de aquel sueño, pero no estabas triste, reías.

¿Fue un sueño bonito, no?, me preguntaste. Dije que sí. Pero lloré. No llores así, fue todo tan bonito. Miré a las niñas. No quiero que mis hijas sufran. Nuestras hijas no tienen que sufrir, dijiste. Un hombre decente, tú sabías que las niñas eran de Geleac y de Aníbal, no eran tuyas, pero dijiste, nuestras hijas. Yo me quedé quieta, la eterna lágrima se escurría por el rostro, la limpiaste con un dedo, era la primera caricia después de tantos meses, y sentí que tu dedo ya no era áspero, como en los tiempos de la Colonia, era de nuevo el Dr. Rossi, profesor de agronomía y veterinaria, y tuve miedo, ahora no estabas más en medio de los colonos, haciendo un experimento social, eras un hombre respetado, habías vuelto al mundo de la cultura, tal vez ya no quisieras lo que había quedado en el pasado, en el monte de Paraná, tuve miedo, y lo sentiste, entonces preguntaste cuándo iríamos a registrar a nuestras hijas. Yo no dije nada, ellas serían hijas del Dr. Rossi. Ya hablé con la gente del registro, vamos a registrarlas cuanto antes, tienen que tener un padre, porque casa ya tienen. Tu casita era pequeña. Amoblada de acuerdo a tu nueva posición, y lloré, dijiste que no llorara, hoy es nuestro casamiento, y bromeaste -sin

padres-. Y reí con los ojos húmedos, sin padres y sin nadie, dijiste, casamiento secreto, después entregaremos los papeles en el registro y será como si estuviéramos casados desde siempre. Yo sabía que todo era una cuestión ética, tú querías ser coherente, habíamos vivido todo aquello juntos, Aníbal se había perdido en la bebida, yo estaba sola y desamparada, tú me acogías, pues me querías bien. Y, aquella noche me lo dijiste, cuando nos acostamos, y lloré aún más, me querías bien. Fue una noche triste la de nuestro casamiento, y me propusiste: piensa que es la primera vez, y me quitaste la ropa con delicadeza de prometido, y me besaste con labios suaves, y me abrazaste con un cuidado que tenía algo de paternal, pero no conseguí alegrarme, yo conocía mi cuerpo, sabía cuántas manos habían pasado por él, no podía fingir aquella virginidad, pensaba en las dos niñas. Los Artusi se habían quedado con las tierras, muchas familias habían vendido el ganado de la Colonia, otros recibieron una cantidad de la caja social, nosotros éramos su herencia, y para ser fiel a todo lo que habías insistido ahora nos aceptabas, nos dabas casa y un padre para mis hijas. Yo me sentía agradecida, era un gesto noble, tú eras un hombre de carácter, yo no estaría desamparada. Solo después vi que la temperatura amorosa estaba subiendo. Cuando murió Pierina, quien lloró no fue el anarquista, fue el padre, entonces vi que realmente éramos una familia, ya no había nada de aquel experimento social, todos allí formaban una

única familia, y al nacer nuestra primera hija tú le diste el mismo nombre de la muerta, para significar que ella estaría en la nueva niña, no había diferencias, pero solo me convencí definitivamente cuando, en 1906, después de otro embarazo, perdimos otra hija, nuestra Giannina, nacida y enterrada en ese otro lugar, Río dos Cedros, en Santa Catarina, hacia donde habíamos ido, y tú no sufriste con menos intensidad, y me dijiste que era el momento de volver a Pisa, no quiero dejar una hija en cada rincón de este país, ya estabas cansado de la persecución política, del control de las autoridades. Pero todo comenzó aquella noche en Taquari, yo todavía movilizada por lo que sentías por mí, entonces dijiste hoy es nuestro casamiento, y comenzaste a sacarme la ropa como si nunca lo hubieras hecho. En ese momento no comprendí el gesto por completo. Era 21 de julio de 1896, conservé la fecha de ese casamiento, aunque Ebe, nuestra hija, tuviera tres años y la primera Pierina fuera un bebé, nos estábamos casando, y solamente después vi que me casaba como una virgen, que todo estaba comenzando en aquel momento. Siempre llamaste a las niñas nuestras hijas, y nunca me di cuenta de una cosa que solo pensé ahora, ellas eran tus hijas, a pesar de haber nacido de otros padres, porque tú eras el hombre con quien dormía incluso cuando dormía con Geleac y Aníbal, ellas siempre fueron tus hijas y, sin saberlo, tú su padre, desde siempre y no solo a partir de aquel 21 de julio.

- Cincuenta años -Adele les repitió a sus hijas, rompiendo el silencio.

- Siempre me acuerdo de papá exaltado contra la política, recordando la colonia anarquista, que las cosas no serían así si viviéramos de acuerdo con la anarquía -dijo Ebe en un intento de animar a su madre.

- Cincuenta años no es nada.

- ¿Mamá, te acuerdas de aquella vez en que él, ya enfermo, quería salir para protestar contra Mussolini?

Adele no respondió, se dio vuelta y empezó a caminar de vuelta hacia el portón. Las hijas la ayudaban en aquellos movimientos lentos, tenían que vencer varios metros hasta la salida. Después de andar un poco, Adele se dio vuelta y miró hacia el sepulcro, el nombre de Giovanni y el del suegro, le gustaría que sus hijas estuvieran enterradas ahí y no en Brasil.

- Brasil es un país muy grande -dijo.

Sin entender, Ebe y Pierina comenzaron a comentar historias que habían oído en la infancia, sobre bichos peligrosos, fertilidad de la tierra, enriquecimiento de los agricultores italianos que llegaban sin nada.

- Papá nunca tuvo quejas de Brasil -dijo Ebe.

- Podría haberse hecho rico allí, y volvió sin nada y siempre amó aquella tierra, que ayudaba a mejorar la vida de los pequeños agricultores -Pierina lo dijo con orgullo.

- Les voy a decir una cosa para que comprendan todo.

Se pararon a la sombra de un cedro, en un lugar desde el que todavía veían el sepulcro de Rossi. Les había parecido extraña aquella fuerza en las palabras de su madre, hasta ahora ella solo había susurrado, pero la voz adquiría un tono preciso, de quien pronuncia una verdad rumiada durante años, tal vez ella recordara de los tiempos de la Colonia, acostumbraba decir que nunca había hablado tao alto en su vida, su voz crecía y se hacía mayor que ella, todos podían gritar en el anarquismo, nadie tenía que callarse. La voz ahora no llegaba a ser un grito, pero tenía la firmeza que solo las convicciones nos dan. Las hijas esperaron un momento, la madre enderezó el cuerpo, miró al cielo limpio, sin ninguna nube, un cielo que era todo certeza y claridad.

- ¿Saben por qué fui a la Colonia? ¿Saben por qué participé del amor libre?

Ese era un asunto silenciado en casa, ellas sabían todo, Ebe era hija de Geleac, de quien nunca más se tuvo noticia, era hija de una experiencia, de un desconocido, un francés que desapareció sin dejar rastro; no tenía rabia por la huida del padre, porque el padre para ella era Rossi. Pero no le

gustaba hablar de eso, todas las veces que él intentó explicar cómo habían ocurrido las cosas, ella se alejaba, sabía lo esencial, había leído su libro, entendía la propuesta, no quería detalles. Pertenecía a una familia, con el padre enterrado ahí en ese sepulcro, junto al abuelo. Ebe había sufrido demasiado con todo aquello, unos pocos amigos sabían cómo había nacido, pero ellos estaban muriendo, pronto nadie más lo sabría, ella sería enterrada con su padre. ¿Por qué la madre tenía que tocar el tema ahora?

- Salgamos de aquí -dijo Pierina.
- Ustedes no saben por qué participé de aquel casamiento con tres hombres. Nunca se lo dije a nadie.

Las hijas no querían participar. La madre se alejaba cada vez más de la realidad, aquel no era el momento para confesar cosas que debían ser olvidadas. Se sentían hijas de Rossi, no querían saber nada más.

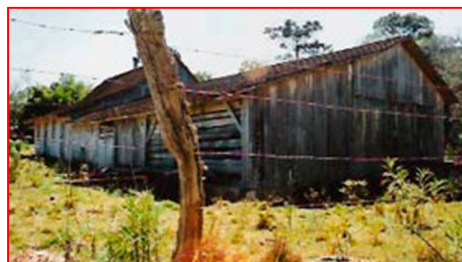
- Eso es pasado, mamá -dijo Ebe.

Pero Adele no la oyó, todavía miraba el cielo limpio. El cielo le daba una fuerza muy grande. Aquel azul apagado recordaba por contraste al azul intenso de Paraná, aquel verde de los cedros no tenía ni la mitad del verde intenso de aquel monte. Todo era más colorido en aquel pasado. Era más vivo, más real.

- Yo solo acepté ese casamiento colectivo porque Giovanni quería. Era importante para él.
- Papá era un gran hombre.
- Yo solo dormí con otros porque amé a su padre, desde el día en que oí una de sus conferencias. Hablaba como un sabio. Me quedé hechizada. Fui tras él, crucé el océano, hice todo lo que él quería.

Las hijas tomaron los brazos de su madre, que dobló nuevamente la columna, y comenzaron a andar. Ella pensaba aún en las dos niñas enterradas en el Brasil, deberían estar aquí. Todo el mundo debía tener una placa con su nombre en su tumba, todos necesitaban un país, una casa, pero sobre todo una tumba, con el nombre bien nítido cortado en el mármol.

Adele salió del cementerio, pasó por el portal, le gustaban aquellas columnas. Enseguida estaría haciendo ese camino de vuelta, pero sin fatigarse.





Acerca del autor:

Miguel Sanches Neto nació en Bela Vista do Paraíso, PR, en 1965. Poeta, ensayista, escritor y crítico literario. Maestro de la literatura brasileña en la Universidad Federal de Santa Catarina - UFSC, tiene su primer libro de poesía, Registro de tiza, publicado en 1991, que recibió el Premio Nacional Luis Delfino. Dos años después, pasa a dar clases en la Universidad Estatal de Ponta Grossa - UEPG. En el mismo año, funciona como un crítico en la Gazeta do Povo, indicado por el colega y escritor Dalton Trevisan. En 1994, se publicó su primer libro de ensayos, el artificio Obsceno: Visitar

Polaquinha, el mismo año en que inicia su doctorado en la Universidad Estadual de Campinas - Unicamp, en São Paulo, concluido en 1998. Al año siguiente, va a vivir en Curitiba, al ser invitado, por el gobernador Jaime Lerner (1937), para actuar como asesor en la Casa civiles, y acaba de asumir la presidencia del Estado de Paraná Prensa del Gobierno, en la que la posición permaneció hasta 2002. en 2000 se publicó el poemario, vengo de un país oscuro, y la primera novela, Lluvia en mi infancia, que diseñó él como escritor renombrado. El libro fue traducido al español. En 2003, de vuelta a enseñar en Ponta Grossa, y el debut como un escritor de cuentos, con el libro, Secreto de huéspedes, y recibe el Premio Cruz y Souza, de la Fundación Catarinense de Cultura. Al año siguiente, deberá colaborar con la revista Carta Capital y crónica lanza segundo libro, La herencia de una biblioteca. En 2012 es contratado por la editorial Intrínseca para escribir una novela sobre el nazismo en el Sur de Brasil - proyecto Deportaciones. Firma contrato con Compañía de las Letras a la publicación de su novela La máquina de madera. Pide que interrumpa su columna en la Gazeta del Pueblo después de 19 años de colaboraciones semanales. Escritor ecléctico, ha navegado por diversos géneros, pero tiene el fundamento de su obra en la novela.

En la novela Un amor anarquista de 2005, cuenta la historia de un grupo de inmigrantes italianos en la ciudad de Palma, en el interior del Paraná que a finales del siglo XIX, fundó la

Colonia Socialista Cecilia y tratar de implementar el amor libre.